

En camino Hacia las Fronteras No. 6

Introducción

El proceso de regionalización en Antioquia inició hace 5 años y medio, cuando juntos decidimos ponernos en camino hacia las fronteras. Hoy al presentar el folleto N° 6, buscamos dejar una memoria histórica de este último tramo construido entre junio de 2013 y febrero de 2015.

Sea la oportunidad para expresar mi gratitud y una sincera felicitación a este conjunto de obras que han permanecido activas y comprometidas en un proceso que se ha movido en el plano de la gratuidad y la generosidad. Este es un testimonio de trabajo en equipo, animados por una misma espiritualidad, que nos impulsa a crecer y actuar juntos, comprometidos con la historia que nos ha correspondido vivir.

Recordemos que en el primer folleto estaba el horizonte misional de regionalización; en el segundo, la presentación de las obras que hacen parte de él; en el tercero, el testimonio de las búsquedas por conocer nuestra región y nuestras fronteras (tanto internas como externas); en el cuarto, el trabajo realizado para fortalecer la espiritualidad Ignaciana y cómo se tejieron las primeras formulaciones de una propuesta de frontera; en el quinto, se presentó la definición de la frontera y la forma como se ha venido concretando en un plan de acción conjunto para su abordaje y en este último texto queremos dejar constancia de los avances que se han venido dando al interior del proceso para correlacionar la búsqueda de la equidad y la inclusión, como elementos estructurales fundamentales en la construcción de la paz que tanto requiere Colombia.

En el desarrollo de este texto podrán encontrar las conclusiones de los diferentes talleres y actividades del proceso. También incluimos una serie de artículos o documentos que enriquecen los temas abordados y que pueden servir de ayuda para la reflexión comunitaria en las obras.

Esperamos que este material nos motive a todos a seguir caminando juntos hacia un futuro más humano, donde la igual dignidad de todos, sea la piedra angular de nuestra sociedad.

Horacio Arango Arango S.J.

Director Regional

Encuentro con el Padre General

Memorias del Encuentro

El miércoles 14 de agosto del 2013 se realizó el encuentro de representantes de todas las obras de regionalización en Antioquia con el P. Adolfo Nicolás S.J., Superior General de la Compañía de Jesús, quien tiene su sede en Roma y con motivo del 8° Congreso Mundial de Antiguos Alumnos de las obras Jesuitas, vino a Medellín para tener la conferencia Inaugural.



Este encuentro, que se realizó de cinco de la tarde a siete de la noche, contó con la presencia del P. Gabriel Ignacio Rodríguez S.J., Asistente del P. General y del P. Francisco de Roux S.J., Provincial de la Compañía de Jesús en Colombia. También estuvieron invitadas algunas autoridades civiles y militares, Jesuitas de otras regiones y países, familiares de Jesuitas de la región, compañeros apostólicos de las obras de los Jesuitas en Medellín y personas que participan de la espiritualidad Ignaciana y hacen parte del proceso de Regionalización. Estuvieron cerca de mil personas.

Este espacio inició con un saludo de bienvenida al Padre General y a sus acompañantes. Luego se presentó un video donde se hacía un recuento de todas las obras que hacen parte del proceso de regionalización y del camino recorrido en los 4 años del proceso.

Después, como un homenaje a la visita del General de la Compañía de Jesús, se realizó una presentación Musical del Grupo C15 de la comuna 13 de Medellín, agrupación de hip hop, que nació en 2007. Es un grupo musical que representa la exploración cultural que vive la ciudad en los últimos años, así como el ejercicio de resistencia y lucha que, en territorios de confrontación armada como ha pasado en esta comuna, representan los procesos de creación cultural.

Terminada la presentación musical, el Coordinador Regional, P. Horacio Arango S.J., le agradeció al P. General su visita, le leyó las preguntas que se le habían enviado previamente por parte de las obras y le dio el micrófono al P. Adolfo Nicolás para que pudiera desarrollarlas.

El P. General agradeció a todos los asistentes a este encuentro y luego habló de los cambios que está teniendo la educación de la Compañía de Jesús en el mundo, la visión que tiene del Papa Francisco y el papel de los laicos en la Iglesia (el texto completo de su intervención lo podrán encontrar en un artículo anexo).

Palabras del Padre General a las Obras de Regionalización¹

Buenas tardes, las preguntas que ha presentado el Padre Horacio no son de las fáciles. Parece que han escogido adrede las más difíciles, excepto la del Papa Francisco que esa es fácil.

Un problema que va siempre con la educación y es inevitable, es: ¿a quién educamos y cuál es el resultado? En tiempos y en lugares donde la educación es muy cara, este problema se hace mucho más agudo. Una cosa que me da esperanza, es que en la Compañía actual, quizás las iniciativas más creativas en la educación, tienen que ver con la educación de los pobres, lo cual no quiere decir que el mayor número de Jesuitas esté allí, pero ciertamente quiere decir que ese es el campo donde la creatividad de nuestros Jesuitas está más activa.

Por ejemplo en toda Latinoamérica tenemos la red de Fe y Alegría, que ha sido una iniciativa precisamente para ser asequible a los pobres una educación buena, sólida; y todas las reflexiones de Fe y Alegría, son en la línea que el derecho a la educación, no es lo mismo que el derecho a la escolaridad, pues se pueden llevar niños a colegios y que no aprendan nada. Y esto pasa. El derecho a la educación es el derecho a buena educación, y por esto está luchando Fe y Alegría. Todas las publicaciones que están produciendo van en esta línea.

En Estados Unidos tenemos las escuelas de Cristo Rey en las cuales el 50% son Latinos y el 50% son afroamericanos. O sea hay un 100% de personas que normalmente estarían excluidas y sin embargo los Jesuitas Norteamericanos han pensado cómo poder responder a esto en una sociedad donde las finanzas ocupan un papel tan importante, y entonces, trabajando con los Antiguos alumnos, han conseguido una fórmula que es muy creativa, que consiste en encontrar trabajo para los estudiantes. Cada cinco estudiantes tienen un trabajo. Uno de los estudiantes trabaja el lunes, otro el martes, otro el miércoles, otro el jueves y otro el viernes, y el Sábado uno de los cinco que se van turnando, y con el salario que reciben pagan su educación, con lo cual se hace posible no solamente darles educación sino darles ya un inicio de experiencia de lo que significa el mundo laboral en Estados Unidos, y los Antiguos alumnos que han procurado y que han ofrecido estos puestos de trabajo, se alegran muchísimo y comentan que esto ha cambiado totalmente el ambiente de trabajo, pues el resto de los empleados de la empresa reciben una inspiración enorme de ver estos con tanto deseo de superar su situación y de contribuir a la sociedad y de abrirse camino en medio de grandes dificultades.

Otra fórmula muy interesante, muy creativa, tiene que ver con otra cadena que es los Nativity School, que son niños más pequeños. Ahí tienen que buscar las finanzas del colegio a través de donaciones de bienhechores, pero han tenido la capacidad de abrirse totalmente a una metodología que permiten los medios modernos de comunicación. allí incluso la arquitectura del colegio cambia, es semicircular, con un espacio muy grande en medio donde están los alumnos, y todas las oficinas de los profesores están alrededor con grandes ventanales, de manera que ven a los alumnos todo

¹ Transcripción del Encuentro del Padre Adolfo Nicolás S. J., General de la compañía de Jesús, Con obras de regionalización de Antioquia el 14 de agosto de 2013.

el día y han cambiado el orden de las cosas: lo que antes hacían en el colegio, lo hacen en casa, porque las clases están dadas a los alumnos en módulos virtuales que pueden recibir como conferencias en casa y el trabajo de casa lo hacen en el colegio; así en lugar de pedirle a su madre que les ayude con los deberes, son los profesores los que les ayudan. Y hay mucha más interacción entre profesor y alumno. Es una fórmula sumamente interesante, poniendo al alcance de los alumnos una tecnología moderna que simplifica muchísimo el trabajo, da mucha más facilidad al trabajo en casa porque no tienen deberes y al mismo tiempo ofrece una oportunidad de interacción mucho más profunda en el colegio mismo.

En la India para hablar de otro Continente, han comenzado hace unos años los Community Colleges que tienen como objetivo brindarle educación a estudiantes que no han podido seguir el colegio, es decir, excluidos del colegio, o porque tiene discapacidades cognitivas o porque no tienen suficiente inteligencia desarrollada, y el objetivo de estos colegios es hacer a los muchachos empleables, porque son los muchachos que no encuentran trabajo. Esto naturalmente necesita un estudio muy fuerte del contexto social. En la India hay muchas pequeñas empresas, y esas son las empresas que el colegio mira como objetivo para encontrar trabajo para sus alumnos.

En Estados Unidos son los Antiguos alumnos empresarios, en la India son las pequeñas empresas, para Fe y Alegría son los gobiernos que tienen que implicarse en la educación. Son formas creativas que yo creo que contribuyen a una educación que responde a las necesidades de los pobres.

Antiguamente cuando era estudiante; yo estude con los hermanos de la Salle hasta tercero de bachillerato y luego con Jesuitas, y en el colegio de Jesuitas donde yo estudié en Madrid, había muchísima competición. El sistema de premios y las maneras de como competir con tu compañero para pasarle (porque nos ponían en fila y el que respondía bien pasaba al que había respondido mal), esto se ha visto que es muy problemático, pues no produce una conciencia social, no produce cooperación, sino al contrario, produce individuos fuertes que tienen que luchar para ser los primeros.

Una pregunta que hemos tenido muchos Jesuitas durante los años de formación ha sido: ¿Qué es lo que realmente hacemos en los colegios? Por una parte les decimos oralmente que amen a su prójimo, pero por otra parte, simbólicamente les decimos: corre más rápido que tu prójimo. Este es el mensaje que queda porque está apoyado por los símbolos, por los premios, por la familia, por la sociedad que es una sociedad competitiva. O sea que esta pregunta es una pregunta que nos toca muy profundamente, y yo puedo decirles con satisfacción y con esperanza porque no estamos todavía en la perfección, que es aquí precisamente donde se están dando los cambios más importantes, y muchos de estos cambios han sido posibles gracias a ustedes, a nuestros colaboradores que han participado de esa visión, a padre y madres que han dejado de empujar a sus hijos para que compitan, y han visto que lo que hace falta es una humanización más fuerte de nuestros colegios.

En Tokio murió hace un par de meses un sacerdote Anglicano que se hizo experto en educación. Era Capellán de estudiantes y le hicieron Rector o Director de un colegio Middle School (niños de doce a quince años) y este Sacerdote quería hacer muchos cambios en el colegio, pero vio que los profesores no estaban dispuestos a hacer los cambios porque era arriesgado, entonces él empezó a

hablar de que la educación que daban en Japón no era buena, que era una educación muy competitiva, muy científica, pero que estaba perdiendo el contacto con la naturaleza y le estaba quitando a los estudiantes la capacidad de ver crecer la vida en torno a sí, porque no tenía contactos relajados con la naturaleza ni con otros compañeros, y por lo tanto, pensaba que tenían que hacer cambios.

Él lo empezó a decir, con paciencia Japonesa 2 años, en los cuales él repetía su canción pero no había eco, y a los 2 años él empezó a oír a otros profesores diciendo lo mismo y entonces dijo: “este es el momento”. Entonces reunió a los profesores y les dijo: “vamos a perder muchos de nuestros estudiantes, porque vamos a hacer cambios”, y empezó por liberar el sábado completamente y en lugar de tener las clases tradicionales, tenían trabajo en el jardín, trabajo en el cultivo para que tuvieran un poco de contacto con la naturaleza de una manera distinta, empezó a crecer un nuevo ambiente. Y él le dijo a los profesores: “vamos a perder un 20% de nuestros estudiantes, pero vamos a ganar otro 20% que quieren esto”. Y exactamente eso es lo que pasó. El 20% de los padres dijeron: “si mis hijos no son competitivos, cómo se van a emplear luego en las grandes empresas, van a perder capacidad de empleo” y retiraron a sus hijos del colegio. Pero otros que querían este tipo de educación vinieron al colegio, o sea que se mantuvo la plantilla de estudiantes pero con un espíritu nuevo, el problema vino 3 años después cuando se graduaron del colegio Middle School y pasaron al High School (que es de los 15 a los 18 años), pues los estudiantes empezaron a protestar que estaban volviendo a lo Antiguo, que habían perdido el contacto más relajado de unos con otros y con la naturaleza, entonces los Anglicanos hicieron a éste, Director de la High School para que cambiara todo el sistema.

Este es un ejemplo de los riesgos que van con un tipo de educación que tenga en cuenta las necesidades de los demás. En la India el proceso de los Community Colleges ha sido tan bueno y es un programa tan simple, tan sencillo; que ahora se están abriendo ese tipo de colegios en toda la India, por musulmanes, por Hindúes etc. Es una fórmula que se puede imitar fácilmente y ahí está el éxito, no en edificar un súper colegio que nadie puede imitar y que produce admiración, envidia y odio, sino un colegio que todos pueden imitar y entonces la educación de todos mejora. Eso es lo que yo quisiera que los Jesuitas hicieran en todas partes.

Necesitamos creatividad porque todavía no hemos conseguido responder a todos los retos de la pobreza, de los estudiantes pobres que no pueden pagar por la educación que dan nuestros colegios, pero creo que nuestra misión es contribuir a que la educación nacional mejore, que lo que nosotros hacemos sea tan sencillo pero tan útil, y que tenga tanto sentido de educación que otros colegios quieran hacer lo mismo. Ese sería el gran éxito. Si un día conseguimos eso, entonces nuestra misión en la educación ha tomado el camino que debía tomar, es un servicio a la nación, un servicio a la educación como tal.

Una anécdota que mañana pienso contar a los exalumnos porque creo que tiene consecuencia para su vida después de la graduación, la aprendí de un budista profesor en uno de nuestros colegios. En Japón el 80% de los profesores no son cristianos, solamente el 20% de profesores son cristianos, católicos. En una de mis visitas a los colegios, a mí me gustaba hablar con los profesores laicos, y este budista me dijo que quería hablar, y me contó que cuando era estudiante universitario, él tenía verdadera pasión por la educación y quería ser un educador. Fue a la universidad y se llevó dos sorpresas; la primera sorpresa que el budismo no tenía filosofía de la educación, porque el budismo

tenía pequeñas escuelas junto a los templos en que enseñaban a los niños a leer los Sutras y libros de oraciones budistas. Eso lo desilusionó un poco como buen budista que era. Y la segunda sorpresa fue que los que tenían filosofía de la educación eran los Jesuitas, entonces todo su esfuerzo fue graduarse bien para poder enseñar en un colegio Jesuita, y era budista y seguía convencido budista, y lo es ahora también aunque está retirado.

Este fue al Rector del colegio, al Horacio de Japón, y le dijo: “estoy muy contento de que me hayan admitido en el colegio y yo quiero colaborar con ustedes para la educación de los niños”, y su gran desilusión fue que el Director le dijo: “no te preocupes, prepara bien tus clases y deja todo el resto a nosotros. Nosotros hacemos la educación, tú prepara tus clases”. Eso me lo dijo 25 años después, cuando ya era el Director del colegio. Y me dijo: “menos mal que hay pocos Jesuitas y ahora si me piden colaboración, y por fin puedo hacer todo lo que he querido hacer toda mi vida”. Y yo pensé, ¡que lastima, toda la energía que perdimos aquí!

Poco después de visitarlo me lo contaron los Jesuitas que entró otro budista en el colegio, y este budista era de una secta bastante militante y bastante anticristiano. Lo admitieron pues él no dijo nada que era de esa secta, y después de admitirlo empezó a criticarlo todo, sobretodo la capilla, pues había una capilla grande en el colegio y empezó a criticar: “una capilla aquí no tiene sentido, esto es un lavado de cerebro a los niños, esto es imponer a los niños el cristianismo, sólo hay unos pocos cristianos en el colegio, esto no se puede tolerar”. Todos los otros profesores cristianos y no cristianos le dijeron: “mira, lo mejor es que te vayas, tu eres joven, puedes encontrar trabajo en otro colegio porque aquí vas a estar siempre descontento, siempre infeliz, porque esto es un colegio de Jesuitas, esto es un colegio católico”. Pero él dijo que no, que tenía derecho de estar allí pues lo habían admitido y que se quedaba. Entonces le pidieron ayuda al budista que he contado antes. Le dijeron: “tú nos puedes ayudar, tú eres más anciano que el joven que acaba de entrar, a ver si le puedes convencer que se vaya”. Y dijo: “bueno haré lo que pueda”. Luego abordó al joven budista y le dijo: “Oye me han dicho que estás descontento sobre todo con la capilla”, y el otro le dijo: “si claro”, y entonces le soltó todo su discurso y al final, el budista mayor le dijo: “mira muchacho, no has entendido nada, absolutamente nada, tú te quejas de la capilla, pero en este colegio desde el momento en que entras a la recepción, todo es capilla”.

Eso fue una manera magnífica de decir lo que es la educación, la educación es todo, cuando se levantan en casa con sus padres, cuando van al colegio, cuando hacen deporte, cuando van al teatro, cuando van a la capilla, cuando están en clase, cuando van a la enfermería; todo es capilla. ¿Por qué? porque lo que es sagrado en nuestros colegios son los niños, son los estudiantes, no lo que nosotros les decimos, no lo que nosotros hacemos, sino lo que ellos son, allí es donde está Dios trabajando dentro de ellos.

Un poco como lo que nos han dicho los Raperos cantando en el espacio cultural que acabamos de presenciar: Dios está con nosotros, Dios está en Medellín y Dios está en la Comuna 13. O sea, que en un colegio católico, en un colegio Jesuita todo es capilla, porque todo es sagrado y en todo se puede crecer y en todo se puede aprender. Esto es una visión importantísima de la educación y por eso creo que los retos que tenemos son muy importantes y estamos en proceso.

Creo que hay una voluntad muy grande en toda la Compañía de mejorar nuestra educación y de responder a los retos, y son retos nuevos, retos a los que tenemos que enfrentarnos. Por ejemplo toda la tecnología nos dice algo nuevo de cómo se desarrolla el cerebro de un niño, ahora sabemos mucho más que cuando yo era estudiante, cómo crece y cómo se desarrolla el cerebro de un niño, y ahora sabemos mucho más que la evolución no ha sido un proceso inerte, sino que la evolución ha trabajado en el cerebro humano y todos los niños tienen un programa de crecimiento dentro, y van respondiendo a la necesidad de crecer. Por ejemplo ahora los educadores te lo dicen. Un niño aprende mucho más jugando que leyendo.

Un grupo de Antropólogos Japoneses fueron a China, hicieron una especie de investigación en una zona rural, y para el asombro de todos los japoneses, descubrieron que el cerebro de los niños chinos en zonas rurales no muy desarrolladas, estaba más desarrollado que el cerebro de los niños de Tokio. ¿Por qué? Porque están en contacto con la naturaleza, porque juegan y jugando se aprende, porque saben relacionarse mucho mejor y el cerebro después de miles de años de evolución, está acondicionado para eso, no está acondicionado para estudiar sentado todo el día en una silla delante de un libro.

Esto fue un choque para los japoneses al ver que los niños Chinos tienen más capacidad intelectual que un niño Japonés. Y en Japón es muy corriente que la madre, para que el niño estudie, le haga todo, o sea que el niño pierde la capacidad de responder a una crisis porque no tiene el saber, como por ejemplo cuando están estudiando, las mamás les pelan hasta las manzanas y las naranjas, y ya me han dicho a mi algunas religiosas que no saben qué hacer porque tienen novicias que no saben pelar ni una manzana, porque no lo han hecho nunca.

O sea, eso es llamativo y por eso el Papa dijo, cuando presentaron aquella foto del Papa subiendo al avión con una cartera en la mano y le preguntaron que por qué hacía eso, dijo: “¡para ser normal porque la mayoría de la humanidad sube al avión con una cartera en la mano, y porque no lo voy hacer yo!” En la educación que tenemos que llevar adelante son también factores que tiene que entrar y a los cuales nuestros colaboradores, familiares que tienen sus hijos en el colegio tienen que ser conscientes que el niño necesita ser niño para aprender, no solamente para estar sanos psicológicamente, para aprender. Necesita jugar, necesita bromear, necesita ver el mundo mucho más amplio de lo que le puede dar un libro por mucha información que tenga y menos a un Google, porque Google no te dice lo que es importante, sino que te dice lo que es popular nada más. Google te dice qué página es la primera y la segunda y la tercera, según la frecuencia de uso, pero no te dice cuál de ella es verdad, o cuál es mentira y a veces nos tragamos unas mentiras de Google impresionantes.

Hay una pregunta en el aire que estoy seguro que ustedes tienen gran curiosidad que es la del Papa. Antes de venir a este recinto en la rueda de prensa me han preguntado de eso: ¿Qué significa para la Compañía de Jesús el tener un Papa Jesuita? Y entonces la respuesta es doble, porque la realidad es doble.

Por una parte no ha cambiado nada, pues el Papa no está bajo la autoridad del General de los Jesuitas, el Papa es mi Superior, de hecho es el único Superior que tengo, o sea que eso está claro. Y los Jesuitas seguimos al servicio de la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, y por lo tanto no podemos aprovecharnos de esta oportunidad de tener un Papa Jesuita. En ese sentido, ¡No significa nada! O sea, los Jesuitas seguimos sirviendo a la Iglesia y esa es nuestra misión de siempre y continúa igual.

Por otra parte, la otra mitad del hecho es que ciertamente se hace mucho más fácil ahora relacionarse con la Santa Sede, o sea, mi trabajo es mucho más fácil ahora que lo que fue para mis predecesores, porque es un Papa que además conocía yo de antes, es amigo, hablamos con toda tranquilidad, él ha insistido en que nos tratemos de tu, y seguimos tratándonos de tu en público y en privado, es una persona que entiende las cosas como los Jesuitas, por lo tanto yo puedo hablar con toda tranquilidad sabiendo que no hay mucho espacio para mal entendidos, por lo tanto no tengo que medir mis palabras, no tengo que usar lo que los Japoneses llaman: "enryo", que es esa contención de decir algo que lleve a invadir el terreno ajeno. Nos tratamos con toda tranquilidad.

El día 31 de julio él quiso celebrar la fiesta de San Ignacio con nosotros, y yo le pregunté: "¿Cuál es el objetivo de esa celebración?" Y él dijo literalmente: "quiero celebrar la fiesta de San Ignacio con mis hermanos Jesuitas", así de llano, y él lo ha dicho claramente en el avión cuando volvió de Río de Janeiro cuando tuvo la rueda de prensa, una rueda de prensa muy abierta donde le preguntaron de todo, y una de las preguntas fue: "¿se siente usted Jesuita?" Y dijo: "sí, clarísimamente", y dijo: "los jesuitas tienen el cuarto voto de obediencia al Papa, quizás yo debería de tener un voto de obediencia al General de los Jesuitas". Yo por supuesto lo tomé como una broma que quiso decirles a los periodistas. Pero dijo claramente: "yo me siento Jesuita, he tenido formación Jesuita", nosotros sabemos que además ha sido maestro de novicios, Provincial, ha tenido que entrar muy profundamente en la Espiritualidad Ignaciana. ¡Y se nota! Cuando yo hablo con él, yo siento que estoy hablando con un Jesuita antes que con un Papa, porque él no me hace sentir que estoy hablando con un Papa, se ha bajado de todos los tronos posibles para entrar en contacto con la gente.

Por ejemplo un Laico le estaba pidiendo a un Cardenal que le concediera una audiencia personal con el Papa. Y el Cardenal le dijo: "eso es muy difícil porque muchos quieren ver al Papa ahora, parecen que tienen prisa en verle este año, tiene que ser enseguida. Por lo tanto es muy difícil". Y el otro le dijo: "usted es Cardenal, usted tiene acceso al Papa, me lo tiene que conseguir", y el cardenal tratando de escaparse, se cansó y le dijo: "mira, la mejor solución es que alquiles una silla de ruedas y te sientes en la Plaza de San Pedro, porque el Papa siempre que va a saludar al pueblo, cuando ve a alguien en silla de ruedas, se baja de su coche y le da un abrazo".

O sea que en este Papa tenemos una verdadera revolución de estilo, no sabemos lo que va a pasar pero yo me calculo que en los próximos 3 meses; Septiembre, Octubre y Noviembre van a ser muy interesantes para ver lo que este Papa decide después de la reunión con los Cardenales que él ha convocado para la reforma de la Curia, y yo creo que va a tomar decisiones no solamente para la Curia sino que nos va a afectar a todos.

El efecto de este Papa es extremadamente positivo. Yo lo veo cuando voy a muchos países: en África están entusiasmados con él, en Latinoamérica, no digamos; en España, lo mismo; también en Asia. Ahora hay más gente que va a las Iglesias. En Corea me han dicho que mucha gente está pidiendo el bautismo. En la misma Compañía de Jesús hay más gente que llama a la puerta y quiere saber qué es eso de los Jesuitas. Y todo por el Papa. O sea, nuestra política no ha cambiado. Naturalmente, queremos seguir con una selección estricta, porque queremos servir a la Iglesia, no queremos llenar la Iglesia de amantes del Papa que no tienen vocación, o sea, hay que seleccionar la vocación, tengamos muchos o tengamos pocos, lo importante es que la Compañía de Jesús quiere conservar

su credibilidad como un grupo que ayuda a la Iglesia en el Apostolado, en la reflexión, en el discernimiento, etc.

Pero ciertamente el efecto es notabilísimo, y por ejemplo unos de los signos clarísimo es que la gente sencilla cita al Papa, eso no ha pasado nunca, porque no lo entendían, a éste le entienden, entonces le citan, o sea que el Papa ha entrado en la vida de la gente. En Italia hay familias que han dejado de ir a la Iglesia, pero ahora leen juntos en familia, madre e hijos, padre e hijos, leen las homilias del Papa o el resumen que publica el Observatorio Romano, o la radio Vaticana de las homilias del Papa en Santa Marta, y le han tenido que añadir un secretario al Papa, solamente para controlar quién va a las misas de Santa Marta porque hay tantas peticiones, que aquello era un desorden, entonces le han puesto un secretario y ahora hay que acudir a este secretario para poder ir a la misa del papa.

O sea que nosotros Jesuitas queremos apoyarle y ayudarle en todo lo que podamos con la reflexión, ofrecerle nuestro personal, yo le ofrecí la primera vez que le vi, le dije:

“bueno, yo quiero poner a su disposición todos los recursos de la Compañía de Jesús, mis asistentes, consejeros, todos los que usted quiera”. Y él, guiñando un ojo, dijo: “¿también los recursos económicos?” Yo le respondí: “naturalmente, pero si los usa tanto usted como yo, nos iremos a pique, ¡porque no son tantos!” (Gesto de broma). Pero él sabe porque ha sido Provincial, que los recursos económicos de la Compañía no son tan abundantes. Hoy me lo han preguntado en la rueda de prensa y hay muchos Jesuitas cuyo trabajo es buscar fondos para apoyar nuestro Apostolado precisamente con los pobres, por la justicia, por la equidad. O sea que no estamos en la abundancia y hay muchos Jesuitas que viven muy pobremente, muy austeramente para dar todo lo que tienen a la obra Apostólica donde están involucrados.

Voy a terminar con un chiste y así terminamos relajados. Después del Concilio Vaticano II se hablaba tanto de la Iglesia del Laicado, de que estamos entrando en la era de los Laicos, de que el siglo XXI será el siglo de los laicos, etc. Se usaba una retórica muy positiva respecto al Laicado. En Tokio invitaron a un Obispo Anglicano a hablar sobre el tema. Yo era estudiante de teología y fui a escuchar la conferencia porque tenía contactos con estos sacerdotes Anglicanos y empezó la conferencia de esta manera: (yo les repito el chiste) una vez había un avión que iba volando, era un trimotor, tres motores, y de un motor empezó a salir humo, y la gente que lo vio se preocupó, y después del humo salieron llamas y el motor se paró, como esto lo vio todo el mundo, el piloto se sintió obligado a explicarlo y dijo: “no se preocupen, han visto ustedes que hemos perdido un motor pero nos quedan dos, y con los dos que nos quedan podemos llegar a nuestro destino de manera que no se preocupen, todo va bien”.

A la media hora ven humo por el motor del otro lado, y luego del humo fuego, y el motor se paró, entonces el piloto se siente más urgido por decir algo y dice: “tenemos un pequeño problema; dos de los tres motores no funcionan, pero con el que nos queda podemos buscar un aeropuerto cercano y hacer un aterrizaje de emergencia, de manera que tranquilos porque estamos trabajando para resolver la emergencia”.

Media hora después, oyen todos una explosión que viene del motor de atrás, el tercero explota, y entonces se ponen nerviosísimos y el piloto les dice: “señoras y caballeros tenemos un problema, ninguno de los tres motores funciona, no sabemos lo que va a pasar porque ahora dependemos del

viento, de manera que prepárense para lo que sea”. Entonces la gente se pone muy nerviosa y uno de los que está en frente se vuelve a los pasajeros y les dice: “por favor, alguien que haga algo religioso”, y se levantó un laico e hizo una colecta. (Risas)

Con esto el conferencista quería mostrar que hasta ahora el laicado podía solamente recoger la colecta, o cambiar mesas cuando había un bazar o cosas de ese tipo, mientras ese mismo laico, cuando era enviado por su empresa a Europa, hacia transacciones de millones de dólares y en la Iglesia, no lo dejaban más que hacer la colecta o mover mesas, y por lo tanto tenemos que cambiar.

Han pasado 40 años del Concilio y todavía no hemos cambiado en muchas cosas, hay que reconocerlo y por lo tanto estamos en un momento de tensión, en las obras Jesuíticas. El cambio se está dando de una manera muy rápida, cada vez hay más Directores de colegios, o Directores de nuestras obras sociales, o educativas, o pastorales que son laicos y lo hacen estupendamente, y estamos aprendiendo que los laicos no son colaboradores de los Jesuitas, sino que son colaboradores en la obra de Dios, y es Dios el que decide lo que quiere hacer con la humanidad, es Dios el que presenta un programa de reforma como nos dice San Ignacio en la meditación sobre la encarnación, es la Trinidad mirando al mundo y diciendo: “aquí hay que hacer algo para salvar a tanta gente”.

O sea, la responsabilidad de los Jesuitas quizás ahora es más pequeña, porque es discernir quién tiene el mismo corazón que tenemos nosotros y con ellos trabajar juntos, repartir responsabilidades según la necesidad y según el talento que Dios ha dado a cada uno y no privilegiar a los Jesuitas de manera que los laicos queden siempre en un segundo lugar. Eso está pasando. Cada vez hay más colaboración y ustedes son un gran testimonio de que eso se da, a muchos niveles

En Australia por ejemplo tenemos 4 casas de ejercicios, los Directores de las 4 casas de ejercicios son laicos, cada vez tenemos más colegios donde el Director es un laico o una laica y lo hacen magníficamente, tienen el corazón del Budista que yo hable antes, con una visión total de que todo es capilla, todo es importante, porque lo que es importante es el niño o la niña, no el sistema, no la clase, sino la persona. Y ahí creo que estamos todos de acuerdo.

Yo aprovecho esta oportunidad para darles de corazón verdaderamente las gracias por tener la paciencia de colaborar con Jesuitas. Sé que no es fácil y lo sé por experiencia directa. Pero les doy las gracias porque eso quiere decir que ustedes están preocupados, como nosotros, por el Reino de Dios, no por quién es el perfecto: o el párroco o el encargado, sino el Reino de Dios, es lo que importa, y la vida de los demás, es lo que importa.

Muchas gracias.

“Los Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y su Responsabilidad Social: la Búsqueda de un Mejor Futuro para la Humanidad. ¿Qué Significa Ser Creyente Hoy?”

P. Adolfo Nicolás, S.J.

Introducción

Quiero dar a cada uno un afectuoso saludo. En primer lugar, a quienes vienen desde otros países hasta esta acogedora tierra colombiana y a la ciudad de Medellín; mi saludo se extiende, también, a los Antiguos Alumnos que desde los diversos rincones de Colombia se han dado cita aquí en el Colegio San Ignacio y, obviamente, en particular, a los Antiguos Alumnos de este Colegio que tienen la alegría de ser los anfitriones de este encuentro.

Mis sentimientos de gratitud al comité organizador de este 8º Congreso. Sé que desde hace muchos meses han estado de forma muy comprometida al frente de la preparación de este evento. Un homenaje particular de admiración y gratitud para Fabio Tobón Londoño y para Tom Bausch. Lamentablemente, ambos han fallecido casi simultáneamente un mes antes del Congreso. Fabio, Antiguo Alumno del Colegio San Bartolomé La Merced en Bogotá, expresidente Mundial de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús y presidente del comité organizador, nos ha dejado el 17 de Julio, luego de una heroica lucha contra la enfermedad. Tom Bausch, por su parte, presidente de la Unión Mundial de Antiguos alumnos, de manera totalmente inesperada, ha fallecido al día siguiente, el 18 de Julio. Mil gracias a ambos por su testimonio de vida y por el liderazgo que ejercieron para dar vida a la Unión Mundial de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús. En verdad, somos todos deudores de sus esfuerzos.

Mis agradecimientos igualmente al Colegio San Ignacio de Medellín, al P. Provincial y al P. Rector, como también a los Directivos y miembros de ASIA Ignaciana, por su gentil acogida y por todo lo que han dispuesto para acogernos con la amabilidad paisa y hacernos sentir en casa.

De la “responsabilidad” a la “gratitud”

El tema de la “responsabilidad social” escogido para el congreso es muy oportuno. Nos saca de nosotros mismos y nos hace pensar en lo que estamos haciendo y en lo que podemos hacer por el bien de otros y del mundo. Espero que la reflexión traiga muchos beneficios en los ámbitos personal, familiar, profesional y social de cada uno, como para el programa de acción de las Asociaciones de Antiguos Alumnos aquí representadas.

El objeto de esta temática juega un importante rol en la experiencia de la fe y, en consecuencia, en la propuesta educativa de la Compañía de Jesús. Puesto que me corresponde la delicada tarea de iniciar esta reflexión, quiero decir que pretendo con mis palabras alcanzar tres objetivos: primero, ofrecer una perspectiva creyente en el enfoque de esta temática; segundo, enmarcarla en nuestra

propuesta educativa ignaciana y, tercero, proyectarla hacia un compromiso colectivo en el horizonte global.

“Responsabilidad” tiene en la lengua castellana dos vertientes de significado: en la primera, “responsable” es quien está obligado ante sí mismo o ante los demás a realizar algo en su favor y, por tanto, debe rendir cuentas a otros de una tarea o misión encomendada, sea inmediatamente o en último término; en la segunda vertiente de significado, “responsable” es quien presta atención y cuidado. En la lengua inglesa, “responsabilidad” tiene que ver solo con el primer significado y está en el ámbito de lo que se ha denominado “accountability” o rendición de cuentas.

La tradición ignaciana, por su parte, ha querido situar al ser humano no en la órbita de la “responsabilidad” sino en la del “agradecimiento”. En sus Ejercicios Espirituales, Ignacio de Loyola, propone al ejercitante la posibilidad de “traer a la memoria los beneficios recibidos” (EE, 234) para suscitar en él sentimientos de gratitud y de generosidad en su respuesta. Ciertamente, lo que haría una persona noble y de valores es corresponder a las expresiones de bondad con que ha sido beneficiado y, así dar razón al dictado popular que sabiamente señala que “el amor con amor se paga”, precisando acertadamente como lo señala San Ignacio que “el amor se debe poner más en obras que en palabras” (EE, 230).

Solo quien ha tenido un “conocimiento interno de tanto bien recibido”, y un reconocimiento pleno de ellos, puede sentir el anhelo de orientar su vida de modo que pueda “en todo amar y servir” (EE, 233). Por esta vía, la espiritualidad ignaciana nos ofrece una sólida motivación para pasar a la acción o más exactamente para orientar nuestra vida al servicio de otros.

En este horizonte quiero invitarlos a considerar nuestra responsabilidad con los demás seres humanos (con los semejantes y los diferentes) y con la creación. Les propongo que situemos el tema de nuestra responsabilidad social más en la lógica del amor y de la gratitud que en la lógica que procede del deber, de la obligación, o de la “accountability”.

Con ello no quiero debilitar el concepto de “accountability” restándole importancia. Para ser “responsable” es esencial dar cuentas y asumir las consecuencias de los actos y decisiones; de hecho, en nuestras instituciones educativas estamos haciendo grandes esfuerzos para que todos - el Rector, los Directivos, los diferentes colaboradores y hasta los estudiantes- den cuenta de sus responsabilidades siendo capaces de entrar en un proceso de accountability... Lo que les propongo es que, además de tener como base esta dinámica que nos pide responder ante otros por lo que se nos ha confiado y mantener una transparencia total en el ejercicio de nuestro proceder, nos situemos en la dinámica de la gratitud o del agradecimiento, en fin, del reconocimiento de los bienes recibidos. Al igual que San Ignacio, considero que esta perspectiva nos mueve más poderosamente al servicio, puesto que suscita una dinámica de amorosa correspondencia.

Para concluir esta consideración inicial, podría señalar que la experiencia de gratitud, o del agradecimiento, es una de las características de quien está animado por la Fe.

Es la experiencia de quien sabe que todo en su vida es un regalo o don inmerecido; sabe que nada le pertenece y que todo le ha sido dado: su vida, su familia, sus capacidades, su educación, sus amistades, sus bienes, su salud, etc.

2. Reconocer el don recibido “ser hombres y mujeres para los demás y con los demás”

La fuerza que movió el quehacer de Ignacio de Loyola luego de su conversión fue la gratitud por tanto bien recibido. De allí nació su anhelo de servir. El fin mismo de la Compañía de Jesús, estructurada con un grupo de compañeros de universidad igualmente motivados, fue justamente el de “ayudar a los prójimos”, del mismo modo que él mismo y sus compañeros habían sido ayudados a encontrar el fin y el sentido de sus vidas. Con la fundación de la Compañía, Ignacio quiso estructurar institucionalmente el ideal de servicio a otros como una manera de vivir, trabajar y ofrecerse a Dios, no apenas como individuos aislados sino con grupo de compañeros.

Y, si “Amar y servir” es el propósito de la Compañía de Jesús, ¿qué otra cosa podría esperarse de sus instituciones y en particular de las educativas? Esa fue la razón que movió a Ignacio a aceptar la fundación de los Colegios. Quiso que fueran instrumentos privilegiados para la formación de la juventud, de modo que ésta también pudiera anhelar “en todo amar y servir”, gracias a los conocimientos y al ejercicio de las virtudes allí adquiridos.

Es así como, los jesuitas, reconociendo tanto bien recibido, anhelamos ser seguidores y compañeros de Jesús, para ayudar a otros en la adopción de esa misma sabiduría de vida. Esto explica por qué, sin importar cuál sea nuestro ministerio, seremos siempre educadores que intentamos mostrar con nuestra vida y palabras el rostro de Dios que Jesús ha hecho patente, manifestándolo como fuente de la vida, del amor y del bien.

Esta sabiduría de la vida fue expresada de manera lúcida, en 1973, por el P. Pedro Arrupe, dirigiéndose a los Antiguos Alumnos de la Compañía en su conocido discurso de Valencia², España, titulado “Formación para la promoción de la Justicia”. Allí, el P. Arrupe señaló que, desde sus inicios, la misión de la Compañía era formar “agentes de cambio”, en la sociedad y en la Iglesia, para renovar y transformar las estructuras de convivencia en las que se percibían expresiones del pecado puesto que encarnaban relaciones injustas.

Arrupe subrayó que la promoción de la justicia era un elemento constitutivo de la misión de la Compañía, puesto que para Jesús el auténtico amor a Dios siempre está unido al del prójimo y de éste amor brotan las relaciones de justicia. Por ello de modo sintético expresó que nuestros alumnos y alumnas habrían de formarse como “hombres y mujeres para los demás”, es decir, no centrados en su “propio amor, querer o interés” (EE, 189) sino abiertos a otros y dispuestos al servicio de sus hermanos necesitados, en el marco de la promoción de la justicia.

Desde que el P. Arrupe hiciera ese llamado nuestros centros educativos y también los Antiguos Alumnos, a través de sus Asociaciones, cambiaron positivamente en este particular.

2. ARRUPPE Pedro, *Formación para la promoción de la Justicia*. Al Congreso de Antiguos Alumnos de Jesuitas. Valencia. 1973, en, “La Iglesia de hoy del futuro”. Ediciones Mensajero y Sal Terrae. España. pgs. 347-359. Versión digital en http://www.sjweb.info/documents/education/arr_men_sp.pdf

Hoy, 40 años después, la educación por la justicia, y lo que ella implica de responsabilidad social, se ha convertido en un sello distintivo de la educación de la Compañía de Jesús.

Aunque se ha caminado mucho en este sentido, aún debemos hacer más y continuamos en este empeño; lo cierto es que estamos lejos de las resistencias que la formación para la justicia social suscitó en los años 70.

En la actualidad, gran parte de nuestros centros educativos en el mundo tienen programas serios, novedosos y creativos, para educar en el compromiso social.

Instituciones educativas de otras Congregaciones Religiosas, o incluso del Estado, aprovechan estos logros y piden asesoría en este campo. Sólo por citar ejemplos cercanos, en Colombia, los Colegios han implementado con éxito el programa de Formación y Acción Social (FAS); Fe y Alegría, en América Latina, está implementando el programa “Habilidades para la vida”; la FLACSI, la red de colegios de la Compañía de Jesús en América Latina, está promoviendo el programa “ignacianos por Haití”; programas todos que han posibilitado que nuestros alumnos y alumnas entren en contacto con la realidad social y de injusticia de manera antes impensable. En otras partes del mundo se tienen programas similares y el énfasis en grupos y experiencias de servicio social se han convertido en parte esencial de “nuestro modo de proceder” educativo. Es interesante anotar que como resultado de ello, muchos de nuestros ex alumnos o ex alumnas se han vinculado a programas de voluntariado social o a ONGs que sirven a los pobres, a los migrantes, a los desplazados y a los refugiados. En tal sentido, la respuesta de muchos Antiguos Alumnos ha sido de una generosidad extraordinaria.

Profundizando el llamado del P. Arrupe, su sucesor el P. Peter-Hans Kolvenbach señaló que nuestra tradición educativa quería formar hombres y mujeres competentes, conscientes, y comprometidos con la compasión³. Es lo que, en el ámbito de la lengua inglesa, la pedagogía ignaciana ha denominado como las “3c”. En el ámbito de la lengua española, se ha traducido como las “4c”, es decir, competentes, conscientes, compasivos y comprometidos⁴. Personalmente prefiero esta versión española por que ofrece un énfasis mayor en estas dos últimas características.

3Véase, la versión inglesa en: http://www.sjweb.info/documents/education/PHK_pedagogy_en.pdf, KOLVENBACH, PH., Carta de presentación del Documento “Ignatian Pedagogy: a Practical Approach”. 1993.

4Cf. Versión española en: http://www.sjweb.info/documents/education/pedagogy_sp.pdf, en particular, el n. 19: “La educación jesuita, si realmente obtiene su objetivo, debe conducir últimamente a una transformación radical, no sólo de la forma de pensar y actuar ordinariamente, sino de la misma forma de entender la vida, como hombres y mujeres competentes, conscientes y compasivos, que buscan el «mayor bien» en la realización del compromiso de la fe y la justicia, para mejorar la calidad de vida de los hombres, especialmente de los pobres de Dios, los oprimidos y abandonados”.

Estos cuatro calificativos expresan la “excelencia humana” que la Compañía de Jesús quiere a los jóvenes que nos confía la sociedad: competentes, profesionalmente hablando, porque tienen una formación académica que les permite conocer con rigor los avances de la ciencia y de la tecnología; conscientes, porque además de conocerse a sí mismos, gracias al desarrollo de su capacidad de interiorización y al cultivo de la vida espiritual, tienen un consistente conocimiento y experiencia de la sociedad y de sus desequilibrios; compasivos, porque son capaces de abrir su corazón para ser solidarios y asumir sobre sí el sufrimiento que otros viven; y comprometidos, porque, siendo compasivos, se empeñan honestamente y desde la fe, y con medios pacíficos, en la transformación social y política de sus países y de las estructuras sociales para alcanzar la justicia.

Dos años antes, el P. Kolvenbach, explicando quiénes éramos los jesuitas, había añadido acertadamente a la afirmación del P. Arrupe “para los demás” la expresión “y con los demás”, señalando de esa manera, en forma más completa, los propósitos de nuestra espiritualidad y de nuestra educación⁵. Así evidenciaba que nuestro empeño educativo pretendía formar no en el liderazgo solitario sino en el reconocimiento del otro, en el espíritu de la sana convivencia, en la labor de equipo, en el espíritu de la “colaboración” y del trabajo en común.

No es de extrañar, pues, que en la actual cultura globalizada en la que las fuerzas económicas predominantes enfatizan modelos educativos donde se privilegia el utilitarismo instrumental, la Compañía de Jesús continúe fiel a su propósito de formar “hombres y mujeres para los demás y con los demás”.

Esta manera de enfocar la educación permite a los jóvenes acceder a otra de las características de la fe. Se trata del acceso a aquel tesoro escondido que mostró Jesús: la alegría profunda y duradera de descubrir que poner la vida al servicio de otros, o el darla por los demás, renunciando a beneficios personales o grupales para buscar el bien más general, no es perderla sino encontrarla en su sentido más pleno.

3. Las interpelaciones de la “Globalización”: la Responsabilidad de un Mayor Servicio

Nuestra última Congregación General, la 35^a, órgano máximo de gobierno y de orientación de la Compañía de Jesús, consciente de los cambios sociales, culturales y tecnológicos que estamos viviendo globalmente, acentuó algunos aspectos de nuestra misión y pidió formas más eficaces de servicio, congruentes con los tiempos que corren.

⁵ Cf. KOLVENBACH, P.H., To friends and colleagues of the Society of Jesus, en AR 20 (1991) 602. Versión digital en <http://onlineministries.creighton.edu/CollaborativeMinistry/Kolvenbach/phk-tofriends.htm> La expresión fue recogida en la CG 34, d. 13, n. 4.

Con una conciencia más amplia y profunda de gratitud por los bienes y posibilidades existentes en el mundo de hoy, la CG nos hizo sentir la responsabilidad de entrar en mayor comunión con la misión que Dios está impulsando en medio de la humanidad y de la creación en los tiempos actuales para seguir ofreciéndole vida en abundancia y en plenitud.

Con el propósito de lograr una mayor eficacia o impacto en términos internacionales, la CG nos trazó el reto de aprovechar de una mejor manera el potencial global que representa la presencia de la gran multiplicidad de nuestras instituciones apostólicas a nivel universal a través de la construcción de redes. La expectativa es que ellas puedan impulsar proyectos más allá de las fronteras provinciales, nacionales o continentales. Es evidente que, además de las tecnologías convenientes para ello, este empeño necesitará una nueva mentalidad y el uso de la imaginación y la creatividad. Desearíamos que los Antiguos Alumnos y Alumnas puedan ayudarnos a hacer esto posible, pues muchos de ustedes tienen una experiencia importante en el mundo de las redes y el trabajo global.

Al contemplar la complejidad de los desafíos que actualmente se presentan a toda la humanidad, la Compañía de Jesús se siente llamada a ejercer una mayor “advocacy” o incidencia pública en favor de los últimos de la sociedad en puntos claves de la vida económica, política, cultural y religiosa de los pueblos. Esto con el fin de ofrecer una contribución a los procesos de reconciliación entre las personas y de los pueblos entre sí, como también en la búsqueda de una relación más armoniosa de la humanidad con el medio ambiente.

Nuestro servicio a la reconciliación entre los seres humanos corresponde no solo al mandato evangélico sino a la existencia, al inicio del tercer milenio, de una nueva visión de humanidad que, con lúcida conciencia de la igual dignidad de todos los seres humanos, clama por la superación de los prejuicios y las exclusiones actuales. Sin duda, la comunidad internacional tiene aún un amplio trabajo que hacer en esta línea para establecer los instrumentos jurídicos que garanticen la pacífica y justa convivencia entre los pueblos. Esta visión, sin embargo, a nuestro juicio, permanecerá como un ideal inalcanzable si no se forman mentes y corazones capaces de comprender la unidad fundamental de los seres humanos en su diversidad, en su estrecha interdependencia y en la necesidad de acoger y afirmar al otro respetando su diversidad.

También se siente hoy de forma clamorosa que la humanidad está en deuda con el equilibrio ecológico de nuestro planeta. Somos más conscientes de la delicada interdependencia existente entre seres humanos y naturaleza. La crisis medio ambiental que percibimos nos afecta a todos, pero sin duda de manera más severa a quienes son más pobres.

Nuestras instituciones toman conciencia de la importancia de esta dimensión en procesos educativos y ven la necesidad de actuar decididamente para estimular el respeto y solidaridad con la creación. Desearíamos que nuestras instituciones sean verdaderamente “verdes” porque viven y forman en la armonía con el medio ambiente.

De otro lado, tomamos conciencia que hasta ahora hemos educado a nuestros alumnos y alumnas en una visión local de pertenencia al colegio donde se han formado y, en consecuencia, guardan cariño por “su” colegio y sus compañeros. No obstante, en un contexto como el actual en el que se multiplican las redes sociales que atraviesan las fronteras geográficas, si anhelamos ofrecer un mayor servicio al interior de la comunidad internacional, es necesario formar para una ciudadanía global. Con ella queremos que nuestros alumnos y alumnas se sientan capaces de intervenir en el

ámbito internacional y puedan asumir la nueva realidad de un mundo que se construye más allá de las estrechas fronteras nacionales donde todos somos ciudadanos corresponsables; un camino que se ofrece para el logro de este propósito es la pertenencia a las redes educativas y sociales de la Compañía o a las de Antiguos Alumnos que trabajan a favor de múltiples causas humanitarias. En este cambio de paradigma, que nuestras instituciones educativas están comenzando a asumir, la Unión Mundial de Antiguos Alumnos puede contribuir grandemente.

4. La vocación y la responsabilidad de custodiar y hacer crecer la vida

En la actual sociedad globalizada la gestión inteligente y crítica de la información juega un rol central. En tal contexto, participar o haber recibido una educación de calidad como la descrita es un bien incalculable. Este es nuestro caso. La educación que hemos recibido nos ha ayudado a encauzar constructivamente la imaginación y a desarrollar una estructura mental de análisis y de discernimiento para seguir aprendiendo de la vida. La Educación nos ha permitido desarrollar valiosas capacidades humanas que, queramos o no, conceden una cierta porción de poder y de reconocimiento social.

Si tal es nuestro caso, la experiencia de la gratitud por los bienes recibidos gracias a los procesos educativos que hemos vivido requiere una mirada más allá de nosotros mismos.

No podemos olvidar que nuestra condición, en este planeta que es nuestra casa común, es de cierto privilegio, pues en él hay más de mil millones de hombres, mujeres y niños que van a dormir con hambre cada noche y no tienen acceso al agua potable; que un número mayor aún no ha recibido educación primaria y menos aún secundaria o universitaria; y, que lamentablemente, estamos impulsando un crecimiento económico desequilibrado y competitivo entre naciones que estimula la voraz explotación de los recursos del planeta con un severo deterioro del medioambiente, que genera conflictos violentos y un inequitativo usufructo de los bienes de la creación que beneficia particularmente muy pocos.

Estos inmensos desafíos evidencian que es necesario hacer algo; quien es creyente reconoce desde su fe que en tal realidad no se refleja la voluntad de Dios, sino más bien su rechazo y que allí se explicitan situaciones de pecado personal y social; su anhelo, en consecuencia, no es otro que transformar pacíficamente tales situaciones. Sabe que para ello se requieren hombres y mujeres capaces de compasión y generosidad; hombres y mujeres que dispongan su inteligencia, influjo social y creatividad ilustrada para crear una comunidad internacional menos desigual, más económicamente estable y ambientalmente sustentable; es decir, que asuman con toda pasión su vocación de custodiar y proteger el don de la vida en toda su sorprendente diversidad.

Justamente delante de estos retos quiso colocarse el Papa Francisco el pasado 19 de marzo, al iniciar su ministerio como sucesor de San Pedro. Este día, fecha en que la Iglesia celebraba la fiesta de San José, el Padre de Jesús y el esposo de María, el Papa Francisco señaló a toda la Iglesia y a los muchos líderes del mundo allí presentes en Roma, que la “vocación de custodiar” la vida es una misión que no atañe apenas a los creyentes sino que “es una dimensión que antecede” la opción de la fe porque “es simplemente humana” dado que “corresponde a todos”, y en particular a quienes ejercen el

poder de las naciones. En efecto, al hablar de su nueva responsabilidad, el Papa Francisco, indicó que Jesús había concedido a Pedro un cierto poder, pero precisó que el verdadero poder es ante todo el servicio y que este encontraba su culmen en la cruz, es decir, en la donación de sí mismo.

Según estas palabras, la honesta vocación y fuente de legitimidad de todo poder, sea cual fuere, es el de custodiar, proteger y servir a la vida. Es el llamado presente en cada consciencia a “tener cuidado y atención” permanentes por la vida de los seres humanos, empezando por quienes tienen su vida más amenazada o son frágiles, pero igualmente por las demás formas de vida presentes en la naturaleza.

Esta tarea, según el pensamiento del Papa, requiere ante todo el cuidado de sí mismo, es decir, de los sentimientos que habitan el propio corazón puesto que de él “salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen”⁶; pero sobre todo requiere de la bondad, e incluso de la ternura, que definió no como la virtud de los débiles, sino como un signo de fortaleza de ánimo, de compasión, de apertura al otro y de amor.

5. La educación de calidad para todos: Sendero para la justicia y la paz en el mundo

En la misma línea del llamado del Papa Francisco a todos los que poseen una parcela del poder y, por tanto, una posibilidad de contribuir al crecimiento de la humanidad, el pasado 12 de julio, ante la Asamblea de la ONU, repleta de líderes mundiales, Malala Yousafzai, una joven paquistaní de 16 años, quien en octubre 2012 fuera víctima de un atentado por parte de un grupo talibán opuesto a la educación, ha pronunciado un breve y conmovedor discurso en el que concluyó de manera lapidaria que, “un niño, un maestro, un libro, un lápiz, pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución”⁷ contra las múltiples discriminaciones, exclusiones y guerras que afectan a millones de seres humanos. A su juicio, “los libros y los lápices son nuestras más potentes armas”. Con ello quería pedir a todos los responsables de las naciones una mayor inversión en escuelas, libros y maestros, para garantizar la instrucción primaria universal, de forma que en el 2015, como está propuesto, se pueda alcanzar uno de los objetivos del Milenio.

Probablemente, en la conquista de este propósito muchos países vienen haciendo ingentes esfuerzos por extender la cobertura educativa. Nosotros mismos, como Compañía de Jesús, hemos querido dar apoyo a esta dinámica que invita a los gobiernos a destinar mayores recursos en sus presupuestos para la educación, pero es verdad igualmente que los jesuitas nos sentimos interpelados a trabajar no solo por la extensión sino por el ofrecimiento de una educación de calidad para los pobres.

6. 19 de Marzo 2013: Santa Misa en el solemne inicio de Pontificado de Su Santidad Francisco, en www.vatican.va/holy_father/francesco/homilies/2013/index_sp.htm

7. Video de su intervención completa en inglés: <http://www.youtube.com/watch?v=B5X70VvjU0g>. Versión conclusiva, con subtítulos en español: <http://www.youtube.com/watch?v=EdZqPBQBQPI>

Es así como la Compañía de Jesús ha intensificado su trabajo educativo con los pobres y marginados a lo largo y ancho del mundo brindando una educación de calidad. Redes como Fe y Alegría en América Latina, los centros educativos para Adivasis (indígenas) y Dalits en la India, la educación ofrecida por el Servicio Jesuita a Refugiados y la red de colegios de Cristo Rey y las Nativity Schools en los Estados Unidos, junto a otros muchos esfuerzos, han dado respuestas creativas al desafío de brindar una educación de calidad a los más pobres, tal como se ha ofrecido en nuestros colegios tradicionales. Podemos afirmar que al día de hoy el número de alumnos desfavorecidos que reciben educación de la Compañía supera con creces a aquel de quienes proceden de nuestros colegios más tradicionales. Incluso, muchos Antiguos Alumnos de estos colegios han contribuido notablemente a que estas nuevas experiencias sean exitosas o ellos mismos, a través de sus Asociaciones, han buscado contribuir a estos procesos de educación popular.

Esta contribución, sin embargo, no es más que una “gota” en el océano. Hay cientos de millones de niños y de jóvenes que en el mundo requieren más años de escolaridad. Esto significa que urge la extensión de la red educativa, pero también y sobre todo se requiere una educación de calidad que, desde las más diversas inspiraciones y pedagogías, los haga competentes, conscientes, comprometidos y compasivos, de forma que puedan ser “hombres y mujeres con los demás y para los demás” en los diversos contextos sociales, culturales y religiosos de nuestro mundo. Ciertamente, el camino hacia la justicia, la solidaridad, la reconciliación y la paz mundiales, será transitable en la medida que pueda ofrecerse a todos esa oportunidad.

6. Corresponder al don: un empeño por una educación de calidad para todos

Sabiendo que este 8º Congreso Mundial de antiguos alumnos les ofrecerá una más lúcida conciencia del don recibido a través de los procesos educativos, quiero invitarlos a que lo hagan fructificar, no como un beneficio exclusivo para el logro de sus intereses personales sino como un don que se transforma en tarea y compromiso, a favor de la juventud de todo el mundo que sufre los vejámenes de la exclusión.

San Ignacio hizo llegar una carta a Felipe II, rey de España, a favor de la buena educación en la que le decía que “todo el bien de la cristiandad y de todo el mundo, depende de la buena educación de la juventud”⁸. En aquel tiempo solo una pequeña minoría recibía educación escolar. Hoy por el contrario, como lo hemos visto, toda la humanidad la requiere y quien sea excluido de ella, es condenado a la pobreza y la discriminación, y muchas veces empujado a la delincuencia.

Por tanto, todos los que hoy hacemos parte de “la familia ignaciana”, porque somos beneficiarios de esa espiritualidad y pedagogía, nos sentimos llamados a profundizar y a seguir ofreciendo en nuestras escuelas, colegios y universidades una educación de calidad.

8. Cf. KOLVENBACH, P.H., “Selección de Escritos, 1983-1990”. Edita, Provincia de España de la Compañía de Jesús. Arts & Press. 1992, pg. 453. Sin embargo, John W. O'Malley en su libro “The First Jesuits”. Harvard University Press. 1993, pg. 209, señala que la carta fue elaborada por Pedro de Ribadeneira, SJ, por encargo de San Ignacio, siendo aquél el autor de esta célebre frase.

Pero, puesto que en el contexto mundial, nuestras instituciones numéricamente siempre serán una pequeña minoría, nos sentimos llamados a fortalecer la conciencia internacional acerca de la necesidad de una educación de calidad para todos, puesto que ella es un derecho de todo ser humano y, en consecuencia, una exigencia para las políticas públicas en torno a la educación.

Por esta razón, la Compañía de Jesús está promoviendo entre sus colaboradores, bienhechores y amigos, la constitución de una red internacional por el derecho de todas las personas a una educación de calidad. A este propósito, dicha red ha elaborado un documento que os invito a conocer y a reflexionar para que ayude a la acción, pues se requiere el esfuerzo plural de toda la sociedad⁹.

Estoy convencido que Ustedes, como Antiguos Alumnos de la Compañía, no apenas como individuos sino como Asociaciones en cada uno de los países donde están presentes, tienen posibilidades de incidir en tales políticas públicas para que los Estados, cada uno por su parte o aliados entre sí, den prioridad a la puesta en práctica de este derecho fundamental, logrando con ello un paso fundamental para el ejercicio y respeto de los demás derechos.

Puesto que una educación de calidad ofrece no solo conocimientos sino valores, ella podrá alcanzar los propósitos que Malala, la valiente joven paquistaní, ha propuesto a los líderes de la ONU pero irá mucho más allá, avanzando hacia la superación de toda exclusión y discriminación por motivos de género, nación, raza, religión o nivel socioeconómico.

Ustedes están en el corazón del mundo, trabajando en diversas instituciones sociales, privadas o públicas; cada día ejercen con sus análisis y decisiones la responsabilidad social, en el ámbito familiar, en el espacio profesional o en el terreno de las tareas públicas o políticas. Les propongo, por tanto, que como una de las conclusiones de este 8º Congreso la convicción expresada por S. Ignacio de que el bien del mundo y el significado del mensaje y vivencia cristianas “depende de la buena educación de la juventud” y, en consecuencia que, junto con la Compañía de Jesús, ustedes también asuman el propósito de generar una amplia conciencia mundial a favor de una educación de calidad para todos.

7. Conclusión: el creyente es responsable de sí, de la comunidad humana y de la creación

Las muertes de Fabio Tobón y de Tom Bausch nos recuerdan un hecho determinante de nuestras vidas: la provisoriedad de nuestra existencia en este mundo. Su partida, que también un día cada uno de nosotros vivirá, nos interroga sobre nuestros orígenes, sobre nuestro destino y sobre el camino que hemos de asumir durante este tránsito espacio-temporal de nuestra vida. Sin duda hay muchas incógnitas e inquietudes que se colocan a nuestra inteligencia. Según la reciente Encíclica *Lumen fidei*, dada a conocer por el Papa Francisco, «la luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y eso basta para caminar» (n. 57).

9. *Promotio iustitiae*, n. 110, publicación del Secretariado de Justicia Social y Ecología, de la Curia General de la Compañía de Jesús. Versión digital en <http://www.sjweb.info/documents/sjs/pjnew/PJ110ESP.pdf>

Quien posee esta “lámpara” sabe que está en camino y que avanza hacia una plenitud que le espera y que es su futuro. Sabe igualmente que todo lo que tiene lo ha recibido y es don inmerecido: su vida, su salud o su enfermedad, su riqueza o su pobreza, sus triunfos o sus fracasos. Experimenta que todo ello proviene de la providencia amorosa de Dios a quien experimenta cercano, presente y activo en el mundo. Sabe y experimenta además, que como a él, Dios interpela, en lo más hondo de la conciencia a cada ser humano, creyente o no, moviéndolo a la compasión y al bien; sabe que mueve a todos a hacerse “responsables” de la vida, a hacerse “próximos” o “custodios” de sus hermanos y de la creación. Lleno de gratitud por esa bondadosa y discreta presencia de Dios en su vida y en la vida del mundo, que no impide su libertad de decisión, anhela no ser sordo a su llamado y corresponder generosamente.

Por otro lado, lejos de añorar que todo pasado fue mejor y de mirar la cultura presente con pesimismo o desconfianza por las transformaciones que se están realizando, las examina para percibir en ellas de qué modo se hace presente la acción de Dios. Su deseo es descubrir los signos de tal presencia vivificadora en estos tiempos para sumarse a ella. Por ello no quiere ni puede ser indiferente ante la realidad que lo rodea. Siente la responsabilidad de discernir qué es lo que en sí mismo, en la sociedad y en el mundo, hace crecer los seres humanos en respeto de su inalienable dignidad y en comunión entre sí. Tal fue la mirada, por ejemplo, de muchos misioneros y educadores jesuitas, como Mateo Ricci, en China, que entendió que Dios ya estaba trabajando en aquella milenaria cultura y que Dios había llegado a ella primero que él y que la Iglesia.

Es comprensible entonces que la fe sea entendida y vivida como doble experiencia de encuentro. Ante todo, con Aquel que, siendo fuente y destino de la vida, asumió la condición humana, en Jesús de Nazareth; el diálogo personal con este “maestro interior” que respetuosamente orienta el sagrado recinto de la conciencia, ofrece la luz que permite entenderlo como “camino, verdad y vida”. Y, esta honda experiencia de hacerse discípulo, lejos de conducir al individualismo o al solipsismo espiritual conduce a la otra experiencia de encuentro, o de comunión con otros que viven igual experiencia, en la Iglesia. En esta comunidad eclesial, a pesar de las limitaciones y opacidades institucionales que provienen de toda condición humana, a través de la fe transmitida de generación en generación, conserva signos y medios que dan la posibilidad de renovar y de nutrir la experiencia evangélica.

Finalmente, quien orienta su camino a la luz de la fe está habitado por el desafiante anhelo y la inalcanzable utopía de hacer posible, en esta historia, la plena soberanía de Dios y de su bondad; ante todo, en sí mismo, pero también en los demás seres humanos y sus comunidades; por ello, día a día, renueva su disposición personal de hacerse responsable de otros y, por tanto, de servir y de trabajar en favor del sueño que animó a Jesús de alcanzar una tierra nueva y de unos cielos nuevos donde “no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor” (Apocalipsis, 21, 4).

Muchas gracias.

Adolfo Nicolás, SJ

Prepósito General de la Compañía de Jesús

Medellín, 15 de Agosto de 2013

En la Fiesta de la Asunción de María, Educadora de Jesús y de la Iglesia.

Sentirnos Parte del Proceso de Paz – Memorias del Taller No. 14

El sábado 7 de septiembre de 2013, de 8:00 a.m. a 11:40 a.m., se realizó el décimo cuarto taller con la presencia el Padre Provincial y representantes de todas las obras que hacen parte del proceso de regionalización en Antioquia. Participaron cerca de 100 personas.



La jornada inició con una contextualización que hizo el P. Horacio Arango S.J. quien planteó los objetivos del taller dirigidos en primer lugar a recibir del Padre Provincial su acompañamiento al proceso de regionalización, y compartir con él lo que se ha reflexionado en torno a las exigencias individuales y colectivas que implica la paz en Colombia y en segundo lugar a conocer el sentido y la misión del Director Regional como un paso nuevo que da la Compañía de Jesús en el proceso de regionalización. Informó de la publicación del libro: En Camino Hacia las Fronteras n° 5 y la presentación de los nuevos miembros de la Comisión Coordinadora Regional (antiguo equipo estratégico).

Luego el P. Mario Franco S.J. y Adriana Londoño de la Congregación Mariana hicieron la oración y compartieron un video-testimonio donde mostraron la sinergia realizada entre la Congregación Mariana y ServiVienda para sacar adelante la construcción de 19 viviendas que fueron donadas a familias que perdieron su casa con la creciente del río, en el municipio de Concordia.

A continuación el P. Francisco de Roux S.J., Provincial de los Jesuitas en Colombia, realizó públicamente el nombramiento del P. Horacio Arango S.J. como Director Regional y explicó por qué se hizo este cambio de Coordinador a Director Regional como una manera de consolidar lo que se ha hecho con regionalización y con la aprobación del Padre General. Explicó las funciones que tiene y los alcances de su misión.

Después Gustavo Ramírez repasó el dilema moral que se había pedido abordar en las obras donde se preguntaba por la disposición para acoger en la vida social a los desmovilizados de la guerra (mirar el dilema en el artículo siguiente). Luego se escuchó la participación con los diferentes puntos de vista y la argumentación sobre lo que podría pasar. En general hubo una respuesta de acogida sustentada en la dignidad humana y en la necesidad de construir un País nuevo que necesita perdonar.



El cierre de este conversatorio lo hizo el P. Provincial, haciendo notar que los victimarios también han sido víctimas de la Sociedad que les ha tocado vivir y por eso el perdón debe ser de todos, empezando por perdonarnos a nosotros mismos todo lo que hemos dejado de hacer y soñar con construir juntos una nueva sociedad.

Incluir a los excluidos por la guerra – Taller con dilemas para trabajar en las obras

En las diferentes obras se realizó un ejercicio de reflexión con el siguiente dilema, como una manera de tomar conciencia sobre la manera como estamos preparados para abordar las consecuencias de la negociación del proceso de paz con las FARC. También en algunos colegios se adaptó este dilema para los estudiantes y es el que aparecerá como dilema dos.

DILEMA 1

Como consecuencia del actual proceso de paz en Colombia, a su casa llega una carta contándole que el Gobierno Nacional ha decidido que la mejor manera de incorporar los miles de desmovilizados es ubicándolos en la dinámica de la vida de las Ciudades y pueblos, perfectamente distribuidos por asignación en los barrios que acepten acogerlos, de tal manera que en el contacto cotidiano con la gente, se sientan integrados a vida social y la ciudadanía. La carta aclara que las personas que van a ser reinsertadas tienen experiencia en manejo de armas, muchas de ellas cargan grandes resentimientos sociales, un número importante han participado en actos violentos como robos, violaciones, secuestros, extorsiones y algunos hasta en masacres. La mayoría de ellos llega sin empleo y con muy pocos recursos económicos. La idea es reinsertar familias completas, donde hay hombres y mujeres adultos pero también niños, jóvenes y ancianos, muchos sanos pero también algunos con enfermedades que han traído de la vida insalubre que llevaban). Al final de la carta trae un cuestionario que va dirigido a resolver tres interrogantes donde usted debe considerar los pro y los contra para su situación personal, el bienestar de su familia, la estabilidad de su empresa o trabajo y el bienestar social. Estos son:

1. ¿Estaría de acuerdo en aceptar que ubicaran 2 o 3 familias en la cuadra o urbanización donde usted vive? Si _____ No _____ porque _____

2. ¿Aceptaría que su hijo(a) comparta el colegio y las clases con hijos de excombatientes o incluso con algunos que fueron combatientes como menores de edad en las FARC? Si _____ No _____ porque _____

3. Acogería la idea que en la empresa donde usted trabaja o de la cual es dueño le ofrecieran empleo a dos o tres guerrilleros reinsertados? Estaría dispuesto a trabajar directamente con ellos? Si _____ No _____ porque _____

4. ¿Tendría alguna o algunas propuestas alternativas a estas preguntas?Cuál?

DILEMA 2 – ejercicio de reflexión (aplicado a los estudiantes de algunos colegios)

Como consecuencia del actual proceso de paz en Colombia, a su casa llega una carta contándole que el Gobierno Nacional ha decidido que la mejor manera de incorporar los miles de desmovilizados es ubicándolos en la dinámica de la vida de las Ciudades y pueblos, perfectamente distribuidos por asignación en los barrios que acepten acogerlos, de tal manera que en el contacto cotidiano con la gente, se sientan integrados a vida social y la ciudadanía. La carta aclara que las personas que van a ser reinsertadas tienen experiencia en manejo de armas, muchas de ellas cargan grandes resentimientos sociales, un número importante han participado en actos violentos como robos, violaciones, secuestros, extorsiones y algunos hasta en masacres. La mayoría de ellos llega sin empleo y con muy pocos recursos económicos. La idea es reinsertar familias completas, donde hay hombres y mujeres adultos pero también niños, jóvenes y ancianos, muchos sanos pero también algunos con enfermedades que han traído de la vida insalubre que llevaban). Al final de la carta trae un cuestionario que va dirigido a resolver tres interrogantes donde usted debe considerar los pro y los contra para su situación personal, el bienestar de su familia, la estabilidad de su empresa o trabajo y el bienestar social. Estos son:

1. ¿Estaría de acuerdo en aceptar que ubicaran 2 o 3 familias en la cuadra o urbanización donde usted vive? Si _____ No _____ porque _____

2. ¿Acogería en su salón de clase como compañero a hijos de excombatientes o incluso a algunos que fueron combatientes como menores de edad en las FARC? Si _____ No _____ Porque _____

3. Estaría de acuerdo que en el Colegio o en la empresa donde trabajan sus papás, le ofrecieran empleo a dos o tres guerrilleros reinsertados? Si _____ No _____ porque _____

4. ¿Tendría alguna o algunas propuestas alternativas a estas preguntas?

Cuál? _____

Hacia una pedagogía de la equidad

Memorias del Taller No. 15 en el marco del foro de colegios amigos

El miércoles 9 de octubre de 2013 se realizó el décimo quinto taller de regionalización con la participación de cerca de 1.000 personas, gran parte de ellas, educadores que hacen parte del grupo de Colegios amigos y de algunos representantes de Colegios de CONACED Antioquia. También participaron representantes de algunas obras de regionalización. Los objetivos de este taller fueron:



1. Invitar a estos educadores a elevar su consciencia sobre el compromiso que tiene la educación con la transformación social y poder ver en la fe, la compasión y la equidad, tres movimientos fundamentales en medio de la sinfonía social que estamos llamados a diseñar.
2. Generar vínculos entre educadores de colegios que tienen inspiración ignaciana en esta región del país, buscando lograr mayores interacciones y sinergias que nos permitan construir, entre todos, estrategias pedagógicas encaminadas a favorecer experiencias significativas en equidad dentro de las instituciones educativas.

Este encuentro inició con una oración dirigida por la Rectora del Colegio de la Enseñanza, quien habló de las oscuridades que está viviendo esta región y concretamente la ciudad de Medellín, para invitarnos a ser luz en la misión de acompañar la formación de nuevos seres humanos. Luego el P. Horacio Arango S.J., Director Regional, presentó el sentido de la regionalización y cómo la frontera elegida nos debe interpelar en lo que hacemos como maestros, para ser fuegos que enciendan otros fuegos.



A continuación se tuvo un foro con tres maestros de la educación quienes desarrollaron sus ponencias: la primera la Dra. Beatriz Restrepo, quien planteó qué es la equidad y cuáles son los diferentes rostros que tiene la inequidad en la sociedad actual. La segunda ponencia fue la del P. Gustavo Baena S.J. quien habló de la intrínseca relación que hay entre la fe, la equidad y la compasión desde la comprensión cristiana. La tercera ponencia fue del Dr. Gabriel Jaime Arango, el cual planteó los grandes desafíos que tiene la educación para responder a la situación de inequidad y exclusión que vivimos.



Después de un descanso se realizó un taller grupal, donde los asistentes se distribuyeron en 40 grupos. Allí se recogieron propuestas para enriquecer la propuesta pedagógica que se está elaborando como material para los colegios.



Luego Juan Gabriel Romero S.J. y Sandra Colorado, presentaron a los asistentes lo que se ha avanzado con la propuesta pedagógica formulada desde el Centro de Fe y Culturas con los representantes del grupo de Colegios Amigos y 2 rectores hicieron un reflejo general de lo trabajado en el taller por grupos. Por último se hizo una síntesis de las principales ideas y se redactaron unas conclusiones generales de este foro, el cual fue muy bien valorado por los asistentes.

Análisis del conflicto armado en Colombia – Memorias del Taller No. 16

El sábado 30 de noviembre de 2013, de 8:00 a.m. a 1:00 p.m., se realizó el décimo sexto taller con todas las obras que hacen parte del proceso de regionalización en Antioquia, como actividad de cierre de las actividades de este año. Participaron cerca de 95 personas en representación de las 22 obras que lo integran.

Este taller tuvo tres objetivos centrales:

1. Conocer en profundidad la situación de las comunidades en la región y en el país y el impacto del conflicto armado en los temas de la frontera.
2. Favorecer una reflexión comunitaria sobre el valor de la memoria histórica dentro de los procesos de paz y reconciliación del País.
3. Reconocer el proceso recorrido en los cuatro años y medio que llevamos en la regionalización y celebrar los procesos y acciones más significativas encontradas en las obras, como expresión del amor de Dios haciéndose camino junto a nosotros.



El P. Horacio Arango S.J. inició con un saludo, un agradecimiento a todos por su presencia y una oración titulada “los dos hermanos”, orientada a reflexionar sobre lo sagrado que es el ser humano y el valor de la memoria histórica para la transformación social.

Luego Rubén Fernández, integrante de la Comisión Coordinadora Regional, hizo una breve contextualización sobre la importancia de escuchar el informe de la memoria histórica dentro de la frontera de la exclusión y la inequidad, donde las víctimas del conflicto armado deben tener una especial atención para nosotros.

A continuación se le dio la palabra al Dr. Andrés Suárez quien presentó aspectos relevantes del informe BASTA YA, construido por el grupo de Memoria Histórica de la cual él es investigador, y se refirió fundamentalmente a:

- Las dimensiones de la violencia en nuestro País.
- Las transformaciones estratégicas de los actores armados en el conflicto Colombiano.
- Los factores de prolongación y escalamiento del conflicto armado.

- Los impactos y los daños producidos por la guerra.
- Las recomendaciones orientadas a la verdad, la justicia y la reparación.

Terminada su intervención, la Dra. Marta Villa, quien trabaja en la corporación Región, hizo unos comentarios generales sobre la importancia de este informe para la restauración integral y la posibilidad de la paz. A continuación se dio un conversatorio donde algunas de las participantes dieron su testimonio frente a este informe y valoraron este taller.



Después se tuvo un refrigerio navideño de integración y se celebró una eucaristía, donde diferentes personas de las obras pudieron dar testimonio de lo que había producido el proceso de regionalización en ellas y en el momento del ofertorio, cada obra ofreció en el altar los avances que tuvieron durante el 2013 con relación a la frontera común. Fue una experiencia comunitaria muy significativa que mostró cómo este proceso está haciendo transformaciones profundas en las personas y en las obras.



Basta ya – Dra. Beatriz Restrepo Gallego¹⁰

Con este título apareció hace poco tiempo el resultado de la investigación adelantada por el Grupo de Memoria histórica, en la que se presenta, por primera vez, la historia completa de lo que ha sido el conflicto armado en el país entre los años 1958 -2012. El texto hace importantes aportes históricos al origen del conflicto y sus principales manifestaciones, y al final hace recomendaciones de política, pero la intencionalidad de los autores es, claramente, “recoger la memoria del sufrimiento de las víctimas, como también de su dignidad y resistencia, [...] con el fin de reconocerlas, repararlas, y dignificarlas”.

¹⁰ Artículo publicado en el periódico el Mundo el miércoles 23 de octubre de 2013, en la columna: Abriendo Horizontes, que es coordinada por el Centro de Fe y Culturas.

Éste puede considerarse como el aporte mayor de este trabajo: la visibilización de las víctimas, quienes a través de su rostro y su palabra, se individualizan, adquieren una identidad (ya no son más un número de expediente del genérico “las víctimas”), manifiestan su dignidad vulnerada y con cientos de miles de víctimas letales o no letales, a lo largo de este conflicto. Se dirigen a oyentes o lectores con la dignidad que da la certidumbre de compartir con nosotros una común humanidad, esperando encontrar solicitud, compasión y solidaridad, pero también justicia, la que para ellos es, en lo esencial, conocer la verdad de lo ocurrido, ser reparados moralmente por parte del Estado y de sus victimarios; y ser sujetos de restitución de sus bienes y de restauración de sus condiciones de vida.

A lo largo de estos testimonios (pues las víctimas son los más genuinos testimonios de la crueldad de ese conflicto), se evidencia que la narración es una mediación privilegiada para desentrañar la identidad de personas y comunidades, su ser más profundo (como lo señala la hermenéutica de Paul Ricoeur), y que el rostro de quien ha adquirido una identidad narrativa, esto es, una historia, se materializa en un Otro, correlato del sí mismo que soy yo, que me interpela y me permite reconocerse en él: ya no somos extraños, ya surge la reciprocidad que conduce a las corresponsabilidad (Según el pensamiento de E. Lévinas). En ambos casos, la dimensión ético-moral se hace presente: la identidad narrativa hace evidente el carácter moral de quien habla y manifiesta su dignidad que tiene que ser respetada; el rostro del Otro que nos conmina como un igual en humanidad, exige acciones y comportamientos de nuestra parte. Este carácter ético-moral del tema que nos ocupa es su fundamento: el derecho y la política que también tienen su palabra que decir y sus acciones que tomar, deben saberlo.

Hemos cometido un grave error al reducir el tema de las víctimas a sus dimensiones legales y políticas (dando un papel secundario o decorativo a las dimensión ético-moral, que es su esencia): lo que está en juego aquí es la dignidad humana de cientos de miles de colombianos que ha sido vulnerada -más no destruida- y que, por tanto, requiere ser visibilizada mediante acciones de corresponsabilidad solidaria (K.O. Apel) de quienes sabemos que compartimos con ellos una común humanidad. La política y el derecho son herramientas para hacer posible el cumplimiento de esta tarea. El Centro de Fe y Culturas quiere aportar a ella: responder al llamado de las víctimas, despertar la conciencia moral y política de responsabilidad y participación, ofrecer elementos de reflexión para un debate social y político que contribuya al esclarecimiento necesario a la reconciliación, como también a la reacción, pues la indignación no es suficiente, en palabras de los propios autores de este informe.

No hubo tiempo para la tristeza – Memorias del Taller No. 17

El sábado 15 de febrero de 2014, de 8:00 a.m. a 12:00 m., se realizó el décimo séptimo taller con todas las obras que hacen parte del proceso de regionalización en Antioquia. Participaron cerca de 145 personas en representación de las 23 obras que lo integran.



Inició con un saludo por parte del P. Horacio Arango S.J., quien agradeció la presencia de todos y de manera especial le dio la bienvenida a los nuevos integrantes de este proceso que asistieron en representación de la parroquia: La Divina Pastora de la Comuna 13, obra que asumió la Compañía de Jesús en Medellín y al nuevo grupo de novicios que acaban de iniciar su proceso. Luego presentó unos apartes de la intervención que tuvo el P. General en su visita al Centro de Fe y Culturas donde él explicó el sentido de la compasión y motivó la campaña que están promoviendo los provinciales de América Latina titulada: “ábrete a la hospitalidad y se enriquecerá la sociedad”.



Después, para darle continuidad al informe de la memoria histórica que se había iniciado en el taller anterior, se presentó el documental: “No Hubo Tiempo Para la Tristeza”, donde se mostraron datos y testimonios de cómo se ha dado el conflicto armado en nuestro País en los últimos años y algunas salidas a este conflicto por parte de comunidades que han afrontado la situación de guerra que vivimos.



A continuación se realizó un conversatorio general, con muy buena participación, sobre los sentimientos despertados por este documental y las posibles acciones a las cuales estaríamos invitados a realizar. Se enfatizó en buscar estrategias en todas nuestras obras para ayudar a terminar la guerra, en la importancia de no quedarse en la reflexión sino también llegar a la acción, en socializar esta información con los que hacen parte de nuestras obras y de nuestro entorno cercano. Para lograr este último propósito, se entregó al representante de cada obra una copia del CD con este documental.



En la parte final del taller se hizo una presentación especial de la parroquia La Divina Pastora, su historia y lo que hacen actualmente y se invitó a todos las obras a acogerla con actitud de apertura y solidaridad.

Parroquia la Divina Pastora en el proceso de Regionalización

La Compañía de Jesús en cabeza del Padre Provincial Francisco de Roux, S.J. y de común acuerdo con el Señor Arzobispo de la Ciudad, ha designado al Padre Luis Guillermo Trujillo, S.J. como Párroco de la Parroquia La Divina Pastora y al Padre Juan Gabriel Romero, S.J. en calidad de Vicario. La Parroquia está ubicada en la Calle 39 D No. 112-106 barrio San Javier, en la Comuna 13 de Medellín.

Esta parroquia se asume en el contexto de la regionalización (en una zona de frontera en medio de la violencia armada) donde se quiere responder al llamado del Señor para que solidariamente nos sintamos en diálogo con las realidades más profundas que vive la región.

El acto oficial de entrega administrativa de la parroquia se realizó el 23 de enero con la presencia de Monseñor Hugo Alberto Torres Marín, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Medellín, Padre Mauricio Vélez, Vicario Foráneo de la Zona Occidental, el Padre Oliver Mauricio Álvarez, Auditor, el Padre Daniel Fabiano Meneses Álvarez, Arcipreste de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen de San Javier, el Párroco anterior José Abad, el Padre Álvaro Restrepo Lince, S.J. Superior de la Comunidad del Colegio San Ignacio, el Padre Luis Guillermo Trujillo, S.J. nuevo Párroco, el Padre Juan Gabriel Romero Alarcón, S.J. nuevo Vicario, el Señor Juan Fernando Saldarriaga, auxiliar contable y el Padre Horacio Arango Arango, S.J. Director de la Misión Regional de la Compañía de Jesús en Antioquia.



El inicio de actividades, con la eucaristía correspondiente, se llevó a cabo el martes 28 de enero de 2014 a las 6:00 p.m. y contó con la participación del Padre Provincial, el Padre Asistente para América Latina Septentrional, el Párroco y el Vicario entrante y demás jesuitas y laicos integrantes del proceso de Regionalización y de la comunidad parroquial.

El perdón y la reconciliación desde una mirada cristiana.

Memorias del Taller No. 18

El sábado 5 de abril de 2014, de 8:00 a.m. a 12:00 p.m. se realizó el décimo octavo taller con todas las obras que hacen parte del proceso de regionalización en Antioquia. Participaron cerca de 100 personas en representación de las 23 obras que lo integran. El taller inició con un saludo y presentación de los objetivos, los cuales fueron:

1. Reflexionar comunitariamente sobre el papel que tenemos de manera personal y también como obras, en la construcción de alternativas de perdón y reconciliación en la búsqueda de la paz.

2. Conocer el estado actual del proyecto de equidad, para establecer nuevas formas de participación en su realización.

Luego se tuvo una oración reflexiva a través del video llamado “cuerdas”, el cual muestra, mediante dibujos animados, como una niña se hace responsable de incluir a un compañerito que ha quedado parapléjico y está impedido para vivir la cotidianidad de su colegio. Al respecto el P. Horacio dirigió una reflexión invitando a los asistentes a escuchar a Dios que desde el interior nos está invitando a hacer lo mismo que él hace con nosotros, amándonos y aceptándonos como somos. Invitó a abrir los brazos y acoger a todos sin distinciones, haciendo visible el encuentro y la reconciliación.



Después Diana Giraldo, la coordinadora de Servivienda, presentó un informe sobre las acciones que se han logrado concretar de cara al trabajo por la equidad tanto al interior (con el personal de la obra) como al exterior, promoviendo el desarrollo humano integral, el capital social y la conformación de redes comunitarias y sociales locales, regionales y nacionales.

Terminado este testimonio, el P. Horacio contextualizó el taller precisando que una de las maneras de exclusión las han vivido las víctimas del conflicto armado y que por eso, desde el año pasado, se abordó el dilema ético para reflexionar en torno a la disposición y preparación que tenemos los colombianos para integrar en la vida civil a los actores armados que han participado de esta guerra y se presentó el Informe Basta Ya. También en el taller pasado se miró comunitariamente el documental: “No Hubo tiempo para la tristeza”, buscando tomar mayor conciencia del problema y de nuestro compromiso con las víctimas y en este taller, la propuesta es conversar sobre la paz y la reconciliación, orientado desde una mirada de fe.



A continuación el P. Gustavo Baena S.J. en su exposición mostró cómo es muy distinta la visión de la justicia y el perdón en el Antiguo Testamento, donde Dios no deja nada impune y hay una forma

de pagar por medio de la expiación, a la visión de justicia y reconciliación que se plantea en el Nuevo Testamento donde Dios deja todo impune porque el pecado no le interesa sino el pecador. Esta nueva mirada presenta un Dios amor que es incompatible con el no perdón y donde prima la justificación por la fe. La reconciliación es la aceptación incondicional y en San Pablo coincide con la justificación, que consiste en que Dios ama y perdona gratuitamente y no por los méritos de la persona. Invitó a vivir la reconciliación desde lo que hacemos cotidianamente y de esta manera ser testimonio del amor de Dios y de la justicia Cristiana por la fe en Jesús Resucitado que nos impulsa a amar sin condiciones.

Después del descanso, Hernán Restrepo, junto con algunas personas de su equipo “Con la Gente”, montaron una experiencia para sentir y pensar la inequidad que se viven en la sociedad. Cada persona recibió un ficho y le tocaba sentarse en la silla donde estuviera ese ficho y algunas estaban marcadas como sillas VIP, otras como de propiedad privada, otros Sisben, otros popular, otros área pública (de pie), otros como desplazados (no tenían silla) y a partir de esto se hizo una reflexión muy valiosa de lo que significa ver el mundo de acuerdo al lugar que nos tocó. Fue una dinámica que permitió confrontar las inequidades y exclusiones sociales que estamos viviendo y las que estamos llamados a transformar desde nuestro testimonio de vida.

Reflexiones sobre el perdón ante el conflicto armado colombiano

P. Francisco de Roux, S.J.¹¹

Abstract: el autor caracteriza la crisis de la sociedad colombiana atrapada en el conflicto armado como una crisis espiritual. Propone cuatro condiciones para construir la paz. Las tres primeras, exigibles como acuerdos sociales y políticos, son la detención de la guerra, la reconciliación y los cambios estructurales de la sociedad. La cuarta condición es el perdón, que en el caso colombiano es necesaria para que las otras tres sean sostenibles, condición que paradójicamente no es exigible porque el perdón en una opción personal libre.

Agradezco la invitación de la Decana de Psicología Blanca Patricia Ballesteros de Valderrama a decir unas palabras sobre el perdón ante la Facultad que se ha distinguido en los últimos años por comprendernos como sujetos y ciudadanos de derechos y deberes en nuestra sociedad.

La crisis espiritual

Estoy convencido que la crisis colombiana es ante todo una crisis del espíritu. Una crisis que nos ha vaciado de sentido. Ha vaciado de sentido a la religión, ha vaciado de sentido a la educación a todos los niveles, incluida por supuesto la Universidad pública y privada; ha vaciado de sentido la política y la cultura. Esto permite entender que llevamos ya cincuenta años de una guerra absurda y bárbara, que vulnera lo más hondo de nosotros mismos, aunque tengamos la frescura de continuar los negocios y las cátedras, los rituales litúrgicos y la vida profesional, como si las masacres de Bojayá y

Mapiripán, la Chiquita y la Gabarra, y los 5 millones de desplazados no fueran parte y responsabilidad de todos nosotros.

Personalmente me ha hecho sentido entender esta crisis del espíritu como una crisis de dignidad humana. Crisis del valor de nosotros mismos como seres humanos en Colombia. Porque al repasar las formas como nosotros explicamos lo que nos ha pasado en conferencias, seminarios, cursos académicos, discursos, libros y tesis doctorales, se me han caído todas las explicaciones teológicas y religiosas, todas las explicaciones políticas, todas las justificaciones ideológicas o razones científicas. Me quedó solamente la dignidad humana. Nuestra dignidad vulnerada. La conciencia profunda de que hemos renunciado a nuestra propia grandeza, perplejos y sometidos ante la barbarie.

Al mismo tiempo, llevo la experiencia de los que no se han dejado vencer. De una minoría de mujeres y hombres, los más no académicos, ni empresarios, ni políticos, ni sacerdotes ni ministros religiosos, no interesados en dinero o prestigio; que a todo riesgo han enfrentado sin más protección que sus propio coraje a los actores violentos para decir: “No. No nos vamos a ir desplazados, no vamos a abandonar nuestras tierras, no vamos a quedarnos callados ante el asesinato de miembros de nuestra comunidad, no vamos a dejar destruir nuestras culturas, nuestros humedales, nuestros ríos”; y lo han hecho con la convicción profunda que no tienen alternativa si su vida, y la vida de sus familias y comunidades, vale la pena como vidas humanas. Ellos han puesto la dignidad de todos nosotros como una prioridad absoluta para gritar “basta ya”. Muchos de ellos y de ellas están muertos por esa osadía.

Cuando hablo de crisis del espíritu me refiero a una ruptura en lo más profundo de cada uno de nosotros como personas y como sociedad, como universidad, como Iglesia. Me refiero al fondo de nuestra conciencia donde cada uno percibe el “aja” ante los comportamientos que nos hacen crecer como personas y como sociedad, y el “ajá” ante lo que nos destruye como seres humanos. Estamos aquí en el horizonte más íntimo de la psique.

Si los líderes de la psicología y de la espiritualidad de este país quisiéramos realmente enfrentar esta ruptura en los fundamentos de nosotros mismos como personas y como pueblo, estaríamos enfrentando cara a cara el problema con decisión terapéutica y determinación espiritual, y estaríamos buscando a los seres humanos concretos que metidos en la guerra o actuando en la política y los medios de comunicación, se encuentran extraviados del sentido de sí mismos, cargados de odio y de rechazo del otro, portadores de una patología que contamina toda la sociedad.

No voy a hablar de la paz anhelada. La paz es un objetivo tras el que nos ponemos en marcha al parar la confrontación armada. La paz solo comienza cuando se hacen cambios en la cultura, en la economía, en la política; cambios que se suelen llamar estructurales y no voy a referirme a ellos. En el proceso entre el Estado colombiano y las FARC estos cambios se tratarán en la tercera etapa de las conversaciones de La Habana.

Tampoco voy a hablar sobre la reconciliación, que entiendo como un acuerdo entre las partes que han estado en conflicto, para aceptarse como responsables en la reconstrucción colectiva de un nosotros, que solamente es posible entre todos. Sé muy bien que la reconciliación como proceso comunitario, regional y nacional tiene que trabajarse cuidadosamente. Académicos reconocidos por esta Facultad como Carlos Martín Beristain han hecho aportes muy serios en este aspecto donde

evidencian la importancia de la memoria, de la reparación, de las formas de justicia transicional. Las reflexiones que voy a hacer sobre el perdón, lejos de disminuir la importancia de esos elementos los suponen y los requieren si vamos a avanzar hacia la paz.

Para tranquilidad de quienes conocen de la complejidad de estos procesos, y para decirlo secuencialmente, aunque estos procesos no son lineales, la paz en el caso colombiano tiene estos pasos:

- El reconocimiento de la irracionalidad de la guerra y la decisión de pararla.
- La reconciliación como acuerdo de construcción colectiva que exige verdad, memoria, reparación, y justicia transicional.
- Los cambios estructurales que se requieren para la paz.
- El perdón como decisión personal y libre.

Voy a concentrarme en el perdón, sobre esta hipótesis: el perdón es una condición necesaria para que en Colombia se logre la paz sostenible. Es una condición necesaria y paradójicamente inexigible porque el perdón es un acto libre.

El perdón no ha sido necesario para detener todas las guerras de la historia mundial, pero será necesario en Colombia dadas las características del conflicto.

Características de la guerra armada en Colombia

La historia del conflicto armado

No tenemos tiempo para profundizar en la historia compleja de la guerra en nuestro país. Esta historia es necesaria para situarnos en el acumulado de clamores de venganza por asesinatos impunes, masacres, secuestros, tierra arrebatada, desplazamientos forzados, desaparecidos. Las instituciones que llevan las cifras de las víctimas de esta tragedia tienen cerca de 6 millones de demandas contabilizadas.

La psicología en sus diversas escuelas sabe bien de la importancia de la historia de las personas, las familias y los grupos sociales para poder entender los comportamientos enfermos. Y sabe de lo difícil que es hacer emerger la verdad que permita entender por qué y en qué medida los impactos de hechos objetivos monstruosos, que espantan al consciente, han hundido a las personas en el terror, el silencio, la confusión y la incertidumbre sobre ellos mismos.

Esta historia permite entender las características de nuestro conflicto en las últimas 7 décadas y pone en evidencia una violencia política brutal que no termina, que tiene momentos en que disminuye y vuelve de nuevo a expandirse con fuerza, dejando claro, en la mirada hacia atrás que aquí no hay sector de la sociedad que haya quedado por fuera de la guerra.

La Facultad de Psicología de la Universidad Javeriana puede hacer mucho bien, trabajando esta historia en los bancos de datos existentes; pero sobre todo llevando la investigación al terreno donde el conflicto sigue matando gente en la perplejidad y el dolor de las comunidades.

Nosotros no podemos detenernos en esta historia amplia y compleja. Baste llamar la atención sobre su importancia para comprender la manera como la violencia pública ha penetrado con su pasión,

sus odios y sus rupturas a las instituciones y sobre todo, en mayor o menor grado, a todos los colombianos y colombianas.

Esta es una guerra injusta

Es injusta la guerra de las FARC y la guerra del ELN, porque los guerrilleros saben hoy que a través de ella no pueden conseguir los ideales por los cuales tomaron las armas y sin embargo continúan en un enfrentamiento que conlleva un sufrimiento inmenso para el pueblo. Es injusta la guerra paramilitar, ahora camuflada y dispersa en la llamadas bacrim, pero lista para dispararse de nuevo como se desató a finales de los años 90. Es injusto que este país durante 20 años dedique una de las tajadas más grandes de la torta presupuestal a la guerra que no tiene solución militar, y deje de hacer con ese dinero lo que necesita la sociedad por mantener hoy cerca de medio millón de hombres en armas y doscientos o trescientos mil guardias privados.

Esta es una guerra en la que todo vale

Valen las masacres de pueblos enteros, porque hay que mostrarle al enemigo la capacidad que se tiene para hacerle daño a él y a sus aliados. Valen las minas antipersona, para cerrarle el paso al adversario al campo propio. Valen los secuestros, como botín humano que se cambia por dinero o detenidos. Vale la coca, porque se necesitan recursos para una confrontación costosa; así como valen los impuestos de guerra que pagan los empresarios. Valen los falsos positivos de jóvenes asesinados y presentados como guerrilleros muertos en combate, porque el ofrecer resultados gana opinión pública y produce recompensas para la tropa. Valen los testigos falsos, porque hay que sustanciar las pruebas que llenen las cárceles de enemigos. Valen las desmovilizaciones falsas, porque hay que mostrarle a la guerrilla que sus hombres están desertando. Vale el descuartizamiento con motosierra de mujeres líderes populares, porque hay que crear el terror y el sometimiento.

Esta es una guerra que ha dañado todo lo que toca

Ha dañado nuestras comunidades campesinas, ha dañado nuestros medios de comunicación, ha dañado la vida de nuestros pueblos rurales y barrios populares, ha dañado nuestras instituciones.

De manera particular ha penetrado y dañado la política. La extrema izquierda practica “la combinación de todas las formas de lucha”, en la que se participa en la gesta electoral legal mientras se mantiene el apoyo en un grupo armado ilegal que secuestra y extorsiona. La extrema derecha ha combinado igualmente el Congreso legal con el paramilitarismo ilegal. La mayoría de los más de 170 mil crímenes declarados por los paramilitares fueron cometidos en alianzas con políticos locales que querían limpiar el terreno para sus compañías, por eso cerca de un centenar de parlamentarios están hoy judicializados. La guerra ha invadido el leguaje político con los insultos en twitteres y periódicos.

La guerra penetró también la justicia, ha vulnerado su autonomía, la ha limitado, ha hecho que pierda credibilidad. El país se ha escandalizado de los micrófonos puestos en los salones de las altas cortes. ¿Pero acaso esto no es normal si la guerra, en la que todo vale y todo toca, se metió en la presidencia y en las cortes?

Cuando se constata que las instituciones básicas de la sociedad han quedado penetradas por los prejuicios y odios, la justicia tiene que partir del presupuesto de que todos cayeron en la barbarie víctimas del monstruo de la guerra, incluida la justicia misma, y este presupuesto es la justificación de una justicia transicional propia, distinta de la de los países donde la guerra no atrapó a todo el mundo.

En este escenario nos aproxima al sentido del perdón que tiene una mirada de comprensión radical del ser humano. Es la mirada que necesitó Sancho Panza cuando lo hicieron gobernador de la Insula Barataria. “Se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote, la noche antes de que viniese a ser gobernador desta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia”.

No voy a abundar sobre otro aspecto que hoy está en el primer plano: esta es una guerra costosa; el precio económico del conflicto colombiano es causa de pobreza, desigualdad, destrucción del medio ambiente y freno al desarrollo humano de las regiones. Detenernos en el desastre económico del conflicto pediría horas de análisis.

Hay que parar esta guerra

Hace 18 meses tuvimos en Barrancabermeja la reunión de 20 mil personas de las regiones de la guerra. El grito de la gente fue directo y unánime: ¡Paren esta guerra!, ¡párenla de todos los lados! Este es el objetivo ético y político más importantes del país y lo que se espera de la Habana.

La violencia en Colombia hoy en día puede compararse a una tormenta que tiene en el centro la guerra, como ojo del huracán, y que arrastra a un conjunto de violencias complementarias, que se amplían en círculos concéntricos. Como ocurre con las grandes tormentas, si se logra desactivar el ojo del huracán se quiebra sustancialmente la fuerza destructora de todos sus complementos.

Las FARC que están en la Habana no son un grupo de bandidos mafiosos sin ideología que pelean por sus riquezas. Si fueran así hace rato se habría terminado el conflicto. Son hombres y mujeres con una moral que nosotros no compartimos, pero que es una decisión ética. Están convencidos que las instituciones que hemos hecho y sobre todo los que gobiernan y defienden esas instituciones son un mal para el pueblo; y están dispuestos a morir con tal de que mueran los que consideran perversos para el pueblo colombiano.

Mil guerrilleros con esta opción ética, pueden desestabilizar un país. Mucho más si son todavía 10 mil y si tienen otro tanto que los apoyan como milicias urbanas, y otros cien mil que los apoyan en la sociedad civil.

Es cierto que las FARC se financian con la coca. Es cierto que la coca ha hecho mucho daño en sus filas, como ha hecho daño en muchos lugares de la sociedad colombiana, pero los principios de ética política que conducen a la guerrilla colombiana está lejos de ser cálculos mafiosos, de lo contrario ellos no estarían dispuestos a morir por su causa.

Cuba es la oportunidad para que estos colombianos pasen de enemigos a muerte a opositores políticos. Ahora bien, estos comandantes guerrilleros y sus bases en la montaña, no van a parar la confrontación, si sus líderes van a pudrirse en la cárcel, sin poder defender en la democracia las

ideas que los llevaron a la guerra; y así vemos de nuevo la necesidad de que el perdón se abra paso en el camino hacia la paz en Colombia. Un perdón que no significa impunidad.

El perdón

Apoyados en estas premisas entremos más a fondo en el perdón. Empiezo por compartir un recuerdo. El 12 de octubre de 1992 los pueblos indígenas de Colombia hicieron una toma de la ciudad de Popayán para afirmar su decisión de preservar su tierra y su cultura, a pesar de que ese día se cumplían 500 años de hostilidades contra los aborígenes de América. Tuve la oportunidad de marchar con ellos, y acompañarlos a entrar en la ciudad. Había miedo en Popayán, y las Fuerzas Armadas obstaculizaron nuestro avance para disuadir a los indígenas que llegaran a la capital del Cauca, de manera que el camino estuvo lleno de episodios de agresión contra los que desfilábamos, y se enardecieron los ánimos de los participantes en la marcha. No obstante los indígenas llenaron la plaza central de la ciudad sin hacer daño al comercio ni pintar en las paredes, pues se había convenido hacer una marcha pacífica. Al llegar, varios de nosotros fuimos invitados por los concejeros y gobernadores indígenas a una gran tarima de madera que se había construido mirando a la plaza. Abajo estaba el pueblo de las distintas comunidades rodeado por los militares; y enfrente de ellos, en el piso de la plaza, significando que ejercía autoridad, estaba el comandante del Ejército. La tensión subía cada minuto. Los reclamos contra las arbitrariedades de la tropa se convirtieron en insultos. Cualquier cosa podía pasar. Y en esa tensión, Chucho Piñacué, líder indígena, que había aguantado la hostilidad personal todo el camino, que había sido elegido para el discurso central, caminó hasta el borde de la tarima que compartía con nosotros, se quedó mirando al comandante del Ejército que estaba abajo en actitud desafiante y le extendió la mano. Y la tuvo extendida hasta que el militar subió a la tarima y se dieron un apretón. Ese gesto personal de perdón, por iniciativa de Chucho Piñacué, desató la comprensión colectiva, en un ambiente que estaba a punto de explotar en violencia. Desapareció la tensión que había en toda la plaza, y el resto de la jornada fue serena y profunda.

Entiendo por perdón una decisión personal de quien ha sido vulnerado, de renunciar a someter al victimario a actos violentos que le causen un sufrimiento igual o semejante al que él sometió a la víctima; una decisión personal de trabajar por transformar los propios sentimientos de odio y de venganza contra el victimario, por sentimientos de comprensión; una decisión personal de la víctima, de tomar la iniciativa y el riesgo de abrirse al victimario para acogerlo con el equipaje de confusión y de peligro que carga; y una decisión personal de renunciar a promover el rechazo social contra el victimario, y disponerse interiormente a acciones afirmativas para que el victimario sea incluido en la sociedad.

Esta decisión de perdonar, tomada libremente por el sujeto víctima, no significa darle la razón al agresor, no significa ponerse de parte de los perpetradores de la violencia, no significa renunciar a los derechos de la persona victimizada y de sus familias, no significa abandonar la causa ética y política por la que luchan las víctimas, no significa negar la objetividad del mal hecho por el que ha extorsionado, robado, secuestrado o matado, no significa optar por la impunidad o por el olvido. La decisión de perdonar mantiene todas estas cosas y se coloca a otro nivel, mucho más profundo, mucho más personal, mucho más espiritual y, si no es inapropiado decirlo, más psíquicamente saludable. Desde ese nivel mucho más profundo el perdón va a determinar la manera como se traten los derechos y se haga la justicia transicional.

Las condiciones del perdón

Definido el perdón, se siguen dos preguntas. La primera es ¿cuáles son las condiciones que tiene que llenar el agresor para que la víctima le perdone?

La respuesta es simple, es una respuesta desafío, casi un escándalo. El victimario no tiene que llenar ninguna condición para ser objeto del perdón. El perdón lo da la víctima si quiere, sin exigir nada a cambio.

La segunda pregunta es ¿cuáles son las condiciones que tienen que darse en la víctima para que perdone? La respuesta a esta pregunta es compleja y difícil, y llama a la terapia espiritual y psicológica.

La experiencia más cercana que me llevó a reflexionar sobre las condiciones para que se produzca el perdón en nuestra guerra fue en Puerto Berrío, en el Magdalena Medio Antioqueño, en el 2007. Teníamos un acto para sacar del silencio la memoria de las víctimas y superar el miedo. Invitamos a las familias a colocar un ladrillo pintado de blanco con el nombre del familiar asesinado o desaparecido, en la explanada de cemento que está en frente de la Iglesia central del pueblo. Juntamos 434 ladrillos blancos. Estábamos iniciando la ceremonia de honor a la memoria de las víctimas, cuando un paramilitar del Bloque Central Bolívar, supuestamente desmovilizado, arrebató el micrófono y delante de todo el mundo dijo: “Ustedes nos tienen que perdonar porque el gobierno nos ha perdonado”. Los paramilitares no piden un favor sino que exigen, intimidan, al precio de la vida.

Mi primera reacción, y excúsenme que me refiera a mí mismo, fue quitarle el micrófono al paramilitar y decirle delante de todo el mundo: “no sea sinvergüenza”. Porque en ese instante comprendí hasta dónde la locura de la guerra en Colombia desbarató entre nosotros la vergüenza. Este sentimiento visceral, de sentirse uno mal por haber hecho daño a su grupo, que es conciencia de haber uno despedazado lo que más se aprecia, por haber violado los códigos de honor de la propia comunidad para decirlo con el lenguaje de los antropólogos.

Las 434 familias que estaban allí presentes, compartiendo la desaparición de sus hijos, novios, esposos, mamás, no pedían dinero ni tierras. Pedían verdad y pedían que parara la barbarie.

Querían que les dijeran por qué habían matado a sus seres queridos. Una respuesta dolorosísima y necesarísima para las víctimas. Porque ante el asesinato cruel, la impunidad y el silencio se implanta la duda: “por algo sería que los mataron...algo malo debieron haber hecho..., quien sabe si las familias están implicadas”. Por eso la verdad es la primera necesidad de las víctimas.

Querían que les dijeran “¿dónde pusieron los cadáveres?”. Porque la gente necesita del funeral encontrar sentido en el sinsentido. Querían que les dijeran ¿cómo nos aseguran que estos actos terribles contra nosotros no van a continuar?

Las tres eran preguntas que se hacían las víctimas para poner en marcha un proceso de reconciliación. La gente buscaba las respuestas de cara a un futuro de paz desde la memoria de sus seres queridos asesinados. Esas preguntas eran las condiciones de la reconciliación. El paramilitar se había ido más allá, había pasado al perdón y al mismo tiempo había destruido las condiciones de posibilidad del perdón al exigirlo, cuando el perdón no se le puede exigir a nadie.

La reconciliación es distinta del perdón y es necesaria para la paz. La reconciliación llena las condiciones prácticas para un acuerdo entre el victimario y las víctimas. En la reconciliación hay un *qui pro quo*, un algo por algo. La reconciliación pide del victimario la verdad y la restitución, y da a cambio la justicia restaurativa y la reincorporación social del victimario bajo condiciones. La reconciliación si puede exigirse políticamente y socialmente. Es un conjunto de actos que pueden darse incluso sin que haya perdón. Aquella noche en la plaza de Puerto Berrío nos aterrorizó el paramilitar cuando nos intimidó para que perdonáramos, cuando apenas comenzábamos a acercarnos a comprender la radicalidad soberana del perdón.

El perdón no tiene *qui pro quo*. El perdón lo regala la víctima si quiere, y lo da previamente o en lo profundo de la reconciliación. El perdón no puede exigirse, el perdón es una decisión tomada por la persona vulnerada desde la profundidad de la conciencia donde se legitiman las normas y las leyes. Es una decisión autónoma de liberarse, hasta donde es posible, de las propias emociones, temores, rabias, tristezas y angustias causadas por la acción violenta del victimario. Es un acto que no espera retribución alguna en respuesta. Es un don. Es estrictamente un valor moral. Vale por sí mismo y no por lo que paguen por el perdón. Vale aunque no paguen nada por él.

Acercarse a las condiciones que se dan al interior de la víctima para que perdone es entrar a uno de los abismos impredecibles e indecibles de la condición humana que desafía a la ciencia y evoca a la sabiduría.

Este es uno de los asuntos en que los académicos colombianos podrían dar un aporte único al avance de la ciencia pues están ante la posibilidad de acceder a dimensiones de las personas y de la sociedad que pocas veces ocurren en otros lugares o casi nunca se plantean tan crudamente como en Colombia, y cuya respuesta puede ser iluminadora en las perplejidades internacionales.

Si el perdón es un acto libre, que ocurre en la víctima más allá de lo previsible, un hecho que no puede provocarse directamente, ni puede exigirse, ¿qué ocurre en el mundo de las víctimas cuando se crean las condiciones que hacen más probable la ocurrencia del perdón?

Esta pregunta para nosotros es crucial porque la hipótesis central aquí es que el perdón incondicional, en el caso de la guerra colombiana que ha capturado a la mayoría de la población, es necesario para terminar la guerra, abrirnos a la reconciliación y ponernos en el camino de una paz sostenible ¿Qué son por tanto los coadyuvantes para que acontezca este hecho libre y gratuito?

Porque no estamos hablando de perdonar ofensas menores. Estamos hablando de perdonar lo imperdonable, desde todos los lados, en el conflicto bárbaro que penetró toda la sociedad. Perdonar masacres de decenas de campesinos, secuestros de más de diez años, falsos positivos de muchachos inocentes de los barrios populares. Perdonar a quienes pusieron explosivos en edificios y minas antipersonales en el campo, a quienes bombardearon veredas y comunidades. Perdonar a guerrilleros, paramilitares y soldados.

Guillermo Hoyos, director del departamento de Bioética de esta Universidad, 40 días antes de morir, acoge la propuesta de Jacques Derrida, judío, víctima del Holocausto, sobre los crímenes imprescriptibles de lesa humanidad, e invita a perdonar lo imperdonable para barruntar lo divino que sólo un Dios puede hacer y destiologizar el perdón. Porque tarde o temprano, piensa Hoyos, la cultura del perdón, que no significa olvido, tendrá que enseñarse como virtud cívica, sin dejar de ser

para muchos solo virtud religiosa, pues sin esta cultura como virtud cívica se seguirán atizando en el ámbito colombiano y mundial nuevas violencias, nuevos terrorismos, nueva guerras.

La comprensión de lo humano

Pienso que la condición básica para que la gratuidad del perdón pueda ocurrir se da en la comprensión profunda de la condición humana.

Lo puedo constatar en la experiencia de personas cruelmente victimizadas que han perdonado, después de acceder, normalmente con ayuda espiritual o terapéutica, a lo que significa aceptar, valorar y amar los que somos.

La víctima, precisamente por la profundidad de su victimización, precisamente por tener en sí misma una experiencia traumática de lo espantoso y abominable a que puede llegar el ser humano, está en una posición privilegiada para acceder a honduras jamás imaginadas desde las cuales es posible la comprensión radical de sí misma y de cualquier otra persona. Obvio que esta misma experiencia no acogida y elaborada puede llevar y ha llevado en muchos casos a la destrucción de la persona de la víctima y a la venganza irracional.

El perdón por eso surge de la comprensión racional y de la aceptación emocional total y sincera, incondicional y serena, de lo que somos como seres humanos situados, y de lo que somos capaces colocados en circunstancias límites. Porque tenemos una libertad cierta pero limitada y presionada por circunstancias históricas.

El perdón emerge allí, levantándose sobre condicionamientos, presiones e incertidumbres, para poner hechos que demuestran que este mismo ser, capaz de la barbarie, es también capaz de lo sublime del valor moral que se da sin condiciones, y que da lugar a acontecimientos, a happenings, como el amor, la solidaridad radical con las víctimas, la lealtad, la verdad, la entrega de la vida por la justicia, la compasión y como valor original, para crear la posibilidad de los demás valores y salirse de la tenaza de la guerra: el perdón.

El perdón se da en hombres y mujeres que ponen su seguridad en el coraje de aceptarse simplemente como son y dominan el miedo que nos producimos unos a otros precisamente porque se acogen y acogen a los demás en la verdad de lo que somos. Por eso no tienen miedo a nada de lo humano. Hombres y mujeres apasionados por el ser humano, capaces de captar su grandeza y luchar por esa grandeza, cuando también tienen la posibilidad de decidir destruirse.

El perdón acrecienta una seguridad invulnerable en los que tienen este coraje, porque lleva a una comunión radical entre todos y todas. Un acto que se levanta sobre una base fundamental debajo de la cual no hay nada más soportes ni cimientos. Un acto que no necesita de apariencias ni ideologías ni tesis académicas ni dinero ni armas, sino simplemente la osadía de ser lo que somos y aceptarnos como somos. Un acto fundamental de fe en nosotros y en nosotras.

Por eso el perdón que se da libremente a otros, requiere antes que nada que la víctima se acepte a sí misma. Tome el riesgo de asumirse como el ser que es, el riesgo de perdonarse por su propia historia, de perdonarse por ser miembro de su propia familia, perdonarse por ser miembro del pueblo colombiano de 5 millones de desplazados, de la sociedad de los secuestros más largos del

mundo y del país de más del mil falsos positivos; perdonarse a uno mismo así para poder aceptar a los demás en sus logros y sus abismos.

El perdón no solo libera a la víctima del odio, la venganza y las tensiones destructivas. Cuando la víctima da el perdón, en el victimario se producen un conjunto de efectos emocionales y sociales liberadores. El victimario queda ante la irracionalidad de su agresión y se siente “desarmado”, queda al borde de emanciparse de las dinámicas interiores que lo montaron en la barbarie. Experimenta la seguridad de ser acogido, reconocido como ser humano, de ser parte en una sociedad.

Por eso es constatable que el perdón llama al perdón cuando se le da entrada en un grupo humano, porque pone en evidencia su valor, y es más probable que se dé su ocurrencia liberadora entre más se lo otorguen libremente a las mujeres y los hombres en una sociedad.

El desafío pedagógico, terapéutico, espiritual, es que contribuyamos a crear las condiciones para que se aparezcan y se multipliquen los actos libres del perdón.

Es importante aproximarse y comprender las diversas experiencias de procesos de reconciliación colectiva, dentro de las que ocurre en ocasiones, como un acontecimiento cualitativamente gratuito, el perdón entre personas, y la invitación a un perdón colectivo que se insinúa en momentos de libertad en medio de memorias dolorosas, de miedos, y de incertidumbres, en la recuperación de la vida compartida en las comunidades victimizadas. Comunidades que han puesto sus hijos para todos los lados de la guerra. Esta Facultad conoce de las complejidades involucradas en los procesos de reconciliación entre las comunidades que animan las acciones del Comité Cívico del Sur de Bolívar, en el Magdalena Medio: Monterrey, San Blas, El Paraíso, Santa Lucía y San Joaquín. Experiencia que en el último año ha sido acompañada por la profesora Angélica María Ocampo.

Una palabra sobre el perdón en la tradición cristiana

No puedo terminar, en esta Universidad que respeta la autonomía de la verdad científica y se abre al diálogo con la teología, sin hacer una referencia al perdón como aparece en la revelación cristiana.

Allí se afirma la experiencia del ser humano como pecador, que no tiene nada que ver con la enfermedad del culpable morboso, que atrapado en su culpa se auto castiga y castiga a los demás. La conciencia de ser pecador es experiencia de aceptación en paz de los abismos de contradicción y sin sentido a que puede llegar quien al mismo tiempo es capaz de la generosidad, la verdad y el amor hasta el heroísmo.

Esta aceptación radical de sí mismo, sin miedo ni mentiras, tiene su fundamento en encontrar el sentido más profundo en el misterio de amor, que sin poder entender llamamos Dios. Un misterio que sale a buscar al ser humano atrapado en sus contradicciones, que lo acoge sin ponerle condiciones, que lo busca sin pedir arrepentimiento previo, que lo perdona y hace una fiesta por haberlo perdonado. Un misterio apasionado por la mujer y por el hombre concreto y situado. Un misterio ante el cual nosotros no nos justificamos por el cumplimiento de leyes o de normas, sino simplemente porque nos acogemos a la magnanimidad de una misericordia que nos ama como somos.

Jesús no murió, sino que fue matado por sus verdugos después de torturarlo. Lo mataron porque luchaba por manifestar este misterio desde la búsqueda de verdad y de la justicia. Al agonizar,

empalado en la cruz, proclama este misterio orando por sus verdugos: “Dios mío, perdónales porque no saben lo que hacen”.

Conclusión

Espero haber hecho comprensible la hipótesis que consideré pertinente proponer a ustedes como Facultad, en las reflexiones iniciales de un año en que Colombia va a definir si tiene el coraje de lanzarse a la paz o si se hunde por muchos años más en la guerra salvaje.

He tratado de decir que la paz necesita primero de la determinación de parar el conflicto armado por encima de las discusiones políticas, que la paz necesita de la reconciliación con sus componentes de verdad y memoria, restitución, restauración; y justicia transicional propia de la guerra que envolvió a todos para que no haya impunidad; y que una vez parado el conflicto la paz necesita de los cambios estructurales para consolidarse y hacerse sostenible. Todos estos pasos son necesarios y exigibles.

Y he añadido que en las condiciones colombianas se requiere además el perdón. Que es distinto de todos los otros pasos hacia la paz. Que paradójicamente es necesario aquí, y es no exigible siempre, por tratarse de un acto libre y personal.

Ustedes, profesionales de la psicología, mujeres y hombres que se ocupan del espíritu, tienen aquí un desafío inmenso y una responsabilidad ineludible ante la historia: contribuir a crear las condiciones que hagan posibles la ocurrencia de actos libres de perdón en la profundidad de personas y comunidades hundidas en la guerra para que un día podamos vivir en Colombia como seres humanos.

Bibliografía

- González Fernán, Aproximación a la violencia política desde la Historia y la Geografía de Colombia. Seminario sobre Nuevas perspectivas sobre la violencia en Colombia, UNIANDES, 28 y 29 de mayo de 2012.
- GONZÁLEZ, Fernán e INGRID Bolívar (2002): “Violencia y construcción del Estado en Colombia. Aproximación a una lectura geopolítica de la violencia colombiana” en Procesos regionales de violencia y configuración del Estado, 1998-2000, Informe final de investigación, Bogotá, Cinep, 22 de febrero.
- EL TIEMPO. El perdón es de lo imperdonable: filósofo Guillermo Hoyos. Bogotá. 22 de Octubre de 2012. Sección Justicia.
- STEINER, Henry and ALSTON, Philp: “International Human Rights in Context”. Law, Politics, Morals. Oxford, University Press, 2000.
- LONERGAN, Bernard: “Insight”. Collected works edition. Toronto, 1988. Individual Bias and Group Bias, pp 250 a 263.
- REÁTEGUI, Félix, editor: “Justicia Transicional”. PNUD-Brasil. 2012.

Carta por la compasión

El principio de compasión permanece en el corazón de todas las tradiciones religiosas, éticas y espirituales, y siempre nos pide tratar a los otros como nos gustaría ser tratados. La compasión nos impulsa a trabajar sin cansancio para aliviar el sufrimiento de nuestros semejantes; nos motiva a dejar de lado el egoísmo y aprender a compartir y nos pide honrar la inviolable santidad de cada ser humano, tratando a todos, sin excepción, con absoluta justicia, equidad y respeto.

Es además necesario en la vida pública y en la privada abstenerse de causar dolor de manera sistemática y categórica, actuar o hablar de manera violenta, obrar con mala intención, manejarse priorizando el interés personal, explotar o denegar los derechos básicos e incitar al odio denigrando a los otros, aunque sean enemigos. Actuar de manera contraria, implica negar nuestra humanidad. Reconocemos haber fallado en vivir con compasión y sabemos que alguien ha incluso incrementado la miseria humana en nombre de la religión.

Por eso pedimos a hombres y mujeres:

- Restaurar la compasión y ponerla en el centro de la moralidad y de la religión.
- Volver al antiguo principio que afirma que cualquier interpretación de la escritura que incite a la violencia, el odio o al desprecio, es ilegítima.
- Garantizar a los jóvenes una información positiva y respetuosa sobre otras tradiciones, religiones y culturas.
- Estimular a una positiva apreciación de la diversidad cultural y religiosa.
- Cultivar una empatía consecuente con el sufrimiento de los seres humanos, hasta con aquellos que consideramos enemigos.

En nuestro mundo polarizado hay una necesidad urgente de transformar la compasión en una fuerza clara luminosa y dinámica. Arraigada en la determinación de trascender el egoísmo, la compasión puede romper las fronteras políticas, dogmáticas, ideológicas y religiosas. Nacida de nuestra profunda interdependencia, la compasión es esencial para las relaciones humanas y para la realización de la humanidad. Es el camino hacia la claridad, indispensable para la creación de una economía justa y de una comunidad global y pacífica.

Diálogos de paz – Conversatorio en la Corporación Región

Se trata de presentar algunos elementos para una conversación en torno al actual llamado Proceso de Paz que es, realmente, apenas la puerta de entrada al proceso de paz propiamente dicho, que será un esfuerzo posterior y de varios años.

Hay dos posiciones claras: quienes están a favor y quienes están en contra de este proceso. Estas propuestas, aunque contrarias, no pueden ser despachadas por sus contradictores con burlas, prejuicios o suposiciones: ameritan ambas atención y reflexión; se proponen aquí, como punto de partida para ello, los conceptos de justicia y paz. Los que están en contra del proceso, se basan en el primero: hay que hacer justicia; los que están a favor, se basan en el segundo: hay que buscar la paz. O sea que la consigna que durante tanto tiempo ha alimentado movimientos cristianos, Justicia

y Paz (mutuamente dependientes sus dos términos) se ha visto convertida en una tremenda disyuntiva entre ellos: o justicia o paz. Se trata o de hacer justicia a cualquier precio o de buscar la paz a costo de la justicia. Se pasará a mostrar qué entramado conceptual subyace en cada una de estas dos posiciones, para lograr una mejor comprensión de cada una.

Primera Posición

Aquí, el concepto clave es el de justicia ligada al derecho, resultado de la aplicación de las leyes, esto es, el concepto de justicia legal, distinto al de justicia moral, dependiente de la conciencia individual y social. (De entrada surge el antiguo problema de la relación entre derecho y moral, entre legalidad y legitimidad, esto es, el de justicia entre el derecho o la moral.) La herramienta con la que cuentan las leyes para lograr la justicia, es el castigo. O sea que aquí se habla de una justicia fundamentalmente punitiva. Por ello se dice que si no hay justicia se está entronizando la impunidad, lo cual es para esta opción, inadmisibile. No puede desconocerse cierto aire de venganza en esta concepción de la justicia. Venganza objetivada, regulada, razonada y proporcional, pero venganza. Remembranza del antiguo dictamen: el que la hace, la paga. Por ello algunos han señalado cómo la polarización entre estas dos posiciones se da entre los partidarios de la reconciliación o de la venganza.

En esta posición, hay dos aspectos: uno teórico, qué comprensión de la Justicia se sostiene y otro práctico, cómo aplicarla. Veámoslo.

1. Comprensión de la justicia legal (aspecto teórico). Como se dijo, aquí se trata de la justicia ligada al derecho, resultado de la aplicación de las leyes, que se concreta en la sanción o castigo. El derecho penal actual ha reflexionado sobre otras comprensiones de la justicia -más allá de castigar una ofensa hecha a la sociedad- cuyo objetivo no es solamente el punitivo, y que está basada en una nueva comprensión de la pena y sus funciones. Como dice la autora española María José Bernuz (en "El perdón, reflexiones jurídicas"), la pena solo se justifica cuando es útil en alguna medida: cuando está ligada a la prevención y a la disuasión. La primera, la prevención, que busca evitar la reincidencia se dirige a quien ha cometido un delito, apartándolo o aislándolo de la sociedad para protegerla; y promoviendo su reinserción a la sociedad mediante la educación y el trabajo. La segunda, función disuasora, se dirige a quien no ha cometido delito, a la sociedad en su conjunto, mostrando a través de la pena o castigo, que el sistema jurídico es eficiente y creíble, despertando con ello el respeto a la normatividad y el derecho o la intimidación. Lo anterior significa que en muchos Estados hoy, se ha ido abandonando la comprensión meramente punitiva o retributiva de la justicia, buscando mecanismos alternativos a la prisión, por considerar que el castigo per se no resulta eficaz a menos que se le acompañe de otras acciones. Entre nosotros, apenas se vislumbra esta nueva comprensión.
2. Cómo aplicarla (aspectos prácticos). Este aspecto es muy problemático, surgen aquí dos asuntos: 1. Si se pide aplicación estricta de la justicia legal punitiva, cómo administrarla y con qué recursos humanos, técnicos y materiales, cuando es de todos conocida la postración del sistema judicial en el país (acumulación de procesos, retenidos sin juicio, inequidad en las sanciones, venalidad en las sentencias, etc.). 2. Si se habla de una forma más moderna de justicia, para la resocialización y la prevención, dónde y con qué recursos se llevaría a cabo, frente al hacinamiento en las cárceles del país ampliamente conocido y objeto de preocupación,

incluso por parte del gobierno; a las condiciones inhumanas en que viven los detenidos y su secuela de una altísima reincidencia entre los que recuperan la libertad luego de cumplir su pena.

Estos aspectos prácticos no son de poca monta: ¿cómo judicializar y castigar a decenas, cientos de guerrilleros que abandonen el conflicto? ¿Está el Estado tomando medidas para dar cuenta en un marco de derechos, de las condiciones mínimas que aseguren el respeto a los detenidos, a su dignidad? En el contexto de nuestra realidad, la exigencia de justicia, puede ser legal, pero moralmente es difícil de mantener que la judicialización y el castigo sean la mejor y única manera de hacer justicia.

Un último asunto, apenas de pasada: quienes sostienen esta posición hacen recaer la responsabilidad total de esta guerra en los actores ilegales armados: ellos son los culpables mientras que nosotros, los ciudadanos de bien, somos inocentes. No hay lugar aquí para una responsabilidad plural, también del Estado y de la sociedad, aunque ésta sea en diverso grado y en distintos aspectos. Mientras no haya una aceptación de corresponsabilidad, el proceso enfrentará grandes dificultades y será escenario permanente de polarización y mutua culpabilización.

No es pues evidente que la pena, resultado de la aplicación de la justicia legal, consiga algo distinto al mero castigo: ni la protección y recomposición de la sociedad, ni la reinserción social y fortalecimiento de lo político y lo público, ni la obediencia al derecho y su aceptación, como tampoco la no repetición. Por ello en otras latitudes, el Estado de derecho está dando prioridad a sistemas de sanción alternativos al penal y limitando al máximo posible las intervenciones más punitivas. Mientras aquí, aun conociendo nuestras falencias y carencias, estamos absolutizando la justicia legal y pidiendo del Estado intervenciones radicales y a todo costo.

Más aún, en esta exigencia de aplicación de la justicia legal, se evade una mirada al contexto que muestra cómo en las actuales condiciones, una aplicación estricta de la justicia, no solo presenta dificultades intrínsecas insalvables, sino que como toda intervención basada en el castigo, estará siempre ligada a la retaliación y al rencor. En esta postura, que hace referencia fundamentalmente al derecho y por ende al castigo, la memoria de la sanción que mantiene vivos los agravios y exacerbados los ánimos, ligada al pasado, dificulta la proyección a un futuro diferente en el que la pluralidad reconocida y respetada sea el escenario público para la interacción social, política y moral como genuinos soportes del nunca más. La reducción del problema al tema de la justicia y del derecho, no abre espacio a la verdad, al perdón y al arrepentimiento y sus derivados, la reparación y la reconciliación, que son los verdaderos espacios para la paz social y política.

Quienes claman por la aplicación de la justicia, no están, con igual intensidad y paralelamente, reclamando del Estado intervenciones que generen credibilidad en el sistema jurídico; pidiendo educación en el respeto a la normatividad y al Derecho (tarea que ha asumido en buena medida el sector social); como tampoco exigiendo enfrentar de manera radical las condiciones sociales que están a la base de este conflicto. Quienes exigen justicia, desestiman así, la integralidad del proceso, que es más que justicia, tal y como lo han dicho, no solo el P. Javier Giraldo SJ. (“Al oído de los que dialogan por la paz”, 05.19.13) sino también uno de los voceros del gobierno, Sergio Jaramillo en reciente conferencia (Universidad Externado, 05.13.13).

Segunda Posición

Si bien en esta perspectiva el concepto que prima es el de la paz: terminar con esta guerra (P. F. de Roux SJ.) como punto de partida, ello no significa que se abandone el de justicia. Pero ya no se trata de la justicia legal ligada al derecho, sino de la justicia transicional ligada al contexto y a las situaciones a las que se enfrenta, que requiere otro fundamento distinto al de la legalidad de la norma y que, por ello, se acerca a la justicia moral. El concepto anterior de justicia ligado al castigo pone en el centro del asunto, necesariamente, a los victimarios; mientras que en esta segunda posición, el centro son las víctimas (S. Jaramillo), largo tiempo desconocidas, invisibilizadas, postergadas. Y esto bajo varios referentes: poner punto final al sufrimiento, reparar el daño hecho, asumir la solidaridad como expresión de corresponsabilidad y sobre todo, dotar de identidad a las víctimas (no solo a los victimarios como se ha hecho hasta ahora).

También en esta posición, hay dos aspectos importantes por relieves; el uno de carácter teórico, el concepto de justicia transicional y el otro de carácter ético, los principios morales que fundamentan esta opción.

1. Ya se dijo que aquí se acoge otro concepto de justicia: la justicia transicional, que incorpora tres momentos: verdad, reparación y compromiso de nunca más, que son las más sentidas demandas de parte de las víctimas (es interesante anotar que no son las víctimas las que más reclaman justicia legal, es decir, castigo para sus victimarios; son, precisamente, los que no son víctimas los más radicales e intransigentes en esta posición). De entrada se hace notar que el concepto de justicia transicional tiene un vacío: el arrepentimiento, que puede o no motivar la reparación o el compromiso de no repetición pero que en todo caso, es absolutamente necesario para la reconciliación y que no puede ser obligado. Tal vez valga la pena recordar las condiciones del sacramento de la confesión, tan en desuso en la práctica hoy, pero tan sólido en su planteamiento. El sacramento de la reconciliación, como también se le llama ahora, supone: examen de conciencia (autorreflexión), contrición de corazón (arrepentimiento), confesión de boca (verdad), propósito de enmienda (garantía de no repetición) y satisfacción de obra (reparación); no se queda aquí por fuera ninguna de las condiciones para el genuino perdón. La justicia transicional no es perfecta, pero de hecho, ha rendido mejores frutos en los procesos en que se ha recurrido a ella. Entre nosotros recién empieza, con dificultades, a ser aplicada: se ha avanzado con más fuerza en el momento de la verdad; apenas se inicia con graves problemas, la reparación; aún no se ve ningún avance en el compromiso del nunca más, por el contrario, los perpetradores parecen contrarios al reconocimiento de su responsabilidad en este largo conflicto y en casos particulares de violación grave de los derechos humanos.
2. En cuanto a los fundamentos de esta segunda opción, estos son dos, principalmente, a mi modo de ver: los conceptos de igual dignidad humana y de perdón, ambos de raigambre moral. El punto de partida es el del reconocimiento, respeto y valoración de la dignidad igual de todos los seres humanos, cualesquiera sean sus condiciones particulares, naturales, civiles o sociales. La dignidad, como dice el P. Francisco de Roux, ni aumenta ni disminuye, puede, eso sí, ser enaltecida o humillada y ello se debe al trato recíproco que exprese o no el reconocimiento y respeto por ella o a las condiciones de vida que permitan o no visibilizar y ejercer esa dignidad. Es importante señalar aquí que esta dignidad se reconoce, además, tanto en los vivos como en los muertos: el reconocimiento de su dignidad les confiere el derecho a una identidad, a la

restitución de su buen nombre (en los falsos positivos) y a la memoria colectiva. Este es el importante sentido que tienen todos los ritos de la memoria.

En cuanto al segundo concepto perdón, éste marca una distancia importante frente a la posición anterior: el perdón no acaba de encontrar un lugar dentro del Derecho (conciliaciones, indultos, amnistías) porque perdón y derecho se han construido sobre bases muy distintas, morales en el primero, legales en el segundo. De origen religioso, cristiano, para ser más exactos, el perdón se mantuvo en ese ámbito durante siglos. Sólo en el siglo XX (y luego de los horrores del holocausto judío), fue introducido en la filosofía moral (ética), por autores como Hannah Arendt, Paul Ricoeur, y Jacques Derrida.

La filósofa alemana, elabora tal vez la más sólida reflexión sobre el concepto, al que llega a partir de una consideración de la temporalidad humana y su relación con la libertad (en La condición humana). El perdón hace relación al pasado, es la manera como los humanos enfrentamos la irreversibilidad de lo hecho: cambiamos el pasado cuando ya éste no es fuente de ira, culpabilidad o dolor ante un mal perpetrado o recibido, gracias al perdón (sea hacia sí mismo o hacia otro). Así planteado, el perdón es, fundamentalmente, un acto de sanación y de liberación. Se da libremente, aunque el victimario no haya pedido perdón, es pues un acto personal de enorme libertad, que puede no involucrar a nadie más. Pero es aún, un acto incompleto, porque no asegura el restablecimiento de una relación, que es un acto eminentemente plural. Para ello se requiere que el perdón sea solicitado como fruto del arrepentimiento, que se ofrezca reparación y se asegure que no habrá repetición. Sólo en ese momento es posible la reconciliación. Puede pues haber perdón sin reconciliación, pero no reconciliación sin perdón previo. Es por ello que la paz es el resultado de la reconciliación, no sólo del perdón, porque supone la capacidad recuperada de interactuar, de perseguir objetivos comunes. Hasta aquí H. Arendt. Pero es Derrida (en "El perdón", El perdón virtud política) quien lo plantea con mayor radicalidad; mientras algunos hablan de un perdón limitado o condicionado y de actos imperdonables, para él, el perdón es siempre excepcional y extraordinario porque sólo se puede perdonar lo imperdonable. Este planteamiento adquiere especial significado en nuestra historia, en la que se han cometido crímenes atroces, propios de un conflicto tan degradado como el nuestro.

En fin, que quienes en su apuesta por la paz, se apartan de la justicia legal -anclada en el castigo que mantiene actuante el pasado-, acogen, más bien, la justicia transicional que incorpora el compromiso con la verdad, la reparación y la no repetición, que son caminos hacia la reconciliación, abierta al futuro. En un proceso que mira hacia un futuro de paz, resultan más efectivos el perdón y la reconciliación que abren posibilidades, que el castigo que retrotrae siempre al delito cometido.

Antes de terminar, se destaca un tema que no ha sido planteado con suficiente fuerza y es muy promisorio en la actual coyuntura que vive el país en torno a los diálogos entre el gobierno y las FARC: el papel de la mujer en este proceso (que no es precisamente reclamar presencia en los diálogos de La Habana), papel que puede ser muy importante y profundo, puesto que deriva de su talante moral.

Ya se dijo que la primera posición, la opuesta al proceso de paz, se funda en la absolutización de la legalidad y el derecho, mientras que la segunda, a favor del perdón-reconciliación, tiene un indudable sello moral. Hoy, algunas autoras dentro del pensamiento feminista, califican de androcentrista la teoría de la formación de la conciencia moral en el mundo occidental moderno

(relacionada con el concepto legal de la justicia y la primacía de normas y deberes) y proponen “tomar en serio la experiencia moral de las mujeres”, diferente de la de los hombres. Muestran cómo, frente a la autonomía y autoafirmación, el autodesarrollo y la individuación, propios de una moralidad masculina, son la apertura y vinculación con los otros, la solicitud y la responsabilidad, la alteridad y la acogida, las características del talante moral femenino. También sus juicios morales son diferentes, pues atienden al contexto, toman en cuenta las relaciones de interdependencia así como las narrativas de vida de los implicados, utilizan la empatía para sumir el punto de vista del otro (María José Guerra, en “¿Tiene género la justicia?). La reacción moral de las mujeres no tiene como primera premisa la separación (propia de lo masculino) sino la conexión; lo primero se vertebra entorno a la libertad, lo segundo a la responsabilidad. La propuesta de la ética feminista en resumen, y de manera relevante para este proceso, sería la orientación universal hacia la acogida y el cuidado, más cercana a la segunda posición de la que se viene hablando.

Ya para terminar, como cristianos, pareciera que el mensaje evangélico nos condujera hacia la segunda opción mencionada, a favor del proceso de paz, de acuerdo al mensaje de Jesús centrado en la justicia y la paz, en el perdón y la reconciliación, en una vida nueva de fraternidad y solidaridad. Además, como dijo el Papa Francisco: “Los cristianos no podemos lavarnos las manos; debemos meternos en política porque la política es una de las formas más altas de la caridad, ya que busca el bien común”. Queda así, para nosotros, marcada la ruta, tanto por el evangelio como por la enseñanza de la iglesia, en una clara dirección: optar por la paz y hacer por ella los sacrificios personales y sociales que haya que hacer.

La memoria histórica como camino hacia la paz – Memorias del Taller No. 19

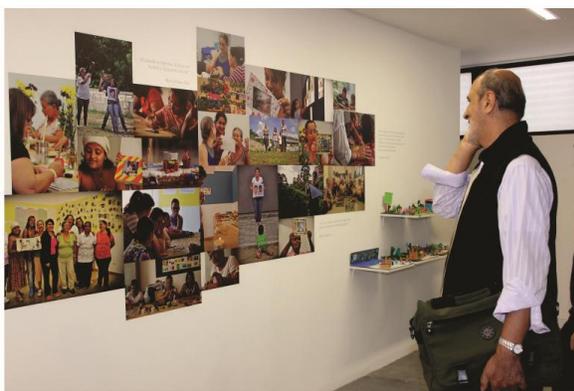
El 13 de septiembre de 2014 se tuvo un nuevo taller de regionalización con la participación de unas 120 personas de las distintas obras que hacen parte de este proceso. Allí se trabajó una reflexión comunitaria sobre la profunda relación que existe entre el proceso de paz en el que estamos los colombianos y la construcción de una sociedad equitativa e incluyente que reconozca la igual dignidad de todos. Así lo dice el documento trabajado cuando afirma: “No habrá pues una reconciliación genuina ni una paz duradera, si no avanzamos hacia transformaciones estructurales sociales y económicas, que permitan la superación de la inequidad y la pobreza extrema. En este sentido la equidad y la inclusión son condiciones para la reconciliación y la paz” (el texto completo se encuentra en el artículo siguiente de este libro).



Luego el grupo se desplazó en actitud de peregrinación al museo casa de la memoria, ubicado en el centro de la ciudad, donde tuvo la oportunidad de tener un espacio de sensibilización e interpelación personal y comunitaria sobre la crisis humanitaria que se ha vivido en el País y la facilidad con que se olvidan las víctimas del conflicto armado que son el reflejo más contundente de las enfermedades que aquejan esta sociedad.

Ya lo decía Paul Ricoeur: “hay crímenes que no deben olvidarse, víctimas cuyo sufrimiento pide menos venganza que narración. Sólo la voluntad de no olvidar puede hacer que estos crímenes no vuelvan nunca más”¹². O como lo expresaba Todorov: “el mal sufrido debe inscribirse en la memoria colectiva, pero para dar una nueva oportunidad al porvenir”.

El abrir los capítulos de la historia que nos ha antecedido, no es una invitación a la venganza o la muerte sino a la vida, al perdón y a la reconciliación, no como producto de la distorsión, el ocultamiento o el olvido, sino por el contrario como consecuencia de un esclarecimiento que nos permite vernos en el entramado de relaciones, donde todos de alguna forma somos víctimas y victimarios o cómplices por el silencio, el respaldo o la indiferencia en tantas formas de violencia.



Este taller ayudó a crecer comunitariamente en consciencia sobre el compromiso moral que tenemos todos de construir un futuro más humano, donde las diferencias tengan cabida, y podamos vivir el respeto, la confianza y la solidaridad.

12 Ricoeur. *Tiempo y Narración*, vol III, p. 910 - 912

La equidad como prerrequisito para la paz – Comisión Coordinadora Regional

El Padre Provincial ha solicitado de las obras de la Compañía de Jesús en el país, involucrarse en el proceso de paz y reconciliación, cuya primera etapa se viene adelantando en La Habana entre el gobierno y las FARC. Y colocar este asunto en el centro de su quehacer. Más concretamente, el pasado 1° de septiembre en la Eucaristía que presidió en el CFC con motivo de sus 10 años de vida, el P. de Roux ratificó este llamado: “Mi solicitud es que ustedes tengan audacia para adentrarse en esta tarea por la paz en este país hoy, en una entrega puramente arraigada en Jesucristo...”. En la misma dirección, el sacerdote jesuita Alejandro Angulo, en su artículo “Nuestra misión en la reconciliación de Colombia y el mundo” señala: “El momento privilegiado para lograr la paz por el que atraviesa Colombia, es una invitación a todos y cada uno de los miembros de la provincia colombiana de la Compañía de Jesús para comprometerse de manera especial e intensa en el cumplimiento de su misión pacificadora tradicional y típica” como aparece, cita él, en el documento fundante de la Compañía y en varias de las Congregaciones Generales a lo largo de su historia, en las que la misión de la Compañía de Jesús siempre ha estado ligada a ayudar a favorecer la reconciliación y sobre todo el perdón, para que esta reconciliación sea perdurable.

Es por ello que la Comisión Coordinadora Regional, quiere proponer como tema de este taller, dentro del marco anterior, volver sobre nuestra frontera, centrada en la búsqueda de la justicia como equidad, para destacar la estrecha relación que existe entre la justicia y la paz, ya que sin justicia, sin equidad, la paz no es posible. Este texto busca aportar elementos en esta dirección para ello, se desarrollará en tres puntos: el primero, importancia de este momento histórico y la necesidad de aportar a la reconciliación y comprometernos con la paz; el segundo, articulación entre este tema y el de la justicia como equidad, elemento esencial de nuestra frontera; el tercero, líneas de actuación personal y colectivas, que apunten a fortalecer y a hacer efectiva esta articulación.

El Proceso de Paz

En el llamado proceso de paz, es necesario diferenciar dos momentos: el primero, en curso, iniciado hace casi dos años, es la etapa de negociación, en la que a partir de las conversaciones que sostienen en La Habana los delegados del gobierno y del secretariado de las FARC, se acuerden unos temas y procedimientos básicos que se han resumido en unos acuerdos sobre 5 puntos capitales, que serán sometidos luego a una consulta o refrendación por parte de la sociedad colombiana, que de ser aprobados, darán por terminado el conflicto armado para iniciar el proceso de paz propiamente dicho. Es importante recalcar en esta reflexión que con la firma de este acuerdo con las FARC no se va a lograr la paz: este será el punto de arranque para que todos juntos construyamos la paz desde la equidad, la reconciliación y el perdón. Proceso que será largo y difícil.

Se insiste, y con razón, en que a pesar de sus aparentemente escasos alcances prácticos, este momento de las negociaciones tiene una importancia histórica y es, por tanto, una oportunidad que el país no puede desperdiciar porque, tal vez, no vuelva a presentarse en muchos años. Podría decirse que en todos los gobiernos hicieron desde Belisario hasta nuestros días se han dado distintas formas de diálogo o encuentros con los grupos insurgentes. En el gobierno de Uribe con los grupos paramilitares. Creemos que las FARC, aunque están golpeadas y contenidas, no están derrotadas pero ya tienen conciencia cierta de que no accederán al poder por medio de las armas. Y el gobierno

igualmente sabe que no logrará una derrota absoluta del grupo insurgente en el corto plazo, lo cual acarreará al país una enorme cantidad de sufrimiento, pobreza y debilitamiento institucional. Es por ello que creemos necesario apoyar las conversaciones de La Habana, a pesar de las dudas, como la mejor salida para poner fin al dolor de millones de víctimas, a la división y enfrentamiento en la sociedad colombiana, para evitar la pérdida de recursos que de otra manera estarían dirigidos a la inversión social y el mejoramiento de la calidad de vida de la población y para contener los daños al medio ambiente y la infraestructura.

El segundo momento, que vendrá a continuación, es el que propiamente puede llamarse proceso de paz; en el primero, el peso del asunto recae sobre el gobierno y la guerrilla, de aquí en adelante, la responsabilidad mayor recae sobre la sociedad, pues aquí se trata de aclimatar una cultura de paz, de lograr transformaciones en las mentalidades, prácticas, formas de relacionamiento y sistemas de valores que la hagan efectiva y sostenible. El momento anterior no garantiza la terminación de los conflictos, sólo del conflicto armado con las FARC, pues subsiste otro grupo guerrillero (ELN) que aún no ha concretado un acuerdo para iniciar el proceso, y en el fondo se mantiene un conflicto político (de poder y con rezagos ideológicos) que permeará la vida nacional particularmente en lo que tiene que ver con los partidos y los procesos electorales. Igualmente, continuarán otras guerras delincuenciales con el narcotráfico o las bacrim, y se mantendrán las múltiples violencias sociales instaladas en prácticas culturales de vieja data y con fuerte arraigo. Es por ello que este es el momento privilegiado del que habla el P. Angulo y nosotros como sociedad y como cristianos, no podemos ser inferiores a nuestra responsabilidad en esa etapa del proceso.

En este momento entonces, la sociedad colombiana está necesitando parar la guerra para fundar nuevas relaciones desde la reconciliación y el perdón, no como impunidad o indulto sino desde la verdad y la reparación. En el momento que vivimos, hay que darle un voto de confianza al proceso de negociación que se adelanta en manos del gobierno y de la guerrilla y prepararnos para la etapa que viene mediante la conversión personal, el despojamiento de desconfianzas y odios, la adopción de prácticas de compasión y solidaridad, que nos conduzcan a experiencias personales y sociales de perdón y reconciliación, de genuino compromiso en la construcción de una sociedad cohesionada en torno al valor supremo del respeto a la vida, a la igual dignidad de todos, a la resolución no violenta de los conflictos, al acceso a las oportunidades para el desarrollo integral personal y social. En consecuencia, una sociedad en paz.

Justicia como equidad y paz

Se trata ahora de ver cómo relacionar teórica y prácticamente el trabajo que se viene haciendo por la equidad para vincularlo con el tema de la reconciliación y la paz. El proceso de Regionalización en el contexto antioqueño al definir la frontera, llegó a la conclusión de que Dios nos pide ver cómo está invisibilizada la dignidad de la gente, manifestada en la inequidad y la exclusión, tanto en el trato como en las oportunidades. La paz, como fruto de la reconciliación, va a exigir transformaciones que permitan superar estas dos condiciones. De mantenerse éstas, seguirán dándose las violencias sociales y políticas y, por tanto, no habrá paz en nuestro territorio. Por eso la Provincia ha querido que en todas las obras que tiene en Colombia, se aborde esta realidad de la paz como fruto, no solo de la superación del conflicto armado, sino como expresión de formas de vida acordes a la dignidad de todos. La idea es vincular este tema de la reconciliación y la paz a la

búsqueda de la equidad, pues ambas tienen profundas relaciones que necesitamos explicitar como una continuidad entre un tema y el otro.

Es importante recordar que en varios momentos, en los talleres de regionalización, ha estado presente el tema de la reconciliación y la paz pues son temas íntimamente ligados con la equidad. El reto para nosotros como cristianos es promover formas de relacionamiento pacíficas.

Para entroncar ambos temas, equidad y paz, es conveniente recordar el origen del conflicto armado: no olvidar que el punto de partida de la guerrilla (las causas objetivas o sociales de las que se habla, que se convirtieron en causas políticas), fue la injusta situación de una parte importante de la población rural. No habrá pues una reconciliación genuina ni una paz duradera, si no avanzamos hacia transformaciones estructurales sociales y económicas que permitan la superación de la inequidad y la pobreza extrema. En este sentido la equidad y la inclusión son condiciones para la reconciliación y la paz.

Es por ello que se debe sostener el discurso de la equidad, haciendo ver que ha estado en la raíz de nuestra historia de violencia. Se debe insistir en que la paz no es sinónimo de acuerdo de cúpulas entre los actores armados, ni que el único conflicto que tiene Colombia sea el armado, ni que el conflicto armado se reduzca a las FARC. También es importante visualizar que el conflicto social que se expresa en la inequidad sigue vigente y por lo tanto se requiere de una pedagogía social para mostrar que la equidad y la inclusión son básicas para construir la paz.

Y para relieves nuestra dimensión espiritual y cristiana, que ya se ha enfatizado en nuestra comprensión de la fe como justicia, se debe destacar la relación entre fe y perdón y hacerlo presente dentro del objetivo dos que nos hemos trazado en la frontera. Lo señala el P. Angulo: la palabra reconciliación que es clave en el postconflicto armado, lo es también en la teología de Pablo. Nuestra reconciliación con Dios exige también la doble reconciliación con nosotros mismos y nuestros hermanos con quienes compartimos nuestra historia. Y la reconciliación auténtica exige el perdón.

Actuación personal y colectiva

Se trata aquí de encontrar unas líneas gruesas de actuación personal y colectiva que, mediante procesos de discernimiento y conversión por un lado, y de pedagogía social y apropiación cultural, por el otro, nos permitan avanzar en procesos de transformación espiritual, política y social dirigidos a aclimatar actitudes de perdón y reconciliación, para una sociedad en paz. Aquí los procesos de educación, en sentido amplio, resultan muy fecundos tanto en la dirección de la reconciliación como de la equidad.

Algunas líneas o pistas para el camino que podríamos seguir en las obras:

- Una tarea inicial con las obras, sería propiciar diálogos reposados y genuinos que permitan aflorar los sentimientos e incluso los temores o reparos que se tengan frente al proceso de paz, de tal manera que pueda elaborarse una posición más discernida. Esto no se da de un momento a otro sino que supone un clima de confianza en el proceso, donde cada uno desde su obra y sus cualidades, enfatiza lo que puede trabajar por la paz y el perdón.
- El proceso que llevamos tiene una inspiración espiritual, por eso deberíamos enfatizar inicialmente en procesos que permitan la sanación interior.

- Es necesario favorecer una experiencia personal de la equidad y la reconciliación, pues no podemos olvidar que ambos son dones gratuitos de Dios y lo único que podemos hacer es ayudar a que las personas se abran a la gratuidad.
- Se podría empezar con el ejercicio de que quienes participamos en el proceso, miren a fondo a los que tienen a su lado.
- Focalizar el esfuerzo próximo en vernos y reconocernos entre personas, obras y regiones. Podrían trabajarse historias de personas que han vivido la experiencia del perdón y la reconciliación a través de un medio masivo de televisión como Televida, para visibilizar más nuestros contextos.
- Urgente continuar un trabajo con las víctimas. Ver al otro es reconocerlo, escucharle.
- Es importante evaluar qué tanto sirve seguir manteniendo el esquema: víctima-victimario, pues fácilmente quedamos por fuera de estas dos categorías y nos excluimos del proceso.
- Sería bueno mirar el modelo utilizado por Reconciliación Colombia para anunciar testimonios de perdón y reconciliación y el programa Soy capaz de... para conocer su estrategia frente al proceso. Eventualmente, trabajar con ellos.
- Tener presente la indiferencia de muchas personas reflejado en el abstencionismo y desinterés político y social. Valdría la pena pensar en qué hacer para ayudar a mover a muchos para que asuman una postura frente al tema.

Carta del Padre General a toda la Compañía 2014/13

Este texto tiene algunas adaptaciones a la experiencia concreta del proceso de regionalización características de nuestra región antioqueña

Queridos Hermanos:

I - Diagnóstico

Todos somos conscientes de la falta de paz, de la multiplicidad de los conflictos existentes y también de la diversidad de su naturaleza, de sus causas y de sus repercusiones. La humanidad está bajo la permanente tentación de seguir usando la fuerza y la violencia para imponer sus deseos, al tiempo que mantiene vivo el sueño de alcanzar una sociedad que respete la justicia y que conviva en paz. A la hora de describir en qué consiste esa carencia de paz la descripción se hace muy densa: enfrentamientos, tensiones y heridas históricas, sociales, religiosas, étnicas, políticas, etc.; una cruda realidad que nos ha de interpelar, sobre cómo restaurar el vínculo filial de la humanidad con su fuente de Vida para así salirnos del círculo de la violencia.

Usando el mismo lenguaje de la reconciliación, San Pablo la describe como la obra cumbre de Cristo en la cruz (2 Cor 5,15-20), que nosotros, sus apóstoles, tenemos que llevar adelante: “todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo, por medio del Mesías y nos encomendó el ministerio de la reconciliación”. Si nos permitimos un pequeño análisis de lo que ha hecho Jesús en el horizonte de la reconciliación descubrimos los siguientes elementos: Perdón – Curación – Capacitación y Misión. Estos parecen ser los elementos más significativos y necesarios hoy día en las plurales situaciones donde se requiere la reconciliación.

- Perdón, para no quedarse anclados e inmóviles en las ofensas del pasado.
- Curación, para restituir al ofendido o explotado su dignidad y la totalidad de su ser persona, en un proceso que requiere mucho tiempo y mucha paciencia.
- Capacitación para que cada persona pueda contribuir a establecer vínculos de filiación y a recrear la familia de Dios en torno a una misma mesa.
- Misión porque la dignidad recobrada de las personas se ejercita en el servicio a la humanidad y esto en sus múltiples formas.

Esta reconciliación, con raíces evangélicas y que afecta a toda la persona y a todas las personas, es lo que San Ignacio quiso para nosotros, y para cuantos pudieran vivir la experiencia de los Ejercicios, en su deseo de ayudarnos a ser fieles a la misión de Cristo. De ahí que en la Fórmula del Instituto de 1550 la reconciliación esté presente como un ministerio propio de la Compañía y que uno de los primeros compañeros, Pedro Fabro, haya sido verdadero apóstol de la reconciliación, en un momento en que las sociedades europeas vivían profundos conflictos religiosos.

II – Análisis: discernimiento

Afortunadamente, todos nosotros sentimos en todas partes la necesidad de un análisis de la sociedad que sea completo, y que sirva de base a nuestro discernimiento apostólico. Queremos saber qué elementos nuevos integran hoy el discernimiento espiritual desde una perspectiva social, política, cultural o religiosa. Nuestra aportación a la reconciliación y a la paz no quiere dejar de lado ningún aspecto que pueda contribuir a una mejor comprensión de los conflictos presentes y de los procesos sociales en los que prestamos un servicio apostólico.

Esta visión ‘integral’ requiere procurar una atención especial a las dimensiones mística, espiritual y profética de la vida. ¿Dónde está Dios sufriendo hoy en el mundo? ¿Cómo está Dios trabajando en los corazones de todas las gentes para aliviar el ingente sufrimiento de los demás? ¿A qué fuentes de Vida podemos recurrir para sanar tanta muerte y restaurar los vínculos entre tantos grupos y personas que excluyen y son excluidas violentamente?

Este discernimiento nos será también de gran ayuda a la hora de identificar y comprometernos en la misión en favor de la reconciliación y la paz. Todos nos necesitamos y todos somos únicamente simples y humildes cooperadores en la “obra de Dios”, (Jn 6,28-29), llamados a ofrecer nuestras personas al trabajo.

III – Conversión: transformación interior

En efecto, también nosotros nos encontramos ante la necesidad de conversión. Estamos llamados a salir radicalmente de la comodidad de nuestro pequeño huerto para abrirnos y acoger la obra de Dios en favor de todos; a cambiar nuestros reducidos horizontes, limitados a los intereses de un particular grupo étnico, cultural, político, social o religioso, para preocuparnos por los planes de Dios ante la humanidad entera; a salir de las frágiles paces que construimos fruto de grandes equilibrios, al SHALOM dinámico y sin exclusiones que Dios sueña para todos sus hijos, a quienes ama por igual. Es decir, ir más allá de esas ‘pequeñas misiones temporales’ para entregarnos en cuerpo y alma a la misión de Dios.

Esta comunión, amplia y profunda, que nos pone a ambos lados de la humanidad en conflicto, es una nueva llamada para todos nosotros. Servir a la reconciliación requiere personas reconciliadas consigo mismas y con los demás, capaces de abandonar modos de hacer conocidos y siempre iguales, y de preguntarse con sinceridad: ¿Qué quiere Dios realmente para nuestro mundo? ¿Cuáles son las fuentes de sabiduría que la humanidad ha alimentado y cultivado durante siglos y donde Dios ha dejado su marca y su amor? ¿Qué podemos aprender de este mundo complejo y riquísimo, de sus culturas y religiones y de su anhelo incesante por un estilo de vivir humano y pacífico en beneficio de toda la humanidad? ¿Seguimos buscando, “sabiamente ignorantes,” ¿O nos creemos que ya lo sabemos todo?

¿A dónde nos lleva nuestra búsqueda y conversión? Es claro que no queremos repetir los errores o simplemente las respuestas de siglos pasados. El mundo sigue cambiando y encontrando nuevas posibilidades para todo. ¿Cómo podemos responder a los distintos tiempos con una sabiduría y con un corazón evangélico que discierne, individual y comunitariamente?

IV – Misión: nuestra aportación en favor de la reconciliación y la paz

Llegamos así al final de nuestra reflexión. La primera constatación que hacemos es que la reconciliación sigue siendo una urgencia actual de cara a un mundo dividido y sufriente, en el que se multiplican las violencias y los odios, nos sentimos confirmados en la necesidad de construir puentes y de trabajar por la reconciliación a todos los niveles.

Los procesos de reconciliación son largos y requieren ser sostenidos durante años, para dar frutos reales y duraderos. Se necesita curar heridas antiguas y recientes, como en un hospital de campaña (para usar la imagen que el Papa Francisco ha querido dar a la Iglesia). Procesos que han de producir importantes cambios en los corazones y las vidas de los hombres y mujeres de hoy y mañana para que nunca más se prefiera el bien de un grupo al bien común que afecta a todos. Procesos complejos en el que los políticos, los medios de comunicación y los líderes de los sectores culturales y sociales sean capaces de generar confianza y de estimular caminos de diálogo, para encontrar soluciones pacíficas a los conflictos humanos, disipando los miedos y los anhelos de venganza.

Sabemos desde el principio que la tarea de construir y hacerse puentes en situaciones difíciles, como las que han descrito las cartas recibidas, va a suponer ser pisoteados por ambos lados de la contienda. Tal es el precio de nuestro servicio y estamos dispuestos a pagarlo. Seremos posiblemente tachados de ingenuos y de idealistas, pero mientras tanto se irá haciendo realidad la comunión deseada.

Lo que, en el fondo, todos buscamos es una nueva creación donde haya sitio para el perdón como camino seguro hacia la libertad y hacia la consolidación de un tiempo venidero en el que reine la justicia, la verdad y la paz.

La falta de perdón ha demostrado ya suficientemente que nos mantiene atados a heridas de antaño, que se van haciendo cada vez más grandes hasta perder toda proporción. La distracción, o quizás obsesión, del que no puede perdonar tiende a ser mucho mayor que el daño recibido y le arrastra por senderos oscuros en los que nunca encuentra descanso.

El Cardenal George de Chicago ha definido con gran acierto uno de los males del momento presente con estas palabras: Hoy día TODO está permitido, pero NADA es perdonado. Nuestra fe nos lleva a creer algo bastante distinto: TODO lo que beneficia y potencia al prójimo está permitido y TODO se puede perdonar, porque lo que realmente queremos es el futuro que Dios está creando.

Para terminar estas breves líneas permitidme indicar algunas (A) condiciones básicas que podrán ayudarnos a ser verdaderos servidores de la reconciliación y (B) algunas sugerencias para nuestro apostolado:

(A) Condiciones básicas

Comunión con Dios para poder tener entre nosotros sus mismos sentimientos hacia los seres humanos.

- Cercanía a la gente e inserción en su vida. Que podamos sentir, y no sólo saber, su injusticia, el prejuicio, la ofensa. En otras palabras, sin el coraje de abrazar nuestra vulnerabilidad y asumir el riesgo de ser heridos como Jesús no podremos ser agentes de reconciliación.
- Hospitalidad para las víctimas de ofensas, opresión o prejuicio. Sin nunca olvidar la hospitalidad radical del amor al enemigo que es la invitación de Jesús que nos hace perfectos en el amor, como el Padre que hace salir el sol sobre justos e injustos.
- Diálogo con todo tipo de personas, sin excepción. El diálogo de comunión es puente en las fronteras de violencia donde el Espíritu nos envía y en él podemos aprender lo que nuestra vida bastante protegida no nos puede enseñar.
- Estudio transdisciplinar para mirar las cosas con hondura y con horizontes amplios, que tengan sentido de la historia y propongan una reconciliación sostenible, bien fundada y articulada integralmente.

(B) Sugerencias para la realización de la misión regional

La primera sugerencia, que sin duda afecta a todas nuestras obras, es que antes de proponer un proceso de reconciliación a otros, miremos en torno nuestro para ver si no necesitamos nosotros mismos superar diferencias o reconstruir nuestra comunicación fraterna donde se haya dañado, bien sea en comunidades o en equipos de obras apostólicas. En otras palabras, la reconciliación entre nosotros es parte de la credibilidad que necesitamos para todo proyecto de reconciliación hacia fuera.

- En segundo lugar, como la experiencia nos enseña, nuestras propuestas de reconciliación serán más eficaces si van acompañadas y apoyadas por signos adecuados, gestos y palabras, que indiquen dónde está realmente nuestro corazón.
- Entrando ahora brevemente en los distintos campos de apostolado enuncio las siguientes sugerencias:

* En nuestro trabajo permanece en pie la llamada del Apóstol Pablo, antes citada, que estimula a los creyentes a participar en la misión de Cristo, que nos ha reconciliado a todos y nos invita a seguir su obra de “reconciliar los desavenidos” y de educar a la comunidad en su misión reconciliadora y en el perdón; una labor, que durará toda nuestra vida.

* En las obras educativas hemos de procurar:

- Integrar la reconciliación, como tema y tarea central en la difícil construcción de la vida social.

- Encontrar y acompañar a nuestros alumnos víctimas, al igual que también a sus victimarios, que necesitan una atención especial, como parte de nuestra tradicional cura personalis.

- Desarrollar en nuestro curriculum educativo la transformación de conflictos en el aula, la reconciliación y el perdón en los ámbitos escolares, familiares y sociales en los que se mueven los estudiantes.

* En el Trabajo Social el desafío de la reconciliación nos sale al paso continuamente y sabemos de sobra las exigencias que esto trae a nuestro esfuerzo y creatividad. Lo importante será mantener siempre la vista alta y nunca separarnos de una visión integral de la persona y global de la sociedad. Sin olvidar que también en el sector social las espiritualidades religiosas o seculares deben cultivarse como cauces de reconciliación para sanar las experiencias de violencia y de muerte.

* En el trabajo académico – intelectual: La reconciliación ha de ser parte integrante de nuestro trabajo académico y de investigación interdisciplinar. Y para que éste sea fructífero y adecuado necesitaremos mantenernos en contacto con las personas y situaciones donde la desarmonía se convierte en separación y sufrimiento. Los centros académicos y de investigación debieran procurar articularse para desarrollar en colaboración proyectos de investigación-acción en transformación de conflictos, reconciliación, perdón y paz.

* A los Centros e Institutos académicos de Espiritualidad recomiendo que desarrollen una espiritualidad de la reconciliación que integre estas sugerencias a nivel personal y comunitario, corporativo e institucional.

* Finalmente, otras sugerencias habrán de ser elaboradas desde los contextos determinados de las Regiones con la ayuda de comisiones de expertos y grupos de trabajo, en especial donde mayor sea la urgencia y donde más se precise de soluciones concretas que puedan ser asumidas en los respectivos proyectos regionales.

Es evidente que trabajando por la reconciliación no solamente participamos en la misión de Cristo, sino que ayudamos a visibilizar la credibilidad de la experiencia de Jesús y la novedad de su mensaje. Ahí encontramos lo más genuino de nuestro espíritu ignaciano y una de las fuentes más ciertas de nuestra “consolación espiritual”.

Que María, Madre de la paz, nos ayude para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz (E. Gaudium, 288).

Con afecto en el Señor,

Adolfo Nicolás, S.J.

Superior General

Roma, 8 de septiembre de 2014

Natividad de la Virgen María - (Original: español)

El reto de la reconciliación (Política) en una fase de post-acuerdos

Memorias del Taller No. 20

El 29 de noviembre de 2014 tuvimos el taller N° 20 de regionalización con la participación de unas 90 personas de las distintas obras que hacen parte de este proceso. Los objetivos de este encuentro fueron, en primer lugar reflexionar comunitariamente sobre el tema de la reconciliación y sobre el papel que tenemos frente a este tema de manera personal y también como obras, en la búsqueda de la paz y en segundo lugar, celebrar juntos el camino recorrido durante el año 2014.



La jornada inició con una oración realizada por el CIRE Medellín y una contextualización que hizo el P. Horacio Arango, Director Regional, donde recordó lo que se ha realizado en los talleres anteriores como un camino para la comprensión del escenario de guerra que vivimos y cómo podemos comprometernos con la búsqueda de la paz. Luego presentó al P. Mauricio García S. J. Actual Director del SJR (Servicio de Jesuitas a Refugiados), quien realizó una ponencia sobre EL RETO DE LA RECONCILIACION EN UNA FASE POST-ACUERDOS¹³.



Después de un refrigerio se realizó una celebración eucarística para agradecer a Dios por su presencia en medio del proceso y para festejar juntos los 5 años y medio de camino.

13. Los dos artículos que se anexan a continuación son complementarios a su ponencia.

Hacia una cultura de la reconciliación – Andrew Rigby¹⁴

Para concluir este panorama de los distintos medios utilizados por los gobiernos para enfrentar el legado de violaciones a los derechos humanos y otros crímenes, heredado de sus antecesores, resulta necesario tener en cuenta una serie de puntos relacionados con las posibilidades de una eventual reconciliación entre víctimas y victimarios (perpetradores).

1. Las condiciones necesarias para la reconciliación entre las partes antagónicas sólo se dan con el tiempo. Ir más allá de las divisiones del pasado es un proceso multidimensional que puede tomar generaciones y los diferentes elementos constitutivos del camino hacia la reconciliación rara vez pueden buscarse al mismo tiempo.
2. En los esfuerzos para promover la reconciliación, es esencial que el proceso no se limite a ciertos sectores de la sociedad. Las diferentes dimensiones y los valores que contribuyen a cualquier proceso de sanación deben ser profundizados y ampliados de manera tal que incluyan todos los niveles de la sociedad, con el fin de ir creando, durante el proceso, una nueva cultura de respeto por la diferencia y los derechos humanos, aquello que algunos llamarían una cultura de paz, en oposición a una cultura de violencia.

La reconciliación toma tiempo

Tal como hemos visto, los medios utilizados por los gobiernos para tratar de enfrentar un doloroso legado de conflicto y prácticas criminales dependen en gran medida del equilibrio de poder durante el período de transición. Así, tras la derrota de las fuerzas del Eje en la Europa de 1945, los vencedores no tuvieron reparo en buscar formas de justicia retributiva en contra de quienes habían colaborado con las fuerzas de ocupación y, por ende, traicionado a sus conciudadanos. En contraste, cuando la transición ha sido negociada y no impuesta, es casi inevitable que haya algún tipo de amnistía, especialmente si las partes en el acuerdo siguen teniendo la capacidad de romper la paz. La consiguiente fragilidad del proceso de transición y la vulnerabilidad de las nuevas instituciones implican que el precio que hay que pagar por la paz y la estabilidad necesaria para que el nuevo régimen se consolide es algún tipo de amnistía. Después de todo, ¿por qué habría alguien de renunciar al poder si la consecuencia va a ser el enjuiciamiento y la resultante pérdida de privilegios y posiciones?

No obstante, mientras que la paz y el sentido generalizado de seguridad personal (que es una cuestión de grado) son condiciones necesarias para sembrar las semillas de la reconciliación entre los antiguos enemigos, claramente no bastan por sí solos. Con base en el marco desarrollado por John Paul Lederach, es posible identificar otros tres valores que deben estar presentes en cuanto condiciones para que la reconciliación como proceso produzca resultados: verdad, justicia y misericordia/perdón. Pero, indefectiblemente, estos valores se hallan en tensión mutua.

14. Tomado para la traducción de: Andrew Rigby (2001), *Justice and Reconciliation after the Violence*. Boulder/London: Lynne Rienner Publishers, Chapter 9. Traducido por Rosario Casas Dupuy (2014).

Quizá el conflicto más claro es aquel entre los valores de paz y justicia. Sin duda, es fuerte el argumento de que antes de buscar la justicia contra los perpetradores de crímenes durante regímenes anteriores, es necesario sentar las bases de un nuevo orden que esté libre del riesgo inmediato de intervención violenta por parte de quienes se sientan amenazados por esa búsqueda de la justicia. Así, aunque muchos podrían criticar la transición a partir de los regímenes militares en Argentina y Chile debido a que los perpetradores seguían gozando de impunidad, debe reconocerse que en las fases iniciales de esos procesos negociados, el compromiso principal debe ser con la ampliación y profundización de la paz, para que la gente pueda acostumbrarse de nuevo a vivir su vida sin el temor a la violencia estatal y el terror arbitrario. En ese tipo de situaciones no es factible perseguir la paz (en el sentido de ponerle fin a la matanza y las violaciones arbitrarias) y la justicia con el mismo vigor, al mismo tiempo.

Hemos visto también la forma en que la amenaza de acusación y enjuiciamiento de quienes han violado los derechos humanos puede entrar en conflicto con la búsqueda de la verdad. Es poco probable que la gente revele al máximo su involucramiento en o su conocimiento de crímenes y violaciones, sin algún tipo de promesa de inmunidad ante el castigo. De otro modo, ¿por qué habrían de incriminarse? Hemos visto cómo los sudafricanos intentaron manejar esta tensión condicionando la amnistía a la revelación absoluta de la verdad.

Pero también sabemos que las amnistías para los criminales responsables de torturar, matar y causar daño a sus conciudadanos son profundamente ofensivas, tanto para las víctimas y los sobrevivientes como para muchos observadores y terceros. Creemos que las personas deben pagar por sus crímenes de alguna manera y que no se les debería permitir continuar con sus vidas como si no hubiera sucedido nada malo. Y aquí nos encontramos ante una tensión clara y dolorosa entre dos valores: el de misericordia/perdón, tal como se institucionaliza en las amnistías y los perdones, y el de justicia.

No obstante, esos valores que conviven de manera tan difícil son los elementos constitutivos de la reconciliación como proceso y condición. Así, quienes procuran crear o restaurar la armonía social entre las antiguas partes antagónicas y los sectores de la sociedad enfrentan el serio dilema de cómo afrontar y manejar esas tensiones. En este sentido, se presentan varias opciones hipotéticas.

En primer lugar, los nuevos líderes políticos pueden optar por un proceso imperfecto, reemplazando su objetivo de lograr la armonía social por el de la coexistencia pacífica y el fin del conflicto violento. Por lo general, esto se logra exigiéndole a las víctimas y los sobrevivientes del abuso que renuncien a su presunto derecho a la restitución. Tal como la víctima en el relato sudafricano de la reconciliación en torno a la bicicleta, se les pide que acepten su pérdida y las injusticias sufridas por el bien de la reconciliación nacional. A veces es posible dorar la dolorosa píldora mediante ofrecimientos de compensación material y reparaciones simbólicas, en reemplazo de (y no como complemento de) la justicia retributiva.

Segundo, las figuras clave y los líderes de opinión pueden tratar de redefinir los valores e introducir nuevos significados en términos viejos. Pueden empezar a hablar de justicia restaurativa, o ubuntu, como un valor más elevado que la búsqueda vengativa de la retribución.

Tercero, Las personas pueden reconocer que se requiere mucho tiempo para que los procesos de reconciliación se realicen plenamente y que las relaciones entre los valores constitutivos son fundamentalmente problemáticas, y comprender que la única manera de avanzar es procurar esos valores a través de fases secuenciales. Me gustaría explorar este enfoque más detalladamente mediante un modelo ideal-típico de dicho proceso de reconciliación por fases, el cual podría ser utilizado por sociedades que se hallan en el proceso de superar la división y una historia de violaciones de los derechos humanos, en las cuales los perpetradores todavía controlan recursos significativos capaces de socavar la estabilidad y la resiliencia del nuevo régimen.

Primera fase: asegurar la paz

La paz, en el sentido de que la gente pueda disfrutar de algún grado de seguridad personal, es el fundamento necesario para procurar los demás valores. Pero es sólo la primera etapa. Una de las cosas que más me ha impactado durante el proceso de investigación y escritura de este libro es el hecho de que a pesar de los esfuerzos realizados por los criminales de guerra para encubrir el pasado, la lucha por sacar a la luz su turbia historia continúa de una u otra manera. Pero esta búsqueda de la verdad sólo puede realizarse en un contexto en el que la paz sea lo suficientemente resiliente como para resistir los esfuerzos por descubrir los dolores del pasado.

Mientras que las personas sigan siendo vulnerables a graves violaciones de los derechos humanos y los victimarios sientan que pueden actuar con impunidad, no hay posibilidad alguna de avance en el camino de la reconciliación. Por ello, el requisito principal es, ante todo, que la matanza, las detenciones arbitrarias, las desapariciones, la tortura de prisioneros y la persecución ilegal de personas, se conviertan en cosa del pasado en lugar de seguir siendo una amenaza permanente.

Segunda fase: esclarecer la verdad

La preparación de los antiguos enemigos para prever un futuro compartido, ya sea junto con o al lado del otro es parte esencial de la reconciliación. Esto exige una profunda redefinición de la identidad personal y colectiva de cada quien con respecto "al otro", una transformación del "nosotros" contra "ellos" y de "víctimas" contra "victimarios" (perpetradores), para lograr una nueva definición y relación que reconozca la diferencia sobre la base de una identidad compartida como sobrevivientes y seres humanos. Pero para que esto ocurra, para que la gente pueda seguir adelante y no seguir siendo prisionera del pasado, es necesario que sepa que sucedió con sus seres queridos. Quienes han padecido males, traumas y muerte de sus allegados necesitan sentir que su dolor y su pérdida han sido reconocidos adecuadamente y su verdad debe ser escuchada y validada.

En primera instancia, la naturaleza y cantidad de verdad esclarecida estará determinada principalmente por la alineación de fuerzas en el momento de la transición. Pero el tipo de ejercicio de descubrimiento que finalmente se logre reflejará el cambiante equilibrio de poder dentro de la sociedad. En este cálculo será crucial la creciente resiliencia de la paz y la determinación de víctimas y sobrevivientes de no renunciar a la lucha por ampliar y profundizar los parámetros de la verdad públicamente reconocida.

Tercera fase: acercamiento a la justicia

Claramente es injusto no saber qué pasó con los seres queridos ni que se reconozca la historia de cada quien. Así, es necesario entretejer el valor de justicia en el proceso de reconciliación. En el

intento de sacar a la luz los aspectos de un pasado doloroso, es posible acercarse a algo de justicia al identificar a los perpetradores responsables de los abusos y las violaciones. Nombrarlos es ponerlos en vergüenza y esa es una forma de justicia que desafía la cultura de la impunidad al hacer que se les imponga a los perpetradores algún tipo de castigo por sus acciones pasadas.

Esto puede no ser factible durante la fase temprana de una transición ya que el riesgo para la paz y las nuevas estructuras democráticas por parte de quienes se sienten amenazados por dicha revelación podría ser demasiado grande. Sin embargo, con el paso del tiempo, a medida que la cultura democrática se arraiga más firmemente, a medida que disminuye el miedo de un retorno al pasado y las personas recuperan la confianza en sus derechos restaurados, se puede continuar con la lucha por nombrar y avergonzar a los perpetradores, así como con la insistencia en que estos deben compensar sus daños de alguna manera. Esto puede suceder a lo largo de varias generaciones, tal como hemos visto en el caso de los Hijos en la Argentina - los hijos e hijas de los desaparecidos y sus seguidores, quienes se niegan a permitir que los antiguos torturadores y miembros de los escuadrones de la muerte vivan sus vidas sin aceptar de una u otra forma la enormidad de su culpa.

También debemos reconocer la potencial importancia de los terceros para garantizar que continúe la lucha por la justicia. Así, los torturadores y asesinos argentinos responsables de la desaparición y muerte de extranjeros han sido objeto de órdenes de captura internacionales. El caso del General Pinochet es otro caso sonado en las noticias. Pinochet fue perseguido por un juez español, puesto bajo arresto domiciliario en Gran Bretaña, para luego regresar a Chile, ya anciano y derrotado, para enfrentar las objeciones legales a la inmunidad ante el enjuiciamiento, que él mismo se había otorgado¹⁵. Entre tanto, el movimiento a favor de una corte penal internacional permanente sigue cobrando fuerza y quizá no sea arriesgado creer que algún día les será imposible a los culpables de crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad alejarse de sus refugios por temor a ser arrestados y llevados a juicio.

Pero más allá de esos esfuerzos por buscar alguna forma de justicia en el sentido retributivo del ojo por ojo, quizá hay una búsqueda más importante relacionada con la justicia, que es necesaria para que las personas realmente dejen atrás el pasado y se enfoquen en el futuro - el esfuerzo sostenido a favor de la restitución y de subsanar los errores. Para que la gente tenga una esperanza genuina en el futuro, es vital que se hagan serios esfuerzos para cambiar las estructuras y circunstancias en las que viven esas personas y que siguen recordándoles su sufrimiento. Solamente cuando las instituciones que encarnaron y produjeron las divisiones del pasado se hayan convertido en historia será posible que la gente se desprenda de sus quejas y su dolor, renuncie a su deseo de venganza - perdonando el pasado, por así decirlo- y comience a imaginarse un futuro compartido.

En agosto de 2000, la Corte Suprema de Chile finalmente despojó a Pinochet de su inmunidad ante el enjuiciamiento. En mayo de 2000 se le imputaron cargos formales a tres personajes clave del gobierno guatemalteco, acusados de ser los responsables de algunas de las peores masacres de la guerra civil de 1981-1982. Anteriormente, Rigoberta Menchu, ganadora del Premio Nobel de la Paz, había denunciado a seis líderes militares y civiles por genocidio, ante los tribunales españoles. Ver D. Campbell, "Justice in Sight for Guatemalan Victims", *The Guardian*, 20 de mayo de 2000.

Cuarta fase: poner el pasado en el lugar que le corresponde

Decir que "el tiempo lo cura todo" es tal vez un cliché. Ciertamente, el paso del tiempo permite reinterpretar el pasado y dotarlo de nuevos significados. A medida que los perpetradores de crímenes pasados envejecen y se dan cuenta de que el mundo que conocieron ha cambiado, es posible que lleguen a arrepentirse de sus crímenes y pidan disculpas por el dolor y la pena que causaron. Es así como en agosto de 2000, el presidente guatemalteco Alfonso Portillo reconoció que el gobierno había sido el responsable de cientos de miles de matanzas y secuestros durante la guerra civil: "Hemos reconocido que el Estado cometió violaciones de los derechos humanos. Hoy lo estamos reconociendo para que la historia dramática que hemos vivido no se repita"¹⁶.

Esos reconocimientos y disculpas formales pueden ser impulsos poderosos en el proceso de poner el pasado en su justo lugar. Como señala Michael Ignatieff, "Los líderes le dan permiso a las sociedades para que nombren lo innombrable, piensen lo impensable y hagan gestos de reconciliación que las personas no podían haber imaginado individualmente"¹⁷. Mediante los actos para presentar disculpas, los líderes de opinión pueden abrir el espacio simbólico para que las víctimas y sobrevivientes empiecen a ver el pasado bajo una nueva luz, renunciando a la venganza y enfocándose en el futuro. De esta manera, a medida que el dolor deja de ser omnipresente, las personas van siendo capaces de convencerse de que deben honrar y no vengar la memoria de sus seres queridos, comprometiéndose con un futuro nuevo y no perpetuando el ciclo de venganza y violencia.

Hacia una cultura de la reconciliación

Claro está que el proceso de cuatro fases que acabamos de describir es puramente hipotético. No puede haber una guía prescriptiva universal sobre la forma en que la gente puede empezar a escapar de la tiranía del pasado. Más aun, el análisis se ha enfocado al nivel macro de sociedades que están saliendo de la división y el conflicto destructivo. Pero el hecho es que las sociedades y comunidades están compuestas de individuos, de personas arraigadas en sus grupos primarios y redes sociales. Aquello que puede parecer una especie de movimiento colectivo es en realidad la suma de nuevas relaciones que las personas logran establecer, no sólo con su pasado sino con sus vecinos y antiguos enemigos.

No hay ninguna base para esperar que los miembros de una comunidad o una sociedad dividida avancen como un todo unitario por el camino hacia nuevas relaciones. Todos tenemos nuestra propia forma de manejar el dolor y la pena. Algunas almas privilegiadas son capaces de perdonar al malhechor aun cuando su persona o sus derechos estén siendo vulnerados, mientras que la mayoría de nosotros estaríamos cegados por la ira y el deseo de venganza¹⁸. Pero el tiempo es el medio para

16. The Guardian, 11 de agosto de 2000.

17. Michael Ignatieff, *The Warrior's Honor*, Londres: Chatto & Windus, 1998, p. 188.

18. Gandhi, por ejemplo, creía que la no violencia y el perdón eran los atributos supremos de los valientes, aunque la violencia es preferible a la cobardía. Así, "La no violencia no es un disfraz para la cobardía, sino la suprema virtud de los valientes... Por lo tanto, la no violencia presupone la habilidad de atacar. Es una restricción deliberada y consciente que uno le impone al deseo de venganza. Pero, en cualquier caso, la venganza es superior a la sumisión pasiva, afeminada e impotente. El perdón es algo aún más elevado." ("Has Non-violence Limits?", *Young India*, 12, agosto de 1926.)

una especie de cura. Quienes hemos vivido lo suficiente sabemos que la intensidad de los sentimientos de odio, el deseo de venganza y retribución, pueden desvanecerse con el tiempo. Sabemos que en algún momento hasta se vuelve posible detectar signos de humanidad en quienes hemos odiado o despreciado, y con esto, viene la capacidad de distinguir grados de culpabilidad. Así, las ataduras del pasado se van soltando y las personas que alguna vez se definieron como víctimas pueden empezar a orientarse hacia el futuro.

Pero para que esto suceda, para que las antiguas víctimas comiencen a imaginarse una nueva vida al lado de sus antiguos victimarios, deben tener algo de esperanza en un futuro en el que víctimas y perpetradores puedan recobrar su humanidad. Si esa esperanza ha de ser realista, debe basarse en un cierto grado de confianza en que los males del pasado no retornarán. La gente debe poder confiar en que las cosas se mueven por el camino correcto y esto requiere una transformación de las viejas estructuras y de los arreglos institucionales que permitían hablar de víctimas y perpetradores, de "nosotros" y "ellos". En otras palabras, es esencial que la búsqueda de los valores de paz, verdad, justicia y perdón no se limite a una esfera simbólica, separada de la vida cotidiana de las bases. Dicha búsqueda debe encarnarse y vivirse en las nuevas relaciones entre personas de todos los niveles de la sociedad. Esto me recuerda a una de las personas que respondieron a una encuesta en Sudáfrica, quien se quejaba que la reconciliación era algo que ella veía suceder en las audiencias de la comisión de verdad y reconciliación, a través de la pantalla del televisor; no era algo que la gente como ella viviera en sus comunidades y vecindarios¹⁹.

Hace algunos años asistí a un coloquio de Estudios de Paz en Austin, Texas. Allí conocí a alguien que dictaba un curso sobre genocidio, quien explicaba que ella solía comenzar pidiéndoles a los estudiantes que pensarán en las distintas formas en que se comportaban cuando alguien les pedía limosna en la calle, recalcando que muchos simplemente miraban para otro lado, ignorando la presencia del pordiosero. El punto que ella trataba de transmitir es que las semillas de los crímenes de lesa humanidad más horribles no se originan "allá afuera". Se originan al negarle su humanidad plena al extraño, al no reconocer al otro como ser humano. Esa lección me quedó grabada en la memoria porque ilustra la relación causal entre nuestras acciones cotidianas rutinarias y los crímenes masivos que la mayoría de nosotros no alcanzamos a comprender.

Así, las raíces de las culturas de violencia y venganza, que reproducen los odios y los agravios del pasado y los transmiten de generación en generación, se hallan en la vida cotidiana, en el hogar, en la escuela, en el trabajo. Y es en este nivel que hay que plantar las semillas de una reconciliación duradera, mediante una contracultura que encarne esos valores que constituyen el núcleo de la reconciliación: paz, verdad, justicia y perdón.

Cultura de paz/no violencia

El conflicto es endémico a todas y cada una de las esferas de la vida. Aunque del conflicto surgen el cambio y la innovación, también puede ser destructivo y negativo. En las sociedades que están emergiendo de la violencia y la división, es esencial que se reconozca el valor de la no violencia y que éste se encarne en las distintas esferas institucionales, con el fin de evitar la recaída en las prácticas del pasado. Como señalaba, de manera elocuente, Michael Ignatieff: "La reconciliación debe ahondar en la democracia compartida de la muerte para enseñar la nulidad de todas las luchas que terminan en matanza, la futilidad infinita de todos los esfuerzos por vengar a los muertos. Pues es una verdad fundamental que matar no devolverá los muertos a la vida"²⁰. (Ignatieff, p. 190)

Cultura de verdad

Cada una de las partes del conflicto tiene su propia historia y no es fácil que la gente renuncie a su memoria colectiva ya que es, indefectiblemente, un elemento clave de su identidad colectiva. Sin embargo, para garantizar que las narrativas opuestas no generen futuros conflictos, es vital que la gente aprenda a reconocer la validez de las verdades de otros. Se trata de un proceso recíproco - es mucho más fácil respetar la historia de otros si ellos respetan la de uno. Al reconocer la realidad de la historia del otro, aunque uno mire el pasado con otros lentes, se pueden sentar las bases para el tipo de solidaridad orgánica que incluye un respeto fundamental por la diferencia. Pero esto exige que las personas enfrenten las fallas en su propio pasado, reconozcan la realidad del dolor y el arrepentimiento del otro, y entiendan que la vieja distinción maniquea entre "nosotros" y "ellos", entre los buenos y los malos, es fundamentalmente defectuosa. Por este motivo, las conmemoraciones y los memoriales públicos pueden desempeñar un papel muy importante como espacios simbólicos seguros donde se pueden representar versiones contrastantes del pasado. Es más, en la competencia entre historias opuestas, conmemoradas en diferentes lugares y en días distintos, siempre existe la posibilidad de que se le atribuyan nuevos significados constructivos a las viejas memorias divisorias, significados que recalcan la victoria compartida por encima de la amargura del pasado.

Cultura de la justicia

En años recientes, Hans Kung ha escrito bastante sobre la regla de oro que según él está presente en todos los sistemas religiosos principales: "No hagas a otros lo que no desearías que te hicieran a ti"²¹. Este imperativo moral es, esencial para las nociones de comportamiento correcto. Es posible que sea un ideal inalcanzable, pero esto no minimiza su significación como guía para quienes buscan establecer relaciones justas en y través de la sociedad. En este sentido, cabe repetir una vez más que para que la gente se enfoque más en sus esperanzas para el futuro que en sus temores del pasado, deben ver que se están realizando acciones significativas para contrarrestar las desigualdades e injusticias que dieron lugar a las antiguas divisiones.

Cultura de perdón

Los victimarios no tienen derecho a esperar el perdón de aquellos a quienes han causado daño. El perdón, en el sentido de renunciar a la venganza, es prerrogativa de las víctimas o sobrevivientes. Pero, al ejercer ese poder, esas personas pueden liberarse, escapar de la prisión del pasado y hacerse más plenamente humanas. La capacidad de distinguir entre el perpetrador y sus acciones constituye el meollo de ese proceso tan difícil, y esto requiere, a su vez, cierto reconocimiento de la humanidad del otro, por más difícil que sea. Pero en este reconocimiento de nuestra humanidad compartida yacen las semillas de un futuro en común.

21. Ver por ejemplo, H. Kung y H. Schmidt (Eds.), *A Global Ethic and Global Responsibilities*, Londres: SCM press, 1998.

Reconciliación – Charles Villa-Vicencio²²

Justicia y reconciliación se hallan inherente e indisolublemente ligadas. La reconciliación política no es un ideal romántico o utópico en las sociedades que están emergiendo de un conflicto violento. Con frecuencia la reconciliación es la única alternativa realista ante la violencia endémica que tiende a intensificarse, así como un medio esencial para la construcción de una sociedad basada en el estado de derecho y la reconstrucción social.

En ausencia de la justicia, resulta poco realista pedirle reconciliación a las víctimas y a los sobrevivientes de graves violaciones a los derechos humanos. Al mismo tiempo, es necesario ampliar la comprensión de justicia, de manera tal que incluya opciones realistas para la construcción de la confianza cívica, el fomento de una cultura de derechos humanos y la consecución de la transformación económica. Los programas de reconciliación realistas sugieren formas de lograr ese cometido, dado que implican una comprensión holística de la justicia.

La reconciliación no es tarea fácil. Algunos consideran que la reconciliación o restauración carecen de sentido por la sencilla razón de que no poseen una memoria tangible de la paz - no hay nada que restaurar o devolver. Para muchos, la realidad del sufrimiento está todavía demasiado viva como para poder contemplar la posibilidad de la reconciliación, mientras que otros simplemente resuelven jamás reconciliarse. Tras el conflicto, tanto víctimas como sobrevivientes suelen pensar que debe haber justicia antes de que haya reconciliación.

Los diferentes tipos de conflicto exigen diferentes formas y maneras de reconciliación. En los niveles individual e interpersonal, es posible que la reconciliación requiera la curación de profundas heridas psicológicas y emocionales. La reconciliación política exige un enfoque diferente que implica no tanto el perdón como el deseo y la oportunidad de una interacción sostenida y significativa. Es poco probable se dé la reconciliación profunda de una persona o un grupo con el resto de la sociedad. Así, la reconciliación no ofrece una solución inmediata o rápida a los problemas que enfrenta una nación, e implica la voluntad de diálogo, la capacidad de escuchar y la disposición de arriesgarse cautelosamente. La reconciliación ve la justicia como un ingrediente esencial para cualquier acuerdo, pero reconoce, al mismo tiempo, que hay distintas formas de lograr y entender la justicia.

En procura de un proceso y una meta

La reconciliación política es un comienzo. Implica un proceso y es algo que persigue una meta. Su proceso, rara vez lineal, es desigual y puede recaer en formas contraproducentes y a veces violentas de solucionar el conflicto. En cuanto tal, la reconciliación requiere de mesura, generosidad de espíritu, empatía y perseverancia. Al mismo tiempo, esta difícil tarea se halla sostenida por metas concretas y una visión compartida de lo que puede y podría todavía lograrse.

La reconciliación política es el arte de convertir en real lo posible y se ve impulsada por el deseo de rebasar los límites de lo que parece posible en un momento dado. Procura ir más allá de lo normal y considera que no poner en marcha programas que aborden las causas del conflicto, entre las

22. Tomado para traducción de: Villa-Vicencio, Charles (2004), "Reconciliation", In *Pieces of the Puzzle – Keywords on Reconciliation and Transitional Justice*, Cape Town: Institute for Justice and Reconciliation. Traducido por Rosario Casas Dupuy (2014).

cuales se hallan la exigencia de retribución, reconocimiento, reparaciones, alivio de la pobreza y acceso a las tierras, tendrá como resultado una violencia postergada. La reconciliación política implica dar los primeros pasos para alcanzar esa meta más elevada de la paz sostenible. En palabras de un anciano Dinka a propósito del conflicto en Sudán, 'la reconciliación comienza con el acuerdo de sentarse con el enemigo bajo el mismo árbol para encontrar la forma de abordar las causas del conflicto'. Es un proceso que le da prioridad al diálogo y a la comprensión.

En un nivel más profundo, la reconciliación sugiere que los seres humanos son incompletos en la medida en que están alienados unos de otros. Mientras que los intereses estratégicos y los impases políticos motivan la solución de los conflictos, la construcción de la paz y la necesidad de la coexistencia, la voluntad de vivir una vida plena es con frecuencia una razón crucial para la reconciliación. Reconocer el profundo deseo humano de conocer la paz significa crear el tipo de futuro que le permita a las personas comprometerse mutuamente con la construcción de una sociedad incluyente, sobre la base de la dignidad humana, el respeto mutuo y la justicia social. La reconciliación basada en la filosofía africana del Ubuntu crea el contexto para aprender a vivir juntos.

Un concepto modesto

La reconciliación política es necesariamente un concepto modesto. Cuando hay demasiadas exigencias morales, se ve afectado el impulso social. Las definiciones abstractas de reconciliación que involucran nociones romantizadas de arrepentimiento, perdón y restitución suelen ser inútiles políticamente. El Oxford Concise Dictionary ofrece una definición muy útil del proceso y sugiere que implica 'una manera satisfactoria de afrontar hechos e ideas que se oponen entre sí'. Es un concepto que se origina en el término latino Concilium, el cual se usaba para describir la manera en que los antagonistas se reunían en un consejo para solucionar sus disputas - es decir, el primer paso necesario en un proceso de reconciliación. Para los antiguos griegos, la reconciliación consistía en hallar las palabras capaces de 'convertir la enemistad en amistad'.

Las discusiones bizantinas sobre aquello que se requiere o no se requiere para la reconciliación bastan para convencer a muchas personas de que las definiciones y fórmulas precisas a veces hacen más mal que bien. La reconciliación se resiste a que la reduzcan a una serie de reglas precisas. Es más una teoría y no implica pasos sencillos que indiquen 'cómo lograrla'. Incluye la casualidad, la imaginación, el riesgo y la necesidad de explorar lo que significa 'volver a empezar'. También requiere de elegancia y delicadeza. 'Es algo más que lo que cada uno de nosotros trae a la mesa. Es el resultado de sentarse a la mesa', decía una mujer mozambiqueña comprometida con el proceso de paz entre el Frente para la Liberación de Mozambique (FRELIMO) y la Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO). 'Es un don que proviene del espíritu de los antepasados'. Es una celebración del espíritu humano.

Algunos puntos de referencia

La reconciliación busca trascender la lógica de lo que parece posible, asegurando, al mismo tiempo, que no se eleve tanto el estándar como para que la gente la evite. En términos sencillos, la práctica de la reconciliación incluye las formas y maneras de construir relaciones. Este compromiso a través de vecindarios, comunidades y la nación suele presentar un patrón discernible. Los puntos de

referencia que se describen a continuación tienen que ver con ese sentarse bajo el mismo árbol y con las formas en que se pueden abordar algunos de los problemas capaces de destruir un país.

La reconciliación no implica necesariamente el perdón.

La reconciliación política no depende del tipo de intimidad que exigen la reconciliación religiosa y otras formas de reconciliación individual. El arte de gobernar y la política requieren más bien de la coexistencia pacífica. En sociedades profundamente divididas, la reconciliación debe promover la comprensión mutua y las acciones colectivas. El perdón puede venir después, una vez que se haya construido la confianza.

La reconciliación interrumpe un patrón establecido de acontecimientos.

En su nivel mínimo, puede significar el acuerdo de dejar de matarse, de simplemente pasarse a caminar del otro lado de la calle. Aunque esto es mejor que la violencia, este sentido de reconciliación es insuficiente si no interrumpe los ciclos de conflicto y convierte las formas de tolerancia silenciosa en interacciones que le permitan a los enemigos reflexionar sobre lo que puedan tener en común y sobre cómo podría utilizarse esto para inventar nuevas formas de convivencia.

La reconciliación es un proceso.

Con frecuencia, la reconciliación es tan dolorosa como difícil y exige un compromiso moral. Implica negociar con la propia memoria y decidir cuál de esas memorias va a tener la última palabra. A veces impone la necesidad de romper con los aliados. La reconciliación no es para los pusilánimes ni para quienes se dejan derrotar fácilmente. Claramente, algunos no tienen ningún deseo evidente de esforzarse por ella, lo cual hace que sólo pensar en la reconciliación se vuelva una empresa agobiante. En suma, es imposible imponer la reconciliación. Es un proceso que toma tiempo. Cuando las batallas del pasado se han transmitido de generación en generación, es posible que no alcance una vida entera para lograrla. Las narrativas de la antigua Yugoslavia e Irlanda del Norte ilustran este problema. Aun así, el arte de la reconciliación tiene mucho que ver con buscar el tiempo, con apresar esos momentos que constituyen una oportunidad para encontrar el terreno común necesario para reconstruir la comunidad local y fomentar la construcción de la nación.

La reconciliación tiene que ver con el diálogo.

Ante todo, la reconciliación tiene que ver con la comunicación - escucha atenta y conversación profunda en todos los niveles de la sociedad. Implica una conversación nacional incluyente. Tiene que ver con crear espacios para que las comunidades y los individuos se escuchen unos a otros, dando así inicio a la difícil tarea de comprender. Aunque a veces esta conversación se caracterice por la discusión y el desacuerdo, es, al mismo tiempo, una alternativa a la violencia y una forma de generar soluciones a problemas aparentemente irresolubles.

La reconciliación requiere tiempo y espacio para el duelo, la rabia y el dolor, así como para la sanación.

Es un hecho que estos aspectos están íntimamente relacionados. La cultura de la reconciliación en Sudáfrica, simbolizada por la magnanimidad de las vidas del Presidente Mandela y el Arzobispo Tutu, no siempre les facilita a algunos que hagan su duelo con la emoción que requieren o necesitan. La

reconciliación exige que haya espacio para el duelo y la expresión de la rabia, de manera tal que se le permita a las víctimas sanar sus heridas y que la nación pueda reconocer y reparar las heridas del pasado de manera productiva.

La reconciliación implica comprensión.

La comprensión no conduce necesariamente a la reconciliación. Aun así, cuando la historia de un perpetrador se relata concienzuda y verídicamente, se escucha con empatía y se comprende en toda su profundidad, puede atenuar la percepción que las víctimas, los sobrevivientes o los observadores tenían del perpetrador (victimario). Este tipo de comprensión abre el espacio para un nuevo tipo de interacción entre los adversarios. Desde el punto de vista político y moral, el problema es cómo fomentar tanto el recuerdo como la comprensión mutua. La reconciliación no implica reducir el mal a tal punto que se lo condone, ni tampoco recordarlo de tal manera que incite de nuevo al deseo de venganza.

La reconciliación implica el reconocimiento de la verdad.

El reconocimiento de lo sucedido es a menudo más importante que el conocimiento de los hechos mismos. Aunque no todos los que sufrieron necesariamente requieren disculpas para dejar atrás los conflictos del pasado, las investigaciones sobre el proceso de amnistía llevado a cabo por la Comisión Sudafricana para la Verdad y la Reconciliación (TRC, por su sigla en inglés) demuestran que la aceptación de los resultados aumenta considerablemente cuando la víctima o las familias de las víctimas reciben reconocimiento o disculpas legítimas.

La reconciliación tiene que ver con la memoria.

A veces se sugiere que volver sobre el pasado doloroso no es bueno para el nuevo orden. El problema es que no existe algo así como la hora cero para empezar de nuevo. La historia perdura, moldea el presente y amenaza el futuro. La memoria silenciada clama ser escuchada. Es necesario afrontarla, no sólo para revelar la verdad acerca del pasado, sino también para enfrentar el futuro. Muchas de los relatos de las víctimas ante la TRC tenían que ver menos con lo que realmente sucedió y más con el impacto de lo sucedido sobre las vidas presentes y futuras de las víctimas.

La reconciliación tiene que ver con la búsqueda de la justicia.

No puede haber reconciliación duradera sin justicia. Esto incluye, en muchos casos, la exigencia comprensible de retribución y restitución. Sin embargo, es imposible implementar y sostener una noción integral de justicia si no se enfrentan los patrones arraigados de conflicto. La reconciliación política implica hallar formas de manejar esta tensión como base para garantizar que la paz y la justicia se materialicen de manera sostenible.

La reconciliación incluye reparaciones.

El debate sobre la naturaleza y el alcance de las reparaciones para las víctimas de graves violaciones de los derechos humanos es permanente. Excluir la justicia socioeconómica del proceso de reconciliación significa poner en peligro las posibilidades de consolidación democrática. En el mejor de los casos, la meta de la reconciliación es la de lograr la integración de las dimensiones objetivas y subjetivas, trascender las divisiones materiales y emocionales del pasado. Se trata de crear un nuevo tipo de sociedad.

Se trata de la supervivencia.

La reconciliación seguirá siendo un concepto difícil, un reto que pone a prueba nuestra capacidad de comprensión y que exige nuevas formas de sentir y de interactuar. Sin embargo, esto no significa que la necesidad de reconciliación desaparezca en el futuro próximo. La reconciliación es un proceso largo que toma tiempo e implica enfrentar el pasado. Es un trabajo que implica hacer el duelo, escuchar, comprender, sanar las heridas, reconocer los hechos y brindar reparaciones. Es un comienzo y una base para crear nuevas formas de vida.

La reconciliación comienza cuando las personas que están en desacuerdo aprenden a manejar los conflictos de manera humana. Esta es precisamente la esperanza que encierra la reconciliación: la idea de que ser verdaderamente humano implica un proceso de involucramiento entre extraños y adversarios, una interacción que puede servir como espacio dentro del cual lidiar de manera creativa con los problemas (materiales y emocionales) que pueden hacernos menos humanos. Es un espacio dentro del cual se pueden manejar las exigencias de justicia de manera integral e incluyente.

En contraste con el potencial para la destrucción personal y mutua, la reconciliación exige que las personas piensen y actúen más allá de 'yo y mi futuro' y se preocupen por el 'nosotros y nuestro futuro'. Así, la reconciliación es una forma de realismo político más que de perdón interpersonal. Tiene que ver con la supervivencia y el crecer juntos. La alternativa es una mayor polarización y la intensificación del sufrimiento humano.

Un camino para construir equidad - Proceso desarrollado durante el 2014 en el proyecto Movilización social por la equidad²³

Al reconocer que la equidad es un asunto complejo, incluso en su misma comprensión, no es posible considerar que exista un único, ni un mejor camino para lograrla. Por el contrario, el llamado a lograr una región equitativa supone el despliegue de iniciativas diversas desde los distintos ámbitos y sectores de la sociedad; en este sentido, es preciso construir opciones o líneas de acción que permitan enfocar las acciones y recursos hacia lo que se considera más estratégico.

Desde esta premisa, el proyecto de Movilización Social por la Equidad, emprendió un ejercicio de análisis de la situación en torno al fenómeno de la inequidad para lo cual se recurrió a la técnica del Árbol de problemas, lo que permitió mapear y relacionar los distintos factores que comprenden este problema, tanto en lo que se refiere a sus causas como a sus efectos, develando un sistema en el que cada componente no se explica sino es por la imbricación con los demás (ver anexo: análisis de situación).

Se observa cómo la inequidad tiene raíces en el actual modelo económico y su decidida voluntad de acumular la riqueza en pocas manos; en los fenómenos de ilegalidad, corrupción y clientelismo; en

23. Por: Corporación Con la Gente Participación y Desarrollo.

las distintas formas de violencia y particularmente los devastadores efectos del conflicto armado; en una precaria política social y una baja calidad educativa; y en general, en la limitación a un sector muy significativo de nuestra sociedad, para el acceso a oportunidades económicas, sociales y políticas que permitan una vida digna y al despliegue de sus capacidades humanas.

Al mismo tiempo se puede notar como el empobrecimiento y la marginación son fundamentalmente consecuencias de la inequidad, lo que significa que si hay pobreza, no es por falta de bienes, servicios u oportunidades, sino por el acaparamiento y la acumulación de unos pocos y la consecuente exclusión o el marginamiento de los demás; por lo tanto no se resolverá de manera estructural la pobreza mientras haya inequidad.

Lo anterior evidencia claramente una raíz ética de la cual se desprenden las distintas formas de exclusión, rechazo, marginación y subvaloración del otro que explican la inequidad. Es así como una de las causas más profundas que sustentan y perpetúan la inequidad, se encuentra en la conciencia moral de cada sujeto y allí, en el desconocimiento de la propia dignidad y de la dignidad del otro; de la igual dignidad que compartimos por el sólo hecho de ser humanos.

La inequidad, por lo tanto, no es sólo un palo en la rueda del desarrollo humano, social y económico, sino la expresión de una profunda crisis moral. Allí radica la gravedad, complejidad y urgencia del problema; tal como lo afirma Zygmunt Bauman, "El compuesto explosivo que forman la desigualdad social en aumento y el creciente sufrimiento humano relegado al estatus de 'colateralidad' (puesto que la marginalidad, la externalidad y la cualidad descartable no se han introducido como parte legítima de la agenda política), tiene todas las calificaciones para ser el más desastroso entre los incontables problemas potenciales que la humanidad puede verse obligada a enfrentar, contener y resolver durante el siglo en curso". (Bauman, 2011).

Ahora bien, no cabe duda que en un aspecto tan complejo como la inequidad, la responsabilidad del Estado y de los sectores con mayor poder económico, principalmente, resulta determinante. Sin embargo, lo más preocupante es su banalización o naturalización pues este factor, eminentemente cultural, termina siendo el mejor caldo de cultivo para que la inequidad se perpetúe y acentúe. Mientras se continúen buscando excusas o se le siga 'echando la culpa' a los demás, mientras la inequidad no sea un problema conocido, sentido y apropiado por la sociedad, las alternativas corren el riesgo de ser superficiales y no tocar las verdaderas raíces.

Desde esta lógica se comprende cómo, incluso los problemas más estructurales, pueden ser entendidos como síntomas de una configuración precaria del sujeto moral, social y político que tropieza con la miopía del individualismo, la violencia, la apatía y la mezquindad. En este sentido, lo que evidencian las escandalosas cifras de inequidad en Colombia, no es otra cosa que una manifestación cultural, un ethos, en el sentido en que lo define la Real Academia Española, como conjunto de rasgos y modos de comportamiento que van conformando el carácter o la identidad de una comunidad.

Esta visión que busca escrutar los cimientos donde se instala el actual sistema excluyente, propugna por la dignidad como fundamento último de la equidad y apela a la conciencia de cada ser humano como lugar desde el cual surgen las decisiones que van configurando modos de ser personales y colectivos. Se trata de un proceso que se sustenta en la convicción de que es posible construir otro orden social, a través de un proceso de transformación cultural, una movilización de las conciencias

que interpele la humanidad de cada colombiano en relación a su compromiso más íntimo y real con la construcción de la equidad como justicia social, como expresión de una profunda y sincera reconciliación.

La opción por contribuir en la construcción de la equidad desde la perspectiva cultural, se ha planteado desde una estrategia básica: la movilización social, entendida como “la convocación de voluntades para actuar en la búsqueda de un propósito común bajo una interpretación y un sentido compartidos”. El desafío consiste en volver colectiva la propuesta de transformación de la cultura actual que legitima sin reparo la inequidad y cautivar la decisión de todas las personas para que conviertan la equidad en acciones cotidianas que, sumadas en el tiempo y en los distintos contextos, vayan configurando una nueva cultura. No es una tarea fácil y sin duda, el horizonte de la equidad cumple con todos los requisitos para ser una utopía. Pero es justamente ello lo que motiva al conjunto de obras de inspiración ignaciana a articularse y asumir un compromiso de largo aliento, convocando también a los demás sectores de la sociedad antioqueña.

Este proceso implica profundizar lo que significa la inequidad en nuestro contexto específico develando aquellos posibles factores que en el caso de la cultura antioqueña, la sustentan o pueden ayudar a superarla. Desde esta lógica, uno de los productos elaborados durante el 2014 fue el diagnóstico: Rasgos de la cultura representativa antioqueña, en clave de equidad; desde el cual se exploraron pistas comprensivas respecto a las particularidades culturales que influyen en el contexto de inequidad en Antioquia.

El estudio, hace una lectura de “las expresiones que han graficado el ser de los antioqueños en sus claroscuros, dando cuenta de algunas de las fuerzas que tejen la compleja trama intersubjetiva: su identidad, sus modos de relacionarse, sus capacidades y sus fines, retomados de narraciones que van y vienen del pasado al presente y que nos permitirán decir de las expresiones de equidad e inequidad en esta cultura” (Centro de Fe y Culturas, 2014) ; para luego proponer siete perspectivas de cambio cultural, asociadas a oportunidades y desafíos que contribuyen a la construcción de la equidad (Artículo que se puede encontrar en un documento a continuación).

De otro lado, y muy especialmente desde el acompañamiento técnico de la Compañía de Jesús – Provincia Colombiana, quien se sumó al fortalecimiento de este proceso desde el proyecto Acción e Intercambio para la Construcción de un Futuro Regional Equitativo y Sostenible (FRES)²⁴, se redefinieron los destinatarios directos del proyecto con el objetivo de lograr una movilización social que alcanzara mayor incidencia y resultara más sostenible. Se propuso por lo tanto orientar las estrategias hacia organizaciones y redes o asociaciones de organizaciones, dado su poder de influencia y la posibilidad de llevar el desafío de la equidad a sus propios fundamentos y horizontes misionales y estratégicos.

Desde esta perspectiva, y luego de un ejercicio de priorización con las instancias que acompañan el proyecto, se definió iniciar en la Red de Colegios Amigos que hace parte del proceso de regionalización y a la cual pertenecen 13 instituciones educativas públicas y privadas. Con ella, se

24. El objetivo de este proyecto es el Establecimiento de una red de acción e intercambio de base regional y cobertura nacional que vincula a los actores involucrados en el Proceso de Regionalización de la Compañía de Jesús para emprender acciones conjuntas en 2013 con miras al alcance de una visión compartida de futuro regional equitativo y sostenible.

realizó una caracterización de 25 experiencias significativas impulsadas por dichos colegios en torno a la equidad. El propósito fue brindarle a la Red elementos que le permitieran apreciar lo que hacen, evidenciar aprendizajes, intercambiar experiencias y plantear alternativas de acción conjunta y particular, en función de fortalecer e impulsar iniciativas en favor de la equidad.

Finalmente, y en la misma línea de empoderar a sujetos organizados frente al compromiso con la equidad, se inició un proceso de acompañamiento en la Institución Educativa Presbítero Antonio José Bernal con el doble propósito de analizar participativamente, concepciones y prácticas que favorecen o limitan la equidad e impulsar el fortalecimiento y la generación de nuevas iniciativas que promuevan la equidad, desde las propias capacidades y recursos. Un proceso de similares características se dejó planteado para retomarse en el 2015 con la Asociación de familias del Colegio San Ignacio, Asofamilia Ignaciana.

El proyecto de Movilización social por la Equidad durante el 2014, avanzó en su consolidación como proceso participativo orientado a impulsar y acompañar propuestas alternativas de sujetos organizados, que construyan la equidad desde sus dinámicas cotidianas de tal forma que vayan sumando en la construcción de una cultura que valora y potencia la dignidad humana.

Como puede observarse, las acciones hasta ahora desplegadas dejan señalados desafíos concretos, especialmente referidos al ámbito de lo educativo y lo comunicativo, aspectos claves en un propósito de transformación cultural. Estos retos convocan a organizaciones de todo tipo: educativas, sociales, estatales o empresariales a reflexionar sus propias mentalidades y prácticas, a identificar y fortalecer aquellas que contribuyen a la equidad, y a impulsar iniciativas que permitan superar aquellas que puedan representar limitaciones. Se trata de una opción estratégica y coherente, como lo plantean las recomendaciones del estudio Rasgos de la cultura representativa antioqueña en clave de equidad:

Proponer la equidad como camino hacia los más altos horizontes de la sociedad antioqueña, además de ser un planteamiento ético, es también una apuesta estratégica y un llamado a la coherencia: no puede haber desarrollo sin equidad. No es moralmente aceptable, no es mínimamente consecuente y resulta poco inteligente, un modelo de sociedad que excluye a buena parte de sus ciudadanos de las oportunidades de participación en la vida social, política y económica. La equidad es la condición de la democracia, es la premisa de la paz, el fundamento de la libertad.

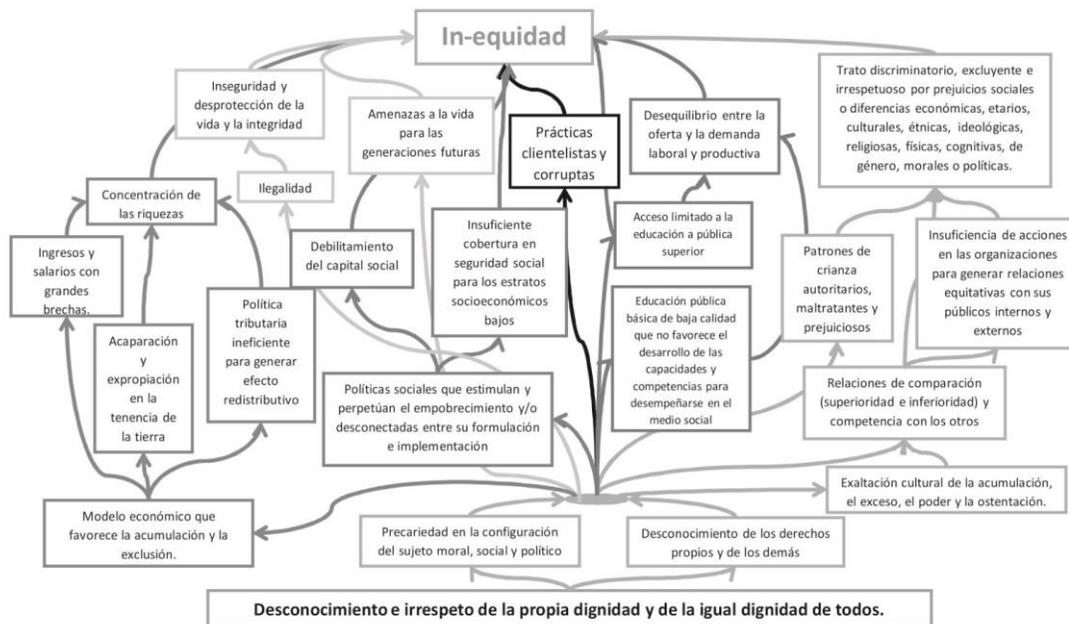
Trabajos citados

Bauman, Z. (2011). Daños Colaterales. Desigualdades sociales en la era global. Fondo de Cultura Económica.

Centro de Fe y Culturas. (2014). Rasgos de la cultura representativa antioqueña en clave de equidad. Medellín.

Toro A., J. B., & Rodriguez G., M. C. (2001). La comunicación y la movilización social en la construcción de bienes públicos. Washington, D.C.: INDES.

Análisis de problemas - Causas



Análisis de problemas - consecuencias



Rasgos de la cultura representativa antioqueña en clave de equidad²⁵

Realidades de partida en la indagación por la equidad en Antioquia

La equidad como valor que orienta la construcción de justicia, como aspiración a una humanidad que reconoce la igual dignidad de todos y de todas, que parte del reconocimiento de sí y de otros y otras como expresiones de la unidad que nos hace humanidad; la misma que interroga desde el sujeto moral, ético y político las condiciones en que coexistimos con otros y con otras, nace de esa voz interna y ancestral que nos liga con la vida y que cuestiona el actual estado de cosas, que pone de presente “el rostro del otro” –al decir de E. Levinas- para decirnos que algo en este mundo no va bien si nuestros congéneres no gozan de bienestar y salud, de posibilidades para realizar su sentido de vida.

La equidad como valor que acompaña la construcción de justicia, nos exhorta a volver la mirada sobre los pactos colectivos y a revisar los marcos y aspiraciones sobre las cuales se ha constituido la sociedad antioqueña. Ello sin duda, obliga a pasar por los acuerdos y las agendas políticas y macroeconómicas, pero también a examinar los contenidos y prácticas que en el relacionamiento cotidiano se construyen con el otro y con la otra, como sujetos, como miembros de una familia, un vecindario, una institución educativa, un entorno laboral o un municipio.

En todos estos escenarios y contextos hay estructuras, hechos, signos y símbolos relevantes que abrigan respuestas a las condiciones de inequidad imperantes, particularmente en la diversidad del territorio antioqueño, que en el panorama nacional se destaca por el alto contraste entre la adversidad que amenaza la dignidad de extensos sectores sociales y el crecimiento económico.

Un punto de observación respecto a las condiciones de equidad en la capital de Antioquia es el coeficiente de GINI, que mide la desigualdad en términos de los ingresos. Entre 2002 y 2010 este indicador presentó una leve reducción 0.547 a 0.538, que en contraste con el promedio en las 13 principales ciudades del país (0.528), ocupa el primer lugar (Plan de Desarrollo 2011-2015, 66). Ello equivale a decir que es la ciudad con la brecha más amplia entre quienes tienen altos ingresos y quienes tienen muy bajos ingresos. Para los años siguientes este indicador continuó disminuyendo, sin demostrar una variación significativa entre 2012 y 2013 (0.506), aunque sí una tendencia a la reducción en el tiempo, en gran medida por el crecimiento del empleo, especialmente de carácter independiente (Medellín Cómo Vamos 2013, 8).

En el nivel departamental, el Plan de Desarrollo de Antioquia 2012-2015 “Antioquia La Más Educada” brinda una panorámica en cuanto a la equidad, que ratifica las condiciones de desigualdad en el acceso a oportunidades para vivir una vida digna, tanto por condiciones económicas, como sociales y culturales, que en suma determinan condiciones de pobreza.

La gran debilidad de Antioquia es su alta desigualdad interna que se evidencia en que tenemos algunos de los municipios más ricos del país en contraste con algunos de los más pobres. Para el

25. Documento elaborado por la Corporación Con la Gente Participación y Desarrollo para el Centro de Fe y Culturas dentro del proyecto de movilización social por la equidad. Fue presentado en Octubre 31 de 2014.

Departamento, los ingresos y riquezas se hallan cada vez más concentrados en pequeños sectores de la población, con las implicaciones que ello trae para el acceso a oportunidades, equipamiento social y desarrollo humano integral” (Línea 4, página 1).

La violencia por efectos de diferentes actores armados en el país, es pues otro de los componentes que complejizan las condiciones de inequidad en Antioquia, pues se trata de uno de los departamentos donde el accionar de grupos armados ha causado el mayor número de víctimas en el país.

De acuerdo con el RUV (Registro Único de Víctimas), los Departamentos en donde se ha presentado el mayor número de personas afectadas por el desplazamiento son: Antioquia (924.140 personas), Bolívar (411.610), Magdalena (328.660), Chocó (273.420) y Nariño (239.107); en estos cinco Departamentos se concentra el 45% del total de las víctimas de desplazamiento.

El caso de Antioquia es emblemático en cuanto al conflicto armado en el país, ya que duplica el número de población desplazada al Departamento que le sigue, que es Bolívar. Esta diferencia tan significativa está relacionada con las múltiples dinámicas violentas que se han dado desde la década de los noventa hasta ahora en regiones como las de Urabá, Oriente Antioqueño, Nudo de Paramillo, Bajo Cauca Antioqueño y recientemente en el Nordeste y en Medellín, en donde la confluencia de grupos armados ilegales en disputa por el control de distintos tipos de recursos, genera afectaciones directas sobre la vida, la libertad, la integridad y la seguridad de la población (Unidad para la Atención y reparación Integral a la Víctimas, 2013:13).

Si bien la dinámica del conflicto armado de orden socio-político y de grupos ilegales crea un grave catalizador respecto al aumento de la inequidad en sectores rurales y urbanos, también es importante reseñar el impacto que el sistema económico capitalista y en especial, las particularidades del colombiano, aporta a la construcción de una sociedad altamente signada por la concentración de las riquezas y la proliferación de las desigualdades claramente expresas en indicadores socio-económicos como los ya enunciados.

De igual modo, en el relacionamiento cotidiano se hallan causas como el desconocimiento del bien público, representado especialmente por la despreocupación por el bienestar común, el afán por la superioridad, la dificultad para compartir lo recibido desde las oportunidades de vida, en contraposición a acumular desmedidamente privilegios y recursos; aspectos que en suma dejan entre ver la dificultad existente para asumir a otros y otras en su igual dignidad (Centro de Fe y Culturas, s.f.).

Ante este panorama, la preocupación por la equidad en la sociedad antioqueña, viene siendo objeto de variadas iniciativas sociales y políticas en aras de precisar la magnitud de esta problemática y en especial en lo relativo a la construcción de agendas y planes de desarrollo impulsados por entes públicos, empresariales, sociales y mediante alianzas público-privadas. Entre este tipo de esfuerzos se pueden destacar los siguientes, como escenarios que posibilitaron una reflexión y unos acuerdos donde la superación de condiciones de desigualdad e inequidad son ejes centrales, a la par con objetivos de competitividad y progreso económico:

- Visión 2019, II Centenario Independencia y Visión 2020 de ANTIOQUIA SIGLO XXI que llevan a la construcción del Plan estratégico de Antioquia PLANEA, el cual pone de manifiesto la inequidad territorial y plantea entre sus estrategias promover el desarrollo humano integral, equitativo y sostenible. Este plan se constituye en el marco que en el largo plazo dará sustento a los ejercicios siguientes de planeación gubernamental.
- Plan de Desarrollo “Una Antioquia Nueva” 2001-2004. En términos de los planes de desarrollo gubernamentales, este tiene gran significación en tanto pone la equidad como condición estructurante en el desarrollo planteado para el Departamento, lo que se articuló con una apuesta por la paz en la Asamblea Constituyente de Antioquia y el Plan Congruente de paz. Este gobierno creó y movilizó una agenda pública por la equidad, estrechamente asociada a la idea de paz, que si bien no logró trascender lo suficiente en el tiempo, si crea un precedente respecto a la equidad, del que hoy día se mantienen procesos e ideas retomadas por gobiernos subsiguientes.
- “Antioquia Nueva, un hogar para la vida” 2004-2007. El Desarrollo con equidad continuó siendo el eje estructurante del plan, ahora en manos de Aníbal Gaviria como sucesor del anterior gobernante departamental.
- Alianza Antioquia por la Equidad. Es una iniciativa de carácter público-privado creada en el año 2006, cuyo acuerdo base fue aprobado por el Consejo Departamental para la Política Social y la Equidad en Antioquia en el año 2007. Esta agenda estuvo orientada desde el enfoque de oportunidades de la ONU y sus metas fueron dadas por una contextualización de los Objetivos del Milenio para el Departamento de Antioquia. El proceso está vigente actualmente y es dinamizado por Pro-Antioquia desde el Centro de Pensamiento Social.
- Antioquia para todos, manos a la obra 2008-2011. Si bien este plan no tiene un discurso puesto en términos de la equidad propiamente, si contempló las realidades de pobreza y desigualdad imperantes en el Departamento como una de sus prioridades.
- Antioquia la más Educada 2012-2015. La apuesta por la equidad es nuevamente revitalizada por este gobierno, donde se evidencia un esfuerzo por crear condiciones sociales que empiecen a cerrar brechas y deudas con diferentes territorios y poblaciones altamente afectadas por la desigualdad de oportunidades que caracteriza al territorio antioqueño. La equidad vuelve a aparecer como un objetivo y un principio vital en las agendas públicas, aspecto que es claramente observable en los gobiernos municipales, donde muchos de los planes de desarrollo actuales tienen como lema la equidad.
- En la capital antioqueña, la equidad es un principio rector de los últimos tres gobiernos, en los que se ha observado un énfasis social, con especial atención a la educación como estrategia generadora de mejores oportunidades de vida. Estos planes son: Medellín La Más Educada 2004-2007, Medellín Obra con Amor 2008-2011 y Medellín Un Hogar para la Vida 2012-2015. En este último gobierno se destaca la iniciativa “Medellín se toma la palabra”, en la cual se proponen diálogos ciudadanos respecto a temas claves de la agenda pública, dentro de los que la equidad ha sido uno de sus ejes de reflexión. Cabe anotar que esta iniciativa fue retomada de los gobiernos departamentales 2004-2007 y 2008-2011.
- En los gobiernos reseñados, es también muy significativa la labor realizada por la Personería de Medellín, que año a año le sigue el pulso a indicadores de desarrollo relacionados con la equidad y que están claramente soportados en la línea de Derechos Económicos, Sociales, Culturales y

Ambientales (DESCA). Son también significativas sus denuncias sobre las difíciles condiciones que en estas materias vive la ciudad.

- También, desde el sector social y comunitario (ONG de derechos humanos y desarrollo, grupos artísticos, organizaciones de base popular, sindicatos, entre otras), se han impulsado diversas iniciativas tipo redes, alianzas y movilizaciones en aras de denunciar las condiciones de desigualdad, inequidad y exclusión asociadas al desarrollo de la ciudad, así como para proponer agendas y planes de desarrollo local desde una perspectiva ciudadana, que en conjunto proyectan construir alternativas de equidad.

En términos generales estas iniciativas concuerdan en estrategias de tipo económico, político, de participación ciudadana y de asistencia social para poblaciones con extrema vulnerabilidad. Asimismo, hay un reconocimiento respecto a la necesidad de emprender cambios de orden cultural para lograr la construcción de un modelo de sociedad equitativo, como lo menciona, por ejemplo, el Plan de Desarrollo Departamental 2012-2015, Antioquia La Más Educada: “La construcción de una sociedad pluralista, próspera y pacífica depende tanto de la cultura y los valores de su ciudadanía como de la construcción de instituciones sociales, privadas y públicas, fuertes y dinámicas, así como de reglas universales, razonables y eficaces”.

Ahora bien, aunque se vislumbran algunos planteamientos respecto a los elementos de orden cultural que dificultan tal camino, con especial énfasis en lo que concierne a la ilegalidad, sigue siendo un asunto pendiente la identificación de otras limitaciones de orden cultural, pero también y quizá más importante aún, aquellas oportunidades que en los imaginarios colectivos de la tradición antioqueña, puedan sustentar un proyecto sostenible de desarrollo equitativo para el departamento.

La búsqueda de oportunidades en la cultura antioqueña para superar la inequidad

Partiendo de este sucinto panorama, y en el marco del proyecto Movilización Social por la Equidad que contó con el apoyo y acompañamiento del proyecto FRES²⁶, el presente diagnóstico, se enfocó en explorar aspectos de orden cultural que logren brindar pistas comprensivas respecto a las particularidades que influyen en el contexto de inequidad en Antioquia.

Para este propósito, se asumió la cultura en sentido amplio, como un tejido de signos, símbolos y significados transmitidos históricamente, a través de los cuales los seres humanos se comunican, y que operan como un sistema normativo que permite a los integrantes de un grupo cultural, conservar y desarrollar su visión del mundo (Geertz 1987). De ahí el enorme poder de influencia de la cultura en las respuestas y valoraciones que los sujetos dan en sus diversas interacciones sociales y en la definición personal y colectiva de criterios morales, éticos, estéticos, económicos, sociales y políticos, que luego se traducen en prácticas y modelos que constituyen la realidad.

No obstante, el interés del diagnóstico, más que realizar un estudio de orden cultural, se concentró en acercarse a concepciones y prácticas relacionadas con la equidad o la inequidad a partir de la interrogación de algunos rasgos significativos de la cultura antioqueña, acudiendo a fuentes

documentales seleccionadas previamente, que dan cuenta del pasado y del presente, a partir de las cuales se hace manifiesta la persistencia de fuertes dinámicas de exclusión y desigualdad que coexisten simbióticamente con expresiones proclives a los valores asociables a la equidad, lo que si bien no es exclusivo de esta cultura²⁷, toma una expresión paradójica que evidencia la tensión que subyace a lo que hemos dado en llamar cultura antioqueña.

Uno de los obstáculos con los que se encontró este ejercicio investigativo, fueron los dilemas que plantea hacer una delimitación precisa para leer lo antioqueño. Aunque se reconoce territorialmente su delimitación como construcción político administrativa, las diferencias culturales subregionales hacen del departamento una realidad multicultural y heterogénea, no asimilable a una unidad compacta, como suele resonar en los imaginarios que de lo antioqueño se tiene en otras regiones del país. Como lo expresan diversos estudiosos del tema: “Antioquia es un objeto de estudio heterogéneo, móvil y complejo” (Vélez 2013:23).

No es posible hablar de una cultura antioqueña desde lo territorial, donde se tejen diferentes visiones del mundo y formas de interacción; no es lo mismo la cultura que se forma en las montañas, en la ciudad-región de Medellín y el área metropolitana, que en las costas del Urabá antioqueño o en los poblados rivereños del Cauca o el Magdalena. Al igual que referirse hoy día a la cultura antioqueña, conlleva a sopesar las fuerzas propias de la globalización económica y cultural, lo que termina haciendo el panorama más complejo.

En aras de avanzar en la interpretación propuesta, se optó por un aspecto más de orden pragmático, según el cual se asume lo antioqueño en tanto matriz cultural hegemónica, la que se originó especialmente desde las montañas del centro del departamento y se irradió a otras subregiones y al eje cafetero, promoviendo una cierta idiosincrasia, en gran medida asociada a lo que ampliamente, en el sentido común, se conoce como lo “paisa”. En consecuencia, si en propiedad el alcance de este diagnóstico fuera hacer un estudio de lo antioqueño, sería necesario emprender varias investigaciones que puedan dar cuenta de las diferencias culturales existentes en el territorio antioqueño, donde cada una seguramente aportaría perspectivas disímiles.

Así pues, al referirnos a la cultura antioqueña, los capítulos siguientes concentran la atención en las expresiones que han graficado el ser de los antioqueños en sus claroscuros, dando cuenta de algunas de las fuerzas que tejen la compleja trama intersubjetiva: su identidad, sus modos de relacionarse, sus capacidades y sus fines, retomados de narraciones que van y vienen del pasado al presente y que nos permitirán decir de las expresiones de equidad e inequidad en esta cultura.

27. No hay una sociedad puramente inequitativa, los signos de justicia y los hechos que reivindicán la equidad en los escenarios públicos y privados son la otra cara de lo que ocurre en la cultura. Son expresiones de la cultura misma como forma de preservación del lazo social.

El orgullo paisa. Apuntes sobre la construcción de una identidad

La autoproclamación que suelen hacer los antioqueños de sus rasgos particulares ha dado lugar a que sean reconocidos como “orgullosos” de sí mismos y de su tierra. Este es un rasgo identitario que ha sido base de la cohesión social y del alcance de muchos de los propósitos de desarrollo de la región o de superación de situaciones de adversidad, pues permite crear redes de apoyo y solidaridad, incluyendo a paisanos en otras latitudes.

La búsqueda del origen de esta tendencia ha dado lugar a diversas interpretaciones. Vélez (2013) nos habla de los “pueblos pueblerinos”, para referir cómo el aislamiento geográfico propició la incomunicación con otras regiones y realidades culturales o socio-políticas del país, dando lugar a un antioqueño ensimismado y retraído, con una fuerte identidad local, que incluso fue traída a la construcción de la Medellín urbana de los años 50. En consecuencia, esta autoreferenciación es resultado de una dinámica de interacción tejida en el monólogo y en la autoafirmación de lo propio como lo único, que destila un cierto aire de superioridad, que constituye el sustrato del regionalismo antioqueño tan “destacado” en la escena nacional.

Otra de estas interpretaciones se basa en la indagación por una cierta ascendencia judía y vasca en la composición cultural y genética de los antioqueños, que ha llevado a algunos a considerar que las gentes paisas tienen méritos para autoproclamarse ‘una raza’, según la cual además heredan no sólo rasgos físicos, sino también el carácter de andariegos y emprendedores. Y aunque la idea de una supuesta raza no encuentra asidero desde ninguna consideración biológica ni antropológica pues se ha comprobado que los procesos de mestizaje desde muy antiguo, no sólo en este continente sino en el mundo, han sido tales que sólo es posible hablar de la raza humana, este imaginario ha servido para dotar a algunos de un carácter dominante para los negocios, la colonización en otras regiones del país y del mundo, y las formas de relacionamiento sociales y políticas²⁸.

Así mismo, el afán de diferenciación en el proceso de mestizaje, puede reflejar también una tendencia al ‘blanqueamiento’, que niega el ascendente indígena y afrocolombiano que es constitutivo de Antioquia en tanto territorio de territorios y poblado desde cosmovisiones diversas. En el lenguaje cotidiano son usuales marcas despectivas que dejan entrever esta segregación étnica “Negro tenía que ser”, “indio comido, indio ido”, “mucho indio patirajado”.

En las prácticas cotidianas más remotas, el ensayo “la fotografía en Antioquia: Carne y hueso para un mito”, pone de manifiesto a través de las fotografías antiguas y los relatos de sus autores, cómo se practicaba lo “blanco” a través del acceso a una estética estereotipada encargada de borrar los rasgos mestizos a fuerza de maquillaje y de demostrar el ascenso económico, como criterios de acceso a lo blanco, ideal de status social y de progreso.

Otro elemento sensible que se sale del libreto oficial es sin duda el tema de la raza. Aunque las galerías oficiales de estos retratistas y otros fabricantes de las tarjetas de visita llegan incluso a blanquear a sus clientes en la manipulación de los negativos, la naturaleza realista

28. La idea de ‘razas’ ha sido un argumento develado en la colonialidad del poder; un esquema ideológico tendiente a establecer y naturalizar jerarquías: colonizador – colonizado. Las características físicas y los modos particulares de ser de los grupos humanos, se refieren a fenotipos, a construcciones culturales y a particularidades étnicas.

de la fotografía termina por abrir el pantone²⁹ de las pieles y el caleidoscopio de los rasgos en estas imágenes donde la blancura del paisa no deja de ser en más de una ocasión una aspiración y un acto de lenguaje. Quien allí se sentaba, se acicalaba y pagaba era blanco. Y punto. (Giraldo S., 2013, pág. 149).

El orgullo paisa entrapa las relaciones sociales en su autoconfinamiento, con la consecuente realidad de desconocimiento, rechazo y discriminación de lo diferente, de 'los otros' como aquellos que no logran acceder al 'ideal social', sean indígenas, afrodescendientes o empobrecidos; condición que amenaza seriamente las posibilidades para la equidad, en tanto alternativas de participar y disfrutar de la vida social, política, económica y cultural.

Los otros, en la iconografía del pasado siguen teniendo un lugar similar al que ocupan hoy día en el lenguaje cotidiano, relegados a su propia suerte y considerados como 'dejados' o personas sin la voluntad para progresar. Esto no solo los ha conducido a ser aislados de múltiples modos, sino también a situarles como un obstáculo en el camino hacia el ideal de progreso: llámense campesinos pobres, indígenas o afrodescendientes, en nombre del progreso han sido despojados de sus tierras desde siglos atrás, y en el presente a través de megaproyectos mineros, hidroeléctricos o agroindustriales.

La disolución de los resguardos comenzó en Antioquia formalmente en 1832, pero en medio de dificultades, atropellos, despojos y conflictos que dejaron insatisfechos a los indígenas y a los colonos blancos y mestizos que pretendían sus tierras. Los indígenas, además de ser considerados obstáculos para el “progreso” por la manera de usufructuar la tierra, fueron objeto de intentos de evangelización para sustraerlos de la que se consideraba una “vida salvaje”, “errante” y poco civilizada. Pese a estos intentos y arremetidas contra su territorio y su cultura, los indígenas conservaron, aunque diezmadas, sus propiedades comunitarias y lograron crecer en términos demográficos. (Vélez, 2013, pág. 31).

Estas pautas de relacionamiento, pueden considerarse matriz de múltiples desigualdades que abriga y sostiene el territorio antioqueño, pues muchos de los territorios de donde se extraen grandes riquezas, hacen parte de los territorios o subregiones más marginados y aporreados por la violencia. Estas condiciones se evidencian por ejemplo en el índice de Necesidades Básicas Insatisfechas³⁰, que para el caso de Antioquia arroja un panorama de profundas desigualdades entre subregiones:

Las más pobres son Bajo Cauca y Urabá, siendo esta última la más afectada. Valle de Aburrá, Oriente y Suroeste son los territorios que presentan menos pobreza. El Valle de Aburrá tiene mejores condiciones de vida porque este indicador mide el equipamiento, las coberturas de servicios y acceso a la educación, sin dejar de mencionar que es una metrópoli generadora de empleo. (Gobernación de Antioquia, 2012, págs. Línea 2, pág. 2).

29. “Pantone” es un sistema de identificación, comparación y comunicación del color para las artes gráficas. El nombre debe su origen a la empresa que lo creó.

30. NBI: clasifica a una persona u hogar en situación de pobreza cuando carece de acceso a la vivienda, a servicios sanitarios, a educación o capacidad económica, o si presenta hacinamiento crítico.

Estos datos expresan la brecha social existente entre subregiones y la especial concentración de las oportunidades en los centros urbanos como Medellín y el Área Metropolitana, pero que a su vez deja en claro cómo la desigualdad afecta en gran magnitud a los territorios rurales, donde los niveles de NBI llegan a ser hasta 5 veces más altos que en las zonas urbanas (Línea 4, página 3-5).

De otro lado, estudios recientes respecto a la identidad antioqueña, revelan una tendencia a la autoreferenciación y el ensimismamiento que viene abriendo paso a una identidad más abierta y proclive a asumir la diferencia, lo cual es alentador en la perspectiva de los cambios que se requieren para corregir las desigualdades labradas. El estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, señala por un lado, que en Antioquia “no existe incompatibilidad entre el sentimiento regional y el nacional (...) tienen un alto sentido de pertenencia con su departamento (95% dice sentirse orgulloso de ser antioqueño), pero en igual medida se sienten colombianos” . Y la misma investigación indica que “8 de cada 10 de sus habitantes se consideran mestizos, 1 de cada 8 se percibe como blancos, 1 de cada 30 se afirma como negro y 1 de cada 200 como indígena”. (pág. 38).

Se trata de una tendencia favorable respecto a lo que nombran los antioqueños en su modo de identificarse y que puede estar influenciada por los efectos de la modernización y la globalización. Los hechos sin embargo, dejan claro el desafío que aún se tiene en este aspecto, no solo en relación con las identidades afro, indígenas y campesinas que siguen siendo quienes tienen menores oportunidades de subsistencia, sino también con otros grupos que son objeto de maltratos, tal como sucede con las mujeres, la niñez y las personas que optan por identidades de género o de orientación sexual contrarias al mandato patriarcal antioqueño.

Una cultura en la que los sujetos basen sus actuaciones desde un yo enaltecido, que responde y se relaciona con el ego, puede resultar en una ecuación, que desde el punto de vista moral, ético y político, genere precarias condiciones de interacción con el otro, con lo otro, con lo diferente; bien sea porque le considera inferior, exótico e incluso amenazante.

En consecuencia, moderar esa significación tan claramente arraigada y reforzada históricamente, puede abrir caminos de alteridad y solidaridad como valores proclives a la equidad, que despierten a su vez sentimientos morales de indignación y responsabilidad con el otro, sacudiendo al sujeto crítico, sacándolo del letargo de la indiferencia.

La familia y la religiosidad. Acercamientos a la construcción de la moral

Clara es la imagen de familias con una extensa descendencia que en la cultura antioqueña representan la piedra angular de la estructura social y que fue inmortalizada por la novela “La Casa de las dos Palmas” de Manuel Mejía Vallejo. La familia en el pasado antioqueño fue la unidad que permitió el soporte para realizar empresas como la colonización del eje cafetero, así como para mantener la unidad territorial luego de las gestas libertarias. La familia tradicional antioqueña es pues ese ícono que simboliza uno de los motivos por los que los antioqueños entregan sus esfuerzos de progreso, pero es también la familia la base sobre la cual se construye la prosperidad económica, en donde cada miembro tiene roles bien diferenciados en una suerte de empresa familiar.

En el antioqueño “la familia es un santuario” y si bien la protección y la sobrevivencia fue asegurada a través de las extensas redes que propagó esta institución social, la organización familiar antioqueña también está signada por el marcado machismo en el que se estructura su visión moral, que se corresponde con el sistema patriarcal, donde la figura de las mujeres suele confundirse no pocas veces con la figura de “matronas” e incluso con la existencia de un cierto matriarcado antioqueño. Y decimos confundir, pues las mujeres en ese rol de mando tan pronunciado en la vida familiar no hacen más que cumplir con proteger el mandato cultural, de ser guardianas del patriarcado (Nuñez, 2012).

El confinamiento de las mujeres al ámbito doméstico y su condición como 'objeto' de servicios para los hombres o sobre quienes los hombres tomaban las decisiones relativas a su existencia, tales como el uso de sus propiedades, el matrimonio por conveniencia familiar y el control de sus cuerpos y su sexualidad con el fin de la reproducción biológica, fue y es fuente de múltiples violencias e inequidades hacía las mujeres en diferentes ámbitos de la vida.

No obstante, la figura de la mujer antioqueña fuerte que defiende a su familia con cuerpo y alma, que, como claramente lo describió María Martínez de Nisser en el año 1841: su lealtad a los seres que ama, su valentía para enfrentar las adversidades que amenazan a su familia, su entereza y su arrojo para defender las causas que considera justas, su insumisión frente a los prejuicios culturales que consideran a la mujer un ser débil, inferior a los hombres , da cuenta también del lugar tan valioso y significativo que tienen en la escena regional. Además de soportar las desigualdades e injusticias que el sistema patriarcal reproduce, son las mujeres las que resisten y remiendan posibilidades de regeneración del tejido social en medio de las crueldades de la violencia o de la pobreza. Es de algún modo un rol que en la historia se resignificó y que es clave en la transformación cultural de cara a la equidad.

Volviendo sobre el eje inicial, este arraigo familiar se mantiene hoy día aunque con expresiones diferentes, que como se ha reseñado, están altamente permeadas por las fuerzas modernizantes propias de la sociedad globalizada. De acuerdo a lo aportado por estudios más recientes de la cultura antioqueña se actualizan planteamientos como los anteriores:

Los altos niveles de confianza en la familia son, en principio, un activo importante de capital social para la sociedad antioqueña. Sin embargo, existe una enorme presión sobre las familias del departamento. En el 46% de los hogares solo una persona recibe ingresos. Las más vulnerables son las mujeres, pues de cada 3 personas que reciben ingresos en cualquier hogar 2 son hombres. En un contexto de baja capacidad de absorción por parte del mercado legal y de insuficiente provisión de bienes públicos es explicable que la gente se vuelque hacia los familiares, amigos y vecinos en busca de apoyo y protección. (Casas Casas, 2013, pág.35).

En tiempos remotos y contemporáneos, el vínculo social que proveen la familia y los círculos cercanos, se constituye en posibilidades para proteger o brindar soporte, siendo ésta una clave constructiva importante a la hora de promover valores asociados a la equidad, apoyados en esa fuerza que lucha por mantener la familia unida y con bienestar.

No obstante, el valor de la familia en la cultura antioqueña también ha significado el apego al interés particular en desmedro de lo colectivo o lo público. Ello puede guardar una estrecha relación con un orgullo situado en el ego y la satisfacción personal, extensible también a la protección de los intereses familiares, que ya sea en la laboriosidad o en la incursión en prácticas ilegales, permita mantener esta unidad y bienestar.

Este rasgo fragmenta las posibilidades de una construcción colectiva del desarrollo y resta alternativas a una atención pública de las expresiones de la desigualdad y la inequidad. El familismo amoral, como categoría que describe esta tendencia manifiesta en la cultura antioqueña, permite ampliar un poco más esta línea de argumentación:

El concepto familia no es unívoco valorativamente. Ha sido aceptado que moralmente la familia puede comportar un valor negativo cuando su bienestar se concibe como opuesto al bienestar general o cuando se avala la infracción de la ley y de las normas de convivencia en aras de favorecer o exculpar las conductas de los familiares. En síntesis, que cada uno con su familia se las arregla como pueda, sin tener en cuenta la sociedad. Esta noción se conoce como familismo amoral. En la encuesta se incluyó una pregunta que es el caso hipotético de una madre que soborna a un empleado público para obtener el registro de nacimiento de un hijo. El 60% de los encuestados en el departamento aprobó esta conducta, a pesar de que el 51% considera que se trata de una acción corrupta (Casas Casas, 2013, pág.35).

Es la familia ese otro lugar donde anida la paradoja inherente a la cultura antioqueña, y que encuentra en la vivencia de la religión otra de sus conexiones. El arraigo a la familia y la vivencia de la religión van unidas, y la identidad de lo antioqueño tiene allí otro de sus rasgos distintivos; la religión, particularmente la católica, es otra de las fuerzas que configuran el orden simbólico de los antioqueños. Se trata de una religiosidad “acendrada, que invade todos los ámbitos de la vida diaria, fundamentada y desarrollada desde la más tierna infancia en el hogar” que se mantiene en gran parte, a pesar de los cambios que ha traído la modernización de la sociedad.

Esta religiosidad se hace manifiesta desde la práctica de los rituales oficiales, hasta expresiones más informales pero no menos arraigadas como portar imágenes en el cuerpo, en lugares de la casa o en los vehículos. Es típica por ejemplo la imagen del Sagrado Corazón de Cristo en la sala o de La Última Cena en el comedor. Así mismo, el lenguaje cotidiano está aderezado con frases, refranes o adagios que replican este contenido y que reflejan la interpretación de lo religioso construida en la matriz cultural antioqueña: ¡Eh Ave María pues! ¡Gracias a Dios!, La Virgen lo acompaña...

Humberto Restrepo, sacerdote estudioso de la religiosidad antioqueña, da cuenta de pueblos y ciudades levíticas, es decir, cuna de muchos sacerdotes o influenciados por el clero, con grandes templos en pequeños poblados y lugares dedicados a la formación religiosa católica: conventos, monasterios, seminarios, e incluso con una orden propia como la de la Madre Laura Montoya. El padre Restrepo, afirma que la particularidad de la vivencia religiosa de los antioqueños está altamente influenciada por los nuevos cristianos o judíos conversos que llegaron desde la colonia y se refugiaron en Antioquia (a raíz de los tratos discriminatorios y de su expulsión de España), construyendo una doctrina católica incluso diferente a la propuesta por el catolicismo tradicional, y que fue la que dejó el sello ritualista, puesto en lo externo, que también signa la perspectiva moral imperante:

Los conversos hicieron del catolicismo que se habían visto obligados a adoptar exteriormente, una religión de monoteísmo total, de clero abundante y según el espíritu judío (rabinos de suma estrictez), de un ritualismo excesivo y de una moral que no coartaba siquiera las terribles prácticas de odio y venganza del “ojo por ojo y el diente por diente”, aún dentro de la propia familia, y en la cual el amor cristiano brillaba por su ausencia (Padre Restrepo en Villegas 2003, página 88).

Este mismo autor advierte cómo esta religiosidad se basó en lo que denominó “teología montañera”, la cual responde a un dogma que, en la interpretación de la trinidad está más centrado en Dios Padre, mientras que el Espíritu Santo es tan desconocido como Jesucristo, que aparece más como mediador. Ello derivó en un culto que asumió una fe difusa, que se tradujo por la iglesia como la memorización de oraciones y prohibiciones contenidas en manuales tan recordados por las generaciones adultas como El Catecismo del Padre Astete, formulado en preguntas y respuestas que enfatizaban lo que se debía hacer, con un alto énfasis en la prohibición y enunciación del pecado hasta en las más mínimas acciones cotidianas. En ello formó una moral que brilló por la ausencia del décimo primer mandamiento: “amaos los unos a los otros”, una religión basada en un profundo temor de Dios y del Demonio, dejando de lado el Dios de la compasión y el perdón proclamado en el nuevo testamento. (Villegas Botero, 2003).

Estos elementos dan origen a una moral, en la que poco o nada cuestionable son comportamiento como la avaricia, la usura, la estafa, el contrabando, la evasión de impuestos, el maltrato a las mujeres o la explotación laboral. Doble moral que con precisión logra retratar Luis López de Mesa: “Se cree cumplir con la religión con los actos exteriores de devoción y la contribución de la tasa de limosna, sin deshacerse de los otros resabios que cargan la conciencia, que no son pocos, y de que no he visto hace escrupulo leve” (La Iglesia en Antioquia, página 150. En Villegas 2003, Pág. 21).

Lamentablemente estas prácticas religiosas siguen reproduciendo esta visión de la moral, la misma que se evidencia en nuestros tiempos a través de los rituales empleados por sicarios y grupos delictivos, tan ampliamente retratados en novelas como la Virgen de los sicarios (Fernando Vallejo) o Rosario Tijeras (Jorge Franco) ambas llevadas al cine nacional, que expresan la connivencia entre el daño a otros para lucro personal con la “venia bendita”.

Con preocupación el estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, manifiesta como la visión religiosa contemporánea de una mayoría de los antioqueños se mantiene en esta doble moral, favoreciendo prácticas de ilegalidad y reforzando el “familismo amoral”. Hecho que nombra como religiosidad formalista, según la cual a pesar del arraigo católico característico de los antioqueños, no logra construir otros significados que regulen la vida social e interioricen valores proclives a una ética civilista, pues ser buen fiel debería ser igual a ser buen ciudadano, ecuación que aún no logra conjugarse, ante lo que el estudio concluye: “Este dato nos acerca a la visión de agrupaciones religiosas más ritualistas que testimoniales, y más adaptativas al medio que capaces o enfocadas en la transformación del mismo”. (Giraldo Ramírez, Casas Casas, Méndez Méndez, & Eslava Gómez, pág. 31).

El arraigo de esta moral en instituciones de la cultura tan determinantes en la reproducción simbólica como son la familia y la religión, es en efecto un escollo bastante pronunciado y complejo con el que se enfrenta la equidad en Antioquia. Una moral que es funcional al ascenso social y económico como ideal, que no repara en los medios y que, según diversos investigadores sociales, constituye una de las piedras angulares en la explicación de fenómenos tan devastadores en esta

región como el narcotráfico y la “cultura mafiosa” y corrupta que corroe los ámbitos privados y públicos.

La verraquera. Expresiones del carácter pasional de los antioqueños

En el contexto nacional los antioqueños son caracterizados por su forma de ser tozuda y persistente, 'la verraquera' se nombra sin lugar a equívocos por parte de quienes se consideran con orgullo como descendientes de la cultura antioqueña. Es exaltada como el factor decisivo para que los habitantes de antaño hayan conquistado la dureza de la geografía de sus tierras, montañas escarpadas y selvas densas, entre las que el pueblo antioqueño se fue abriendo paso, con voluntad, laboriosidad y empeño.

Las construcciones del espacio geográfico han servido también para fundamentar una de las ideas constantes en la caracterización de sus habitantes: la capacidad para adaptarse, enfrentar y vencer la adversidad, representada en este caso por la geografía quebrada, difícil y ardua [...]. (Vélez, 2013, págs. 26 - 27).

No obstante el valor de esta virtud, algunos autores problematizan los visos particulares que este rasgo deriva en diferentes manifestaciones de la vida cotidiana, tales como la connotación pasional y emocional. Juan de Dios Restrepo, quien describió la sociedad antioqueña de principios del siglo XIX plantea: “Los antioqueños no tienen pasiones a medias: por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos”.

De aquí resulta que los que toman un buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, a despecho de todos los obstáculos, van muy lejos. Pero también, cuando alguno se echa a rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. Si alguien coge los dados en la mano, no se anda por las ramas: en una noche juega su fortuna, agota su crédito, el de sus amigos, y vendería hasta su alma para seguir jugando si hubiera quien la comprase. (Hoyos, Los Antioqueños vistos por sus cronistas, 2013, pág. 188).

Este mismo autor valora esta “energía y entereza de carácter” como una cualidad, pues considera que es un criterio de autonomía y progreso, en tanto un pueblo con sentimientos flojos está más cerca de la “esclavitud o la miseria. Este rasgo es valorado como una capacidad que garantiza, desde el carácter mismo del ser antioqueño, el acceso a condiciones materiales y de autonomía que son base de la pujanza económica y del desarrollo logrado por diferentes sectores poblacionales y territoriales de Antioquia.

Este carácter pasional ha dado lugar también a otras manifestaciones de lo antioqueño que son cuestionables a la luz de la convivencia.

El gobernador Francisco Silvestre en las últimas décadas de la colonia escribía: “El genio de los provincianos en lo exterior se presenta moderado, pero, en lo interior, hay más fondo de malicia [...] todos [son] económicos hasta la miseria; y la mayor parte inclinados a los pleitos. La cavilosidad y afección a pleitear es un numen propio de los provincianos de Antioquia” (Mesa, Carlos E, La Iglesia en Antioquia, página 150 en Villegas 2003, Pág. 21)

Si bien, la cita alude a la población antioqueña de finales de la colonización, es un rasgo con repercusiones actuales que se puede evidenciar en el contexto cotidiano, donde la verraquera también es puesta como la disposición a defenderse, incluso con el uso de la fuerza física y la agresividad, como forma de imponer los intereses propios o para no dejar que sean afectados; aspecto que se traduce en el alto impacto que la violencia tiene en el departamento, manifiesta desde peleas, riñas o formas de violencia intrafamiliar, hasta las expresiones del conflicto armado político, que tiene en Antioquia uno de sus escenarios más cruentos.

De otro lado, la verraquera paisa abre otra cualidad emblemática del pueblo antioqueño, cuál es su capacidad de emprendimiento, entendida como capacidad para afrontar los desafíos impuestos por la adversidad o la recursividad para generar nuevas condiciones favorables a sus intereses y necesidades.

Quando las minas se agotan y las tierras se esterilizan en alguna parte, toda una población recoge sus utensilios de trabajo y sus lares domésticos y emigra en busca de comarcas más afortunadas. El malestar y la miseria no tienen aceptación allá tranquilamente ni por el individuo ni por los pueblos: Todos se conforman con este aforismo: “vivir es luchar”. (...) En todos los rincones de la república hay antioqueños; ejercen todas las industrias, se les encuentra en todos los caminos, son los cosmopolitas de América (Emiro Kastos, en Hoyos, Los Antioqueños vistos por sus cronistas, 2013, pág. 191).

Estas marcas, si bien representan una capacidad clave en la configuración de la economía antioqueña, constituyen también un elemento problemático desde la perspectiva de la equidad, máxime cuando las desigualdades subregionales, especialmente del centro del departamento con respecto a la periferia, dejan en claro el efecto de la dinámica extractiva que entra en los territorios y saca los mejores recursos hasta agotarlos, sumiendo a determinadas subregiones o grupos poblacionales en condiciones de empobrecimiento, a cuya expensa se ha acumulado el capital que permitió desarrollar la centralidad del departamento.

¿Qué pasaría si el espíritu aguerrido, emprendedor, pasional y aventurero fuera puesto al servicio colectivo? Sin duda, ésta sería una fuerza dinamizadora de otros modos de desarrollo en los que vale la pena empeñarse con tozudez y vivacidad.

Arrieros somos. Aproximaciones a las capacidades características de los antioqueños

La gesta aventurera de los arrieros no sólo contribuyó a forjar el desarrollo económico del departamento en buena parte de su historia, sino que influyó en la construcción de una mentalidad, una identidad marcada por el trabajo valeroso, incansable, audaz e independiente que caracterizó a estos hombres, casi capaces de cualquier cosa, menos de rendirse; dispuestos a transportar lo inimaginable por la agreste topografía antioqueña.

El arriero, el campesino, el silletero o cualquier otro ícono típico que ha representado al antioqueño; encarna y exalta siempre la laboriosidad, recursividad y pragmatismo como capacidades que habrá de tener cualquier antioqueño que se respete, y que por lo tanto, se refuerzan de manera instrumental en sus procesos de socialización, tal como lo narra Villegas Botero: “Cuando emprende una tarea no para hasta terminarla. Trabaja desde niño, pues en la mayoría de las familias se le inculca ayudar a sus padres o bastarse a sí mismo”. (2003, pág. 113).

Un pueblo trabajador, pero además, con claro sentido del comercio y del afán de lucro, como coinciden en describirlo numerosos autores. Tomás Carrasquilla, por ejemplo, lo nombra como un “emporio prosaico del agio y del logrismo pecuniario” y el ingeniero Agustín Codazzi sostuvo en 1852 que “el antioqueño era el más dedicado a las especulaciones comerciales, quien más se esmeraba en aumentar su fortuna, y más prontamente formaba nuevas familias; era trabajador, sobrio, fuerte, robusto y poseía inteligencia. Los pobladores se hayan dotados de un grande espíritu de empresa y de especulación, desde los pudientes hasta los hombres del pueblo” (citado por Villegas Botero, 2003, pág. 22)

La minería, el comercio, el crédito, el café, la fuerza artesanal y luego la industria, han marcado la historia y la identidad paisa, que ha demostrado una disposición laboriosa, arriesgada y negociante que ha sobresalido frente a otros grupos del país y ha posibilitado el fortalecimiento del poder económico y político del pueblo antioqueño en la esfera nacional y el aumento de su reconocimiento y estatus social frente la sociedad capitalina y las otras provincias.

No cabe duda que la singularidad del pueblo antioqueño, su talento, disciplina y capacidad emprendedora, han logrado para su región y particularmente para su capital, un significativo progreso económico que ha incidido favorablemente en el desarrollo urbano, social y cultural del departamento y que ha posicionado su industria, su comercio y su sector financiero en la escena mundial, fortaleciéndole para enfrentar los retos de la globalización y la apertura de mercados.

Pujanza, definida por el diccionario de la Real Academia Española como la “fuerza grande o robustez para impulsar o ejecutar una acción”, ha sido la forma de nombrar en una palabra el conjunto de valores pragmáticos que han destacado a la cultura antioqueña. Esta es, además, la manera como se reconocen a sí mismos los antioqueños en la actualidad, tal como lo evidencia el estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, según el cual la pujanza es la cualidad más destacada en la personalidad de los habitantes del departamento, según opinión del 52% de los encuestados. (Giraldo Ramírez, Casas Casas, Méndez Méndez, & Eslava Gómez. pág. 31)

Esta virtud, que ha connotado fuerza de progreso, también ha significado un riesgo moral, como han señalado distintos cronistas y personalidades, y como lo muestra también de modo palpable la historia misma. El contrabando, por ejemplo, ha sido una actividad muy común en la historia del departamento y muchas de las fortunas de la Antioquia colonial se crearon con base en esta actividad que, aunque ilícita, gozaba de aceptación social. Muchas élites fueron contrabandistas reconocidos.

Emiro Kastos (seudónimo del escritor y político Juan de Dios Restrepo) en 1852 hace las siguientes apreciaciones respecto a los habitantes del Valle de Medellín en la Nueva Granada:

Las costumbres son frías y ceremoniosas, los hombres no se reúnen sino para tratar cuestiones de dinero; reina un individualismo tan completo y tal idolatría por el yo, que puede asegurarse que aquí hay hombres, pero no sociedad. No conciben que se haya nacido para otra cosa que para comprar y vender, y, fuera del dinero, nada les merece atenciones ni respetos” (...) En su corazón, el deseo de adquirir es sentimiento dominante, y esta pasión los hace como al yanqui, realizar prodigios. Todo el mundo quiere ser propietario, y el que no posee caudal efectivo, lo tiene en la imaginación. (Kastos)

Al ubicar el progreso material como uno de sus más altos ideales, sumado a las habilidades comerciales que no reparaban en sacar ventaja a costa de las pérdidas o la explotación del otro, -lo que le mereció la fama de 'avivato', 'culebrero', 'embaucador' o 'tumbador'- al paisa no le resultaba menospreciable encontrar maneras rápidas y efectivas de alcanzar sus metas.

Justificaciones que permiten engañar hábilmente: “Pa' qué es bobo”; expresiones que consienten la corrupción: “Que roben pero que se vea”; preceptos que hacen del dinero un fin en sí mismo: “Consiga plata honestamente mijo, y si no puede, consiga plata”; y creencias que convirtieron la religiosidad en un recurso cómplice: “El que reza y peca empata”; alimentaron el imaginario antioqueño y fraguaron un buen caldo de cultivo para el narcotráfico, la corrupción, la guerra y otras economías ilegales y degradantes de la dignidad humana y del propio territorio, como afirma Villegas Botero, “El antioqueño ha sido uno de los más depredadores del ecosistema en aras de su enriquecimiento, de acaparar tierras, corriendo cercas, falsificando escrituras, desplazando o asesinando indígenas y campesinos con violencia despiadada y guerras criminales” (2003, pág. 111).

El desafío de conjugar pujanza con legalidad se encuentra a la orden del día. Actualmente se considera que “el 34% de las personas antioqueñas cumple las normas”, lo que concuerda con la autopercepción que tienen los antioqueños de sus propios defectos: “Dejando a un lado la mentira, que aparece en primer lugar (18%), la violencia (14%), “lo tumbadores” (11%) y la intolerancia (11%) son los rasgos más citados y todos ellos relacionados directamente con la infracción a la ley como conducta relativamente habitual” (pág. 33).

Se trata de un desafío educativo que toca todos los escenarios de socialización y que posibilita cuestionar tanto los fines como los medios que se han sembrado como estandartes en lo alto de las montañas antioqueñas. Como lo expresaba Jorge Orlando Melo, “La pobreza y la violencia que han despedazado a Medellín entre 1950 y 1990 no son heredadas del pasado, cuando la pobreza era otra cosa mucho más vivible. A ambas las hicimos los habitantes de Medellín, con las decisiones y las formas de “progreso” que escogimos, con los valores que se promovieron como representativos de nuestra cultura y nuestra ciudad (Melo, 1994).

No se trata de menospreciar la capacidad laboriosa, emprendedora y creativa, por el contrario, el objetivo es conservarla y fortalecerla desde referentes éticos que la sustenten en la legalidad y la proyecten más allá del estrecho círculo de beneficiarios familiares y personales, haciendo partícipes a sus coterráneos de cerca y de lejos. También esta concepción de la pujanza ha estado presente de manera ancestral en el antioqueño: su “dedicación en empresas comunitarias, de beneficencia o como voluntario, sin esperar recompensa. Piénsese en las empanadas y los bazares para construir templos, o en los convites para levantar o reparar escuelas, hospitales, caminos. Es que el carácter del antioqueño es tan contradictorio que tiene el “vicio de trabajar” y, quizá más, el de servir” (Villegas Botero, El alma recóndita del pueblo antioqueño, 2003, pág. 113).

El tren del progreso. Fines más representativos de la cultura antioqueña

En 1914, cuando entraron por primera vez a Medellín las locomotoras a vapor, llegó también el optimismo frente a la posibilidad de ampliar las exportaciones y el comercio; fue la señal inequívoca de un futuro de progreso que se veía cada vez más próximo, por lo cual, no dudaron en llamarlo: El Tren del Progreso. Un hito que cambió la geografía, como lo describe Sol Astrid Giraldo, en su ensayo

sobre la tradición antioqueña, a través del análisis de la fotografía documental que ha plasmado la historia del departamento:

Un nueva geografía se ha escrito donde sólo había un bosque cerrado y allí está la cámara para registrarlo. Los habitantes se congregan con sus mejores galas y sombreros para recibir a esas balas de movimiento, progreso, civilización. Pues cada vez que el tren llega, no sólo trae personas, cosas, enseres, bienestar, sino que ratifica el destino conquistador y emprendedor de un pueblo al que no le pueden ni las montañas. Son los dignos herederos de los mayores y sus hachas afiladas. (2013, pág.165).

80 años después, en 1995, una gesta similar marca el corazón del territorio antioqueño: inició su operación comercial el Metro de Medellín; ícono y colofón más representativo del progreso paisa en el siglo XX, destacado por otras obras que alimentaron el imaginario de una sociedad moderna y emprendedora: desde la construcción de la avenida la Playa sobre lo que antes era la quebrada Santa Elena, hasta el imponente Edificio Coltejer erguido sobre el antiguo Teatro Junín.

Toda sociedad va configurando un entramado de sentidos con que sus miembros le dan significado a los fenómenos de la vida cotidiana y encuentran referentes de identificación, reconocimiento y proyección individual y colectiva. Para el caso de los antioqueños, el progreso es la trama sobre la cual teje los hilos de su cultura, el horizonte que signa su historia.

A partir de ese norte encuentran fundamento la mayoría de sus valores, sus modos de ser, comportarse y relacionarse. Este propósito ha estado claramente comprendido como sinónimo de riqueza material, o culto monetario, como lo infieren diversos autores del análisis de importantes escritores antioqueños del siglo XX. Juan José Hoyos cita, por ejemplo, a Tomas Carrasquilla para ilustrar el modo de ascender en la escala social a partir de actividades económicas:

El comercio, el aire monumental que le daban los dos monasterios, unido al crecimiento de la villa y a la mejora de la edificación, fueron poderosos a que los candelaritas pusieran muy alta la puntería, que nada estimula tanto como el vivir en casa buena, piadosa y linajuda. (2013, pág. 182).

El objetivo de progreso material no puede entenderse en la cultura antioqueña sin el afán de aparentar, bien sea para alardear de sí mismos y de lo que se logra, para fingir lo que se quiere ser o para negar realidades que contradigan la buena imagen. Esta ha sido una crítica reiterada de escritores antiguos y contemporáneos, propios y foráneos al modo de ser de los paisas, como lo expresa Giraldo: “ha sido muy propia de los antioqueños la tendencia a creerse el centro del universo, algo que provendría de un orgullo regional aderezado con una disposición incorregible para la exageración sobre los méritos propios”. (2013, pág. 97).

Para el antioqueño siempre ha sido importante la imagen, hay que ser y parecer, pero si aún no se puede ser, al menos parecer. Varios historiadores y cronistas coinciden en este aspecto y algunos de ellos lo relacionan con el agua abundante que baña el departamento, sin la cual, como afirma Juan Luis Londoño, no puede entenderse el desarrollo antioqueño (Álvarez, 2005). Armando Solano (citado por Giraldo, 2013) comenta respecto a la importancia del agua en la vida cotidiana, que “el medellinense tiene por costumbre el baño y la higiene, índices exteriores de la vida bien vivida (pág. 74).

Sol Astrid Giraldo, describe la vivencia de lo público a principios del siglo XX, y afirma que más que ser un lugar para el intercambio social, era la plataforma para exhibir las cualidades:

La calle se atravesaba y mientras se hacía, se debían exhibir claramente las marcas exteriores y los códigos exigidos de acuerdo con la clase, raza, el género de cada persona. El caballero debía caminar pasos cortos y acompasados, las señoritas no debían mirar a nadie, los niños no podían jugar en los charcos. La vestimenta, las actitudes corporales, los gestos debían indicar en todo momento a qué parte de la sociedad se pertenecía y el rol que representaba. (2013, pág. 157).

Distintos relatos y fotografías documentales de la época, comentan el celo con el que el antioqueño construía y cuidada su imagen, pues comprendió que quien no la tuviera corría el peligro de desaparecer. Y era precisa, no podía ser otra que aquella imagen colectiva “del antioqueño blanco, trabajador, en un orden patriarcal, social, laboral y racial muy definido y constante”(Giraldo E., 2013, pág. 150). Ahora bien, “si los resultados, a pesar de los extremos cuidados, terminaban siendo prosaicos para las expectativas de retratistas y retratados quedaba el recurso infalible del retoque”. (H. Rodríguez, citado por Giraldo E., 2013, pág. 144)

¿Dónde quedaban aquellos que no se correspondían con los estereotipos de una sociedad progresista? Afrodescendientes, indígenas y obreros algunas veces aparecían en los retratos y las historias como 'los otros', aquellos que eran inevitablemente útiles en las labores domésticas y en las faenas físicamente desgastantes, como lo plasman, por ejemplo, aquellas imágenes donde negros o indígenas llevan en andas a una mujer o a un hombre blanco. Pero la mayor parte de las veces, no aparecían, se ocultaban o se maquillaban pues representaban lo negro, lo feo, lo incivilizado, el atraso, las 'imperfecciones'.

Los que no tuvieron una imagen para mostrar, real o inventada, quedaron relegados al olvido. Son los invisibles, los sin rostro, los seres del pasado y el presente que habitan los territorios ilegales, marginales. Ellos, ellas, no representan al pueblo antioqueño, a la Bella Villa, a la Tacita de Plata.

Medellín ha logrado en este capítulo una imagen a la altura de sus ambiciones: es una dama que crece, se adorna, gasta. Quiere un espejo. Paga por él. Contrata una y otra vez a Obando quien le devuelve sin comentarios su reflejo. Su imagen es la más democrática de todas, en ellas todos caben. Es la ciudad la que no lo es. El visor de la Cirkut puede devorar a todos los ciudadanos a la vez, pero la urbe se los entrega por pedazos. Su espacio está tan territorializado y cruzado por las fronteras invisibles e infranqueables como el de los retratos familiares. A un lado están los obreros, al otro los dirigentes, los hombres se congregan en un ala, las mujeres en el otro. Están juntos, pero no revueltos. (Giraldo E., 2013, pág. 161).

La capital antioqueña, particularmente, ha sido objeto de críticas por actitudes que ratifican la tendencia a magnificar 'lo bueno' y a minimizar o negar 'lo malo'. Tal fue el caso, en el 2014 de lo ocurrido con la población habitante de calle durante el tiempo de realización del VII Foro Urbano Mundial, cuando fueron escondidos para mostrar a los visitantes otra imagen de la ciudad. O la indignación que despertó el documental transmitido por el canal 4 de Londres en torno a la explotación sexual y la prostitución en Medellín, de la cual comentó Jimena Duzán: “Curiosamente no cuestionaron al periodista porque hubiera faltado a la verdad, sino porque se atrevió a mostrar

en su documental a una Medellín que existe en la realidad pero que casi ningún paisa quiere ver” (Duzán, 2014).

Este no es un aspecto menor. Además de la exclusión o aislamiento de quienes no representan la rectitud o la pulcritud paisa, se transmite un doble mensaje: por un lado, la no aceptación de realidades problemáticas que se han creado a lo largo de una historia de injusticias sociales y por otro, el engaño, la falta de honestidad que, como escribió Simón Pérez Londoño, director del periódico Nexos de la Universidad Eafit, “da cuenta de la falacia como solución a los problemas” y presenta otra faceta del 'avivato' o 'embaucador' que deja serios cuestionamientos frente a la ética ciudadana, como lo expresa el mismo autor: “¿Acaso, después de esconder los problemas que nos aquejan, podemos exigirle a la población que no esconda sus propiedades a la hora de su respectiva declaración de renta y que no tape las continuas violaciones a la ley?” (Pérez Londoño, 2014)

De otro lado, el estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, ofrece algunos datos importantes respecto a los ideales contemporáneos que manifiesta tener la sociedad antioqueña, desde lo individual y lo colectivo, a la vez que respecto a las formas como ve y se relaciona con los otros. A la pregunta: “qué personas no quisieran tener de vecinos”, los cinco grupos más discriminados, según las respuestas de los entrevistados fueron: los drogadictos (76%), los alcohólicos (53%), los desmovilizados de los grupos armados (47%), las víctimas del conflicto (22%) y los homosexuales (22%). (Giraldo Ramírez, Casas Casas, Méndez Méndez, & Eslava Gómez, 2013, pág. 47) Los resultados de las encuestas no reflejan índices significativos de comportamientos racistas, aunque la indagación con otras técnicas de investigación, como los juegos experimentales, “sugieren la presencia de discriminación de estos grupos en el nivel más local”, según lo aclara el mismo estudio (pág. 46), lo cual podría indicar que una cosa es la respuesta desde el discurso y otra desde la práctica.

En relación con las metas que nombran los antioqueños, el estudio señala que:

Las primeras tres menciones a la pregunta “¿Qué espera de la vida?” se refieren a metas de mediano plazo como la buena salud (86%), casa propia (71%) y “enriquecimiento espiritual” (54%). Otras metas inmateriales y de mediano plazo con figuración entre los 10 primeros lugares son: un matrimonio feliz (49%), tener control sobre la propia vida (46%) y alcanzar la educación universitaria (36%). Aunque las metas vinculadas al consumo aparecen en los últimos lugares, su frecuencia no es desdeñable. Ellas son: viajes de placer (22%), “ropa, accesorios, joyas de buena calidad” (19%), carro de lujo o segundo carro (13%), aparatos y equipos (13%). (pág. 51).

En cuanto a las aspiraciones de cara a los 10 próximos años, continúa el estudio:

49% de los y las encuestadas piensan que ser independientes, tener un negocio propio que les permita pensar en nuevas ideas y ser creativos, es lo más importante. En segundo lugar (15%) aspiran a vivir en un ambiente seguro y evitar cualquier peligro. En tercer lugar, el 7% espera poder estudiar y capacitarse en los próximos 10 años. Se observa que aspectos como ayudar a otros (5%), hacer algo por el bien de la sociedad (4%), o cuidar el medio ambiente y la naturaleza y proteger los recursos vitales (3%) gozan de un menor porcentaje como aspiración. (pág. 51).

Es claro el desafío en términos de inclusión de los grupos sociales históricamente marginados o recientemente estigmatizados por causa del conflicto armado, lo que evidencia la necesidad de una transformación en la manera de verse, como sociedad, y de ver a “los otros”, de modo que se superen los estereotipos banales o prejuiciosos que han excluido a muchas personas, e incluso regiones, del departamento.

Claves de transformación cultural en la perspectiva de la equidad

Proponer la equidad como camino hacia los más altos horizontes de la sociedad antioqueña, además de ser un planteamiento ético, es también una apuesta estratégica y un llamado a la coherencia: no puede haber desarrollo sin equidad. No es moralmente aceptable, no es mínimamente consecuente y resulta poco inteligente, un modelo de sociedad que excluye a buena parte de sus ciudadanos de las oportunidades de participación en la vida social, política y económica. La equidad es la condición de la democracia, es la premisa de la paz, el fundamento de la libertad.

Aquellas sociedades que en el contexto mundial se ubican entre las más desarrolladas, en el sentido amplio de esta palabra, no sólo tienen indicadores macroeconómicos admirables, sino, condiciones mínimas reales de bienestar y vida digna para todos sus habitantes, y un tipo de mentalidad en sus ciudadanos que no les permite aceptar nada distinto. Se saben merecedores, en virtud de su dignidad, de un conjunto de derechos y garantías que les permiten acceder a tales posibilidades. Como lo expresa Kliksberg, “en la cultura de todos estos países predomina una actitud de rechazo a las grandes desigualdades y de apoyo a la equidad y a la igualdad de oportunidades” (2005, pág. 17 .

El poder transformador de la cultura radica precisamente allí: en que ofrece las bases para que la misma comunidad y sus habitantes, exijan y construyan, desde sus posibilidades de incidencia, un modelo de sociedad acorde con la concepción que tienen de sí mismos. De este modo, lograr un cambio de mentalidad en la que el desarrollo se asuma como una responsabilidad colectiva de la que participan todos los ciudadanos, y no como un beneficio que le otorgan sus gobiernos o sus gobernantes, es la clave para su sostenibilidad.

La equidad, no es pues un lujo de algunas sociedades que se permiten repartir oportunidades porque tienen de sobra. Es antes que nada una concepción de la vida en común que permite responsabilizarse de ella y reconocerla como “elemento fundamental para el desarrollo humano, ya que todas las personas tienen derecho a vivir una vida gratificante, en consonancia con sus propios valores y aspiraciones”, tal como lo plantearon las Naciones Unidas, en su Informe de Desarrollo Humano, 2013. (pág. 29).

Frente a la complejidad del desafío que tiene el departamento para lograr un desarrollo incluyente, coincidimos con el estudio estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, en el sentido de considerar que el lugar privilegiado “yace en las mentes y las prácticas de la personas, pues en ellas está la llave para abrir la 'caja negra' del funcionamiento y los significados de las dinámicas sociales”. (Giraldo Ramírez, Casas Casas, Méndez Méndez, & Eslava Gómez, 2013, pág. 44).

Desde esta lógica, se proponen a continuación siete perspectivas de cambio cultural, asociadas a oportunidades y desafíos que contribuyan a la construcción de un futuro regional equitativo y sostenible.

Reconocer y resignificar el problema de la inequidad

Teorías sociales contemporáneas explican que la realidad es un largo proceso de construcción social que depende de las percepciones y concepciones que los individuos van configurando, desde el cual consideran o no, un determinado fenómeno como problema (Berger & Luckmann, 1997). En este sentido, los individuos captan la realidad mediante categorías discursivas, desde las cuales le encuentran sentido y por ello, perciben ciertos fenómenos y no otros, según el contexto histórico y social en el que se encuentren.

Dado lo anterior, para reconocer el fenómeno de la inequidad como un problema social, no basta tener datos objetivos, es preciso revisar los factores culturales que subyacen a posturas que puedan subestimar o incluso negar dicho fenómeno. De modo específico, el culto a la propia identidad, el afán de aparentar y compararse, la exageración cuando se trata de referirse a las propias virtudes o a los defectos de otros, y el uso de diminutivos para referirse a los propios, así como las posturas ideológicas o sistemas de creencias que atribuyen la marginación y otras problemáticas sociales a poderes sobrenaturales, terminan por limitar la capacidad crítica y por liberar de responsabilidad a los sujetos.

En este sentido, conviene desagregar el fenómeno de la inequidad de modo que no se limite a un factor económico y mucho menos a un conflicto entre 'ricos' y 'pobres'. Es preciso analizar, por tanto, otros componentes de este problema como los aspectos sociales (modos de relacionarnos) y políticos (modos de administrar el poder) y referirlos a los diferentes ámbitos de la vida: personal, familiar, comunitario, institucional, territorial, entre otros.

Sin desconocer la responsabilidad que frente a la construcción de la equidad tienen los gobiernos y las políticas públicas, el análisis de este fenómeno en los escenarios cotidianos, lo acerca al ámbito de poder y de acción de los sujetos y las organizaciones, contribuyendo a superar otra de las mayores limitantes para enfrentar esta realidad: la consideración de que se trata de algo que depende de instancias fuera del alcance del ciudadano de a pie.

Finalmente, centrar el análisis en aquellas experiencias que nos hablan de la equidad en los ámbitos cercanos de la vida, permiten descubrir la superación de situaciones inequitativas como verdaderas oportunidades que nos convienen a todos y motivan procesos de cambio de manera constructiva.

Acoger con sentido crítico los valores ancestrales de la cultura antioqueña

Quienes vienen a Antioquia o se encuentran con antioqueños en otros lugares del país o del mundo no vacilan en destacar la amabilidad de su gente, su disposición proactiva a servir y a ayudar al necesitado; valores que han caracterizado la cultura paisa desde antaño.

Si uno llega a una casa de campesinos, a una finca de ricos, o a una casa de barrio de clase baja o media, el ama de casa lo primero que le ofrece es un clarito con panela, un tinto, una gaseosa, un traguito, cualquier refrigerio. Hasta posada y dormida si lo requiere. (...) Si lo encuentras en una calle o un camino y averiguas la dirección a que te diriges, te atiende con el mayor de los gustos. A veces hasta te acompaña hasta tu destino sin exigir ningún pago. (Villegas Botero, 2003, pág.113)

Estas virtudes, que sin duda se han visto menguadas como resultado de la urbanización creciente y el predominio de valores modernos centrados en el individualismo, así como por efecto de las violencias y la delincuencia, frente a lo que las personas reaccionan con menos confianza o actúan temerosas o indiferentes, han sido otro de los componentes cohesionadores de la sociedad antioqueña, y que sin duda han jugado un papel importante en la consolidación de mejores condiciones de vida en muchos lugares de la región, pues ha impulsado la creación de numerosas organizaciones filantrópicas, sociales y comunitarias que incursionan en todo tipo de acciones, en aras de aportar al bienestar colectivo o de otras personas que sufren de enfermedad, pobreza o alguna clase de aislamiento o maltrato.

Si bien este tipo de vinculación es genuinamente humana y en la mayor parte de las veces desinteresada, no logra en algunos casos trascender hacia acciones sostenidas que logren transformaciones de fondo y algunas, se quedan en respuesta de momento, coyunturales, paternalistas o subsidiarias que generan dependencia. El reto está en fortalecer la hospitalidad, la caridad (en el sentido original de esta palabra fundado en el amor) y la solidaridad, desde un compromiso orientado al reconocimiento y fortalecimiento de capacidades, basado en la perspectiva de derechos, en el que los sujetos accedan a los bienes y servicios que el Estado está en obligación de garantizar, y que las instituciones y la sociedad ofrecen desde la corresponsabilidad, como parte del bienestar que todos y todas merecen, en virtud de su condición de personas.

Como ha sido evidente a través del análisis de los distintos rasgos de la cultura antioqueña, cada valor o cualidad, contiene en sí mismo una paradoja que supone una conciencia autocrítica, de modo que el respeto y el orgullo por la tradición no se asuman como una razón ciega que impida el cambio y la oportunidad de ampliar o construir nuevos referentes valorativos.

Educar una autoestima realista que proteja del sentido de superioridad y egocentrismo excluyente; construir un sentido de identificación cultural como antioqueños centrado en la diversidad, valorando los aspectos constructivos de la cultura hegemónica, pero acogiendo con sentido apreciativo las demás expresiones culturales que han integrado el territorio. Destacar una amabilidad auténtica como la de los ancestros y una disposición al servicio desinteresado, libre de convertirse en fachada para aparentar o conseguir beneficios personales; reivindicar el valor de la familia sin desmedro de las nuevas formas de configuración familiar, haciendo énfasis en la esencia vinculante: el amor, el respeto, la solidaridad, el cuidado. Movilizar experiencias de lo religioso comprometidas con la ética ciudadana, la transformación social y el cuidado de la vida y el ambiente; formar las emociones para encausar el carácter y la determinación, hacia el logro disciplinado de proyectos personales y colectivos, con un claro fundamento en el respeto y la consideración del otro. Son entre otros los desafíos que tienen cada sujeto, la familia, las instituciones educativas, los medios de comunicación y los distintos escenarios de socialización, desde su compromiso con una sociedad antioqueña pujante y equitativa.

Revisar los fines personales y colectivos que orientan la existencia

Según sean los fines de una persona o sociedad, así serán sus valores. Los valores son las herramientas que usan los seres humanos para lograr sus fines (Restrepo Gallego, 2014). La cultura antioqueña ha exaltado la visión de progreso, específicamente en sentido material, y la ha puesto como uno de sus máximos ideales, de ahí que se termine valorando la capacidad de conseguir dinero

y de aparentar, sin reparo moral en los medios que se usan y el daño que puedan significar para los otros, para el ambiente o incluso, el riesgo para sí mismos.

Activar una conciencia crítica frente al modelo de éxito que se pretende imponer y empoderar la capacidad de proyectar de manera autónoma un sentido superior para la propia vida, desde el reconocimiento de sí mismo y de los demás, es fundar las bases de un sujeto capaz de pensar y construir su propio bienestar de un modo equitativo.

Se trata de revisar el paradigma que ha convertido el lucro, el poder y la ostentación en un fin en sí mismo, desplazando a las personas y a las comunidades, y reduciéndolas a simples instrumentos para tales propósitos. En este sentido, se propone por ejemplo, analizar las metas corporativas de modo que se integren en ellas propósitos relacionados con el bienestar, el mejoramiento de oportunidades, el despliegue de capacidades humanas y el desarrollo social equitativo y sostenible.

Reencontrarse con el otro y en el otro

Si algo caracteriza de manera contundente al departamento de Antioquia es la diversidad de sus gentes. Sin embargo, esta realidad que se palpa a simple vista, ha sido invisibilizada históricamente por la hegemonía de la cultura paisa y la pretensión de mostrarla como superior a las demás. Ello señala desafíos básicos en la formación de ciudadanos que estén a la altura de las comprensiones modernas que ha logrado la humanidad, verbigracia, el respeto por la diferencia, el reconocimiento de la igual dignidad y valor de las personas y los grupos humanos, y la apertura a la diversidad como riqueza en sí misma y oportunidad para la generación de conocimientos y alternativas de desarrollo.

Los retos actuales de un mundo globalizado, demandan, como lo expresa Marta Nussbaum nuevos ciudadanos capaces de sentirse pertenecientes una gran comunidad que abarca a todos los seres humanos (Nussbaum, 1999). El desarrollo de esta capacidad permite solidarizarse con el otro y abrirse a formas de relacionamiento horizontales y cooperativas.

El reconocimiento de la diversidad conlleva además la tarea de constituirse a sí mismos de manera auténtica, como individuos y como sociedad, en el sentido de 'ser mejores' con referencia a sí mismos y no por comparación con los demás. En otras palabras, mejor que ser mejor que otros, es ser uno mismo y desplegar su propio potencial.

Por último y no menos importante, es asumir la corresponsabilidad en la suerte de los marginados, los excluidos y las víctimas de la violencia. Se trata de reconocer que la realidad de estos sectores ha sido consecuencia de decisiones económicas, sociales y políticas en las que todos hemos participado por acción u omisión. Llama la atención, por ejemplo, que “1 de cada 5 antioqueños no quiera tener de vecinos a víctimas de la violencia” , máxime si Antioquia es el departamento con más víctimas en todo el país y que, en términos de equidad, deben ser priorizados en el restablecimiento de sus derechos y en la reparación material y simbólica de los daños que les ha dejado la guerra.

El trasfondo de este desafío es el reconocimiento de la alteridad, es decir, del otro como aquel que permite redescubrir la propia humanidad. Alteridad que es representada en la acogida del rostro del otro, de su historia, de su radical novedad y diferencia, desde la conciencia de que siendo otro, es también parte de sí. Como expresaba el poeta Octavio Paz:

Para que pueda ser,
he de ser otro,
salir de mí, sentirme entre los otros.
Los otros que no son,
si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.

Recuperar el sentido de lo público y lo político

Solo 2 de cada 10 antioqueños participa en asociaciones formales, según el estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013 y el 61% de los antioqueños encuestados en dicho estudio, se declara nada interesado en la política (pág. 67).

La disposición a organizarse y participar en iniciativas de interés común, al tiempo que el compromiso político, están estrechamente vinculados a la construcción de una sociedad democrática y equitativa. Ciertamente la corrupción y el clientelismo han generalizado la desconfianza hacia las instituciones públicas y hacia la clase dirigente, que es lo que tradicionalmente se entiende como 'lo político', y han generado una apatía política que termina alimentando un círculo vicioso. Sin embargo, el interés por lo público y lo político entre los antioqueños parte de revisar su tendencia individualista y particularista, desde la cual busca asegurar un beneficio para sí y para los suyos, aun en detrimento de los demás; lo cual no sólo ocurre en su relación con las entidades públicas, sino también en su vida social y en el mundo laboral.

La disposición a equilibrar el bien común con el interés particular, es un aprendizaje pendiente y prioritario, incluso desde la familia. La manera como sus miembros se organizan, establecen acuerdos, participan y cooperan, incluso desde los más jóvenes, en procura del bienestar común, es la primera y más significativa escuela para comprender el sentido de lo público y lo político. En las organizaciones se debe aprender el sentido de la justicia, la reciprocidad, la consideración por los otros, el respeto y la conciencia de la propia responsabilidad frente al destino colectivo.

El sentido de lo público, además de expresarse en el interés por los grandes temas de la agenda política de un territorio, tiene que ver con aspectos de las relaciones interpersonales como la disposición a resolver conflictos o hacer negocios desde la lógica del ganar-ganar, el respeto por las normas y acuerdos de convivencia en el vecindario, la legalidad y la transparencia, y la participación voluntaria en obras, comités o grupos que buscan alternativas a problemas comunes o prestan servicios en la comunidad o en las organizaciones de las cuales se hace parte. Estas manifestaciones, recuperan la confianza y van construyendo un capital social que resulta fundamental en el propósito de la equidad.

Despertar la admiración por lo legal y lo ético

Como ha sido reiterado por diversos estudios y autores, un reto fundamental en la cultura antioqueña es combinar pujanza con legalidad y no cabe duda que actuar de acuerdo con las normas legales es una base innegociable en cualquier sociedad democrática.

Ahora bien, si de lo que se trata es de un cambio cultural, que parte de las mentalidades de los sujetos, no es suficiente con la disposición a ceñirse a la norma. Bien sabemos que se puede ser legal e injusto a la vez, que se puede lograr una interpretación y aplicación amañada de la norma en beneficio propio, y que se puede legislar con fines particulares disfrazados de interés común. Incluso, no es ajena la realidad en el departamento y en el país, en la que se compra o manipula la justicia y finalmente los involucrados afirman “no tener deudas pendientes con la ley”.

El énfasis en una cultura legal, sin promover un fundamento ético-moral, puede terminar motivando las formas sofisticadas de trampa, corrupción y fraude, pues desde una mal entendida “viveza”, para nadie es un secreto que no pocos antioqueños aprendieron que frente a la norma, lo importante es no dejarse pillar.

La norma en sí misma no crea los valores, sólo los expresa. Son los valores los que crean la norma y la explican. De hecho, cuando una persona tiene incorporado un valor no es necesario, a veces, que le recuerden la norma. (Restrepo Gallego, 2014). Allí radica la importancia de una educación en valores y de la formación de un sujeto moral autónomo que sea capaz de encontrar sentido al cumplimiento de los acuerdos social y legalmente establecidos.

Una formación moral que supere la visión nominal o enunciativa de los valores, permite que los sujetos vayan más allá de los mínimos éticos que supone la norma: ser leal, veraz y confiable, respetar los turnos, no aprovecharse de los demás, actuar en justicia, e incluso, ser capaz de desobedecer una norma cuando claramente atente contra la vida o la dignidad propia o de otros.

En el mismo sentido, una sociedad y sus líderes, cuando logran un claro sentido ético, logran construir e implementar políticas justas e incluyentes, tanto en lo público como en lo privado. Mejorar los ingresos, por ejemplo, no depende sólo de la decisión que tome el gobierno frente al salario mínimo, es también una posibilidad de empleadores y empresarios. Promover la equidad de género y la inclusión social, no requiere esperar normas que obliguen u ofrezcan beneficios tributarios y puede partir de la convicción personal e institucional frente a la dignidad.

Finalmente, exaltar los modos de vivir conforme a valores proclives a la justicia y la equidad, de modo que la sociedad y particularmente los niños, niñas y jóvenes, aprendan a admirar las prácticas positivas y a inspirarse en ellas. De este modo, la formación moral no se agota en prohibir; debe señalar y motivar modos de vida verdaderamente ejemplares.

Educar para la equidad: en la escuela, la empresa, la iglesia y la comunidad

No cabe duda que la educación es el principal factor del desarrollo de cualquier sociedad y está, por lo tanto, en la base de cualquier proyecto equitativo. Esto es reiterado por numerosos estudios que demuestran como a mayor acceso, calidad y permanencia en la educación, incluso desde la primera infancia, las posibilidades personales y sociales de desarrollo se multiplican.

De modo específico en Antioquia, el estudio Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013, evidencia que “la clave mejor identificada como desencadenante de procesos como capital social, tolerancia, hábitos y proyecciones de vida fue la educación.” (pág.37). Y que “mientras más alto es el nivel educativo de una persona se puede esperar de ella un poco más de interés en la política, mayores niveles de confianza en personas de otra religión y nacionalidad y mayor creencia en las capacidades de la mujeres” (pág. 38).

La misma investigación señala que la educación es el gran catalizador del cambio social y cultural en el Departamento y que

Más allá de un factor central para la generación de capital humano, la educación es un recurso vital de bienestar subjetivo de los antioqueños, por lo cual su importancia radica no solo en sus efectos para el futuro, sino en la construcción de proyectos individuales y colectivos que desde el presente mejoren el tejido social y el desarrollo humano de Antioquia. (pág. 40).

Sin embargo, el documento llama la atención, citando a Renán Silva, sobre lo que se denomina “ilusión educativa”, referida a la expectativa de lograr la movilidad social por efectos del conocimiento y su trasmisión y afirma que “el narcotráfico desafió esta ilusión imponiendo entre muchos sectores la idea de que había caminos menos largos, más exitosos, menos fatigosos, para lograr la movilidad social”. (pág. 40).

El reto de la educación, como fundamento para la construcción de un desarrollo equitativo y sostenible, no se limita a un tema de acceso o calidad, es además urgente un cambio de enfoque hacia modelos más éticos y solidarios. No basta aumentar el nivel educativo en términos exclusivos de conocimiento técnico o disciplinar, es fundamental aumentar el nivel ético, humanista y social de la educación, pues de allí surge el compromiso con la equidad.

Diferentes fenómenos, no sólo ilegales, de acceso a dinero fácil y rápido, demostraron que aún las esferas 'más educadas', sucumbieron ante dichas oportunidades, aún en detrimento de los derechos y el bienestar de otros o del ambiente.

La ética importa. Afirma Kliksberg “Los valores éticos predominantes en una sociedad influyen a diario en aspectos vitales del funcionamiento de su economía” No es un asunto menor, ni que se pueda considerar exclusivo del ámbito privado o de los humanistas. Cómo lo expresó Margarita Orozco Arbeláez.

Algo nos falta por aprender para que haya gente con formación doctoral diciendo que le importa un carajo que haya pobres en el país. Para que algunas de nuestras empresas tengan jefes de personal muy eruditos en hacer contratos en detrimento de los trabajadores. Para que existan abogados expertos en triquiñuelas jurídicas y saquen beneficios particulares. Para tener un sistema de salud en el que no es poco frecuente dar con médicos incapaces de comprender el dolor de sus pacientes. (2014)

No se trata sólo de agregar en el pensum de la educación básica, técnica o superior, una materia que hable de ética o humanidades, que terminan siendo generalmente asumidas como “materias de relleno”, sino de transversalizar su enseñanza en todas las asignaturas a partir de dilemas y situaciones reales. Incluso, más allá del sistema educativo formal, las iglesias, las organizaciones sociales, comunitarias y empresariales, y los medios de comunicación, tienen también la responsabilidad de hacer la pregunta por el compromiso ético con la equidad pues como afirma Victoria Camps, “para enseñar ética no hay expertos, se necesita de toda la sociedad. La incoherencia entre los valores que defendemos -libertad, igualdad, solidaridad- y lo que realmente transmite la sociedad competitiva y de consumo es el mayor obstáculo para la educación en valores”. (2008)

Bibliografía

Álvarez C., V. A. (11 de Febrero de 2014). PIB de Medellín crece por encima del nacional. El Tiempo, pág. Sección Nación.

Álvarez, J. M. (Dirección). (2005). Paisas Memoria de un Pueblo [Película].

Arango, S. (2 de Septiembre de 2012). Los paisas como así. El Colombiano.

Austin Millán , T. R. (2000). Tomás R. Para comprender el concepto de cultura. Educación y Desarrollo.

Bauman, Z. (2011). Daños Colaterales. Desigualdades sociales en la era global. Fondo de Cultura Económica.

Berger, P., & Luckmann, T. (1997). La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.

Camps, V. (2008). Historia de la Etica: la ética moderna. Crítica.

Casas Casas, A. (2013). Dos siglos después se vale la pregunta: ¿ Quienes somos los antioqueños y la antioqueñas? (U. Eafit, Ed.) El Eafitense(104), 36-46.

Centro de Fe y Culturas. (s.f.). Equidad. Medellín, Colombia: s.e.

Centro de Pensamiento Social. (s.f.). Estado de la pobreza y la desigualdad en Antioquia. Recuperado el 14 de Abril de 2014, de <http://www.centrodepensamientosocial.org/index.php/noticias/item/91-estado-de-la-pobreza-y-la-desigualdad-en-antioquia>

Comisión Coordinadora Regional - Proceso de Regionalización. (s.f). Hablemos de Equidad.

Duzán, M. J. (2014). ¿De qué Medellín hablamos? Semana - Edición 1691, 36.

Dworkin , R. (2003). Virtud soberana. Barcelona: Paidós

En Camino. Hacia las Fronteras No. 5. (2013). Medellín: Litotruj.

Ferro Medina, G. (2004). A lomo de Mula. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.

Giraldo E., S. (2013). La fotografía en Antioquia: carne y hueso para un mito. En G. d. Antioquia, S. S.A., & U. EAFIT, Antioquia Imaginada. Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales. (pág. 219). Medellín: Artes y letras.

Giraldo Ramírez, J., Casas Casas, A., Méndez Méndez, N., & Eslava Gómez, A. (2013). Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013. Medellín: Artes y Letras.

Giraldo, E. (2013). Antioquia en el ensayo literario del siglo XX. En Gobernación de Antioquia, Suramericana S.A., & Universidad EAFIT, Antioquia Imaginada. Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales. (pág. 219). Medellín: Artes y Letras.

Giraldo, E. (2013). Antioquia en el ensayo literario del siglo XX. Imaginación. En F. G. Giraldo, Antioquia Imaginada (págs. 63-102). Medellín: Mesa Editores.

Giraldo, S. (2013). La fotografía en Antioquia: Carne y hueso para un mito. En E. G. Giraldo, Antioquia Imaginada (págs. 137-176). Medellín: Mesa Editores.

Gobernación de Antioquia. (2012). Plan de desarrollo Departamental: Antioquia la Más educada. Medellín: Gobernación de Antioquia.

Hoyos, J. J. (2013). Los Antioqueños vistos por sus cronistas. En G. d. Antioquia, S. S.A., & U. EAFIT, Antioquia Imaginada. Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales. (pág. 219). Medellín: Artes y letras.

Hoyos, J. J. (2013). Los Antioqueños vistos por sus cronistas. En E. G. Giraldo, Antioquia Imaginada (págs. 177-216). Medellín: Mesa Editores.

Kastos, E. (s.f.). Biblioteca Virtual Luis Angel Arango. Recuperado el 20 de Septiembre de 2014, de Cartas a un amigo de Bogotá: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/modosycostumbres/ares/ares13.htm>

Kliksberg, B. (2005). Más ética más desarrollo. Buenos Aires: Temas.

Medellín se toma la Palabra. (2014). Equidad. Pobreza y desigualdad dependen de todos. Medellín.

Melo, J. (1994). Colombia es un tema. Recuperado el 15 de Septiembre de 2014, de Medellín crisis y perspectivas: <http://www.jorgeorlandomelo.com/medellincrisis.htm>

Núñez, G. (2012). Seminario "Perspectivas de Género: varones y subjetividades". Seminario "Perspectivas de Género: varones y subjetividades". Medellín: Centro Interdisciplinario de Estudios en Género, CIEG. Universidad de Antioquia.

Nussbaum, M. (1999). Los límites del patriotismo: Identidad, pertenencia y ciudadanía mundial . Editorial Paidós.

Orozco Arbeláez, M. (20 de 01 de 2014). Semana. Obtenido de Lo educado no quita 'lo chunchurria': <http://www.semana.com/opinion/articulo/educacion-en-colombia-opinion-de-margarita-orozco/371412-3>

Paes de Barros, R., Ferreira, F., Molinas Vega, J., & Saavedra Chanduvi, J. (2008). Midiendo la Desigualdad de Oportunidades en América Latina y el Caribe. Washington, DC: Banco Mundial.

Pérez Londoño, S. (7 de Junio de 2014). Una "limpieza" deshonesta. NEXOS.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2013). Informe sobre Desarrollo Humano 2013. El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Nueva York: PNUD.

Rawls, J. (1978). Teoría de la justicia. México: Fondo de cultura económica.

Real Academia Española. (s.f.). Diccionario de la lengua española. Recuperado el 30 de Octubre de 2014, de <http://lema.rae.es/drae/>

Restrepo Gallego, B. (17 de Junio de 2014). Valores, equidad y cultura antioqueña. (E. d. Equidad, Entrevistador)

Restrepo, E., & Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Instituto Pensar.

Sen, A. (1995). *Nuevo examen de la desigualdad*. Madrid: Alianza editorial.

Toro A., J. B., & Rodriguez G., M. C. (2001). *La comunicación y la movilización social en la construcción de bienes públicos*. Washington, D.C.: INDES.

Vélez, J. C. (2013). *Representaciones del pasado de antioquia*. En J. Giraldo, & E. Giraldo, *Antioquia Imaginada* (págs. 21-62). Medellín: Mesa Editores.

Villegas Botero, F. (2003). *El alma recóndita del pueblo antioqueño*. Medellín: Biogénesis.

Zabala, S. (s.f.). Columbia University Press. Recuperado el 12 de Mayo de 2014, de <http://www.cupblog.org/?p=13740>

Revisión del camino recorrido y proyección del futuro

Memorias del Taller No. 21

El sábado 21 de febrero de 2015 se realizó el taller N° 21 de la regionalización en Antioquia, con la participación de 110 personas, representantes de las distintas obras que hacen parte del proceso.



El P. Horacio Arango S.J., Director Regional, comenzó el taller con una reflexión orante, apoyado en el artículo de prensa del P. Francisco de Roux S.J. titulado “El deber moral de la paz” donde se nos invita a todos los colombianos a comprometernos con la construcción de la paz como exigencia máxima de la fe o como una condición para asumir radicalmente nuestra humanidad.

Luego Gustavo Ramírez presentó una síntesis del proceso vivido en los últimos 5 años y medio (mirar artículo siguiente) y abrió un espacio para recibir reflejos sobre lo que el proceso ha producido en las personas y en las obras.



A continuación se presentó el video de las palabras del presidente Pepe Mujica, durante el homenaje que recientemente le hicieron en UNASUR, donde se destaca el valor de la dignidad humana y la importancia de llenar la vida de sentido mediante el compromiso solidario con los demás. Presentado el video, se abrió un nutrido conversatorio sobre el tema.

Después del descanso Ricardo Gómez presentó un documento elaborado en la comisión coordinadora regional³¹, dirigido a focalizar los objetivos trazados en este proceso en acciones de comunicaciones y educación, donde se promueva el ejercicio de los derechos humanos, tanto al interior de las obras como hacia afuera. En este aspecto se tuvo un especial énfasis en la tarea que debemos hacer para acompañar al Estado en su tarea de ser garante de estos derechos humanos.



Se terminó el taller con información sobre diversas actividades de las obras a las cuales todos estamos invitados.

31. Se anexa como artículo en este texto y está titulado: Equidad, Igualdad de Oportunidades.

Breve resumen del proceso

El proceso de regionalización en Antioquia, inició el 16 de julio de 2009 con el nombramiento del Padre Horacio Arango S.J., como Coordinador regional, hoy Director Regional, quien recibió el encargo del P. Francisco de Roux, de armonizar la misión de las obras de la Compañía de Jesús de tal manera que, sinérgicamente, pudieran responder a lo que Dios estaba haciendo en las fronteras o en situaciones de mayor necesidad de presencia apostólica en la región.

El P. Horacio invitó no sólo a las obras de la Compañía de Jesús en Antioquia, sino también a todas aquellas que han tenido inspiración en la Espiritualidad Ignaciana, a hacer parte de este proceso y se configuró, hasta la fecha, un grupo de 23 obras. Sin contar las 13 que integran la Fundación Santa María.

El proceso de regionalización se ha concebido para desarrollarse y consolidarse a partir de tres grandes momentos:

1. **El conocimiento y reconocimiento de las obras:** fue la primera etapa y se continúa haciendo mediante los talleres y encuentros comunitarios.
2. **La construcción de la propuesta:** fue el momento donde se estudió la región y sus fronteras y se priorizaron a través de la siguiente formulación:

Ante la desigualdad, la injusticia social y las prácticas religiosas distorsionadas que han ahogado la experiencia auténtica en la región antioqueña, nosotros, mujeres y hombres, miembros de las obras inspiradas en la Espiritualidad Ignaciana que hacemos parte del proceso de regionalización, hemos recogido el sentir y parecer de los participantes en este proceso, para plantearnos la siguiente frontera:

“Alcanzar la justicia cristiana que genera esperanza y a la que convocamos a los miembros de la sociedad mediante una actuación sinérgica, que parta de nuestra experiencia personal y comunitaria de fe, para generar un proceso de transformación de las mentalidades y prácticas inequitativas y excluyentes, contrarias a la dignidad humana, que están presentes en nosotros, nuestras obras y nuestra cultura. (Versión 6, del 11 de octubre de 2011)

3. Plan de acción, seguimiento y evaluación: el Comité Estratégico, hoy denominado Comité Coordinador Regional, recogió los aportes de todas las obras y concretó, en febrero de 2012, 5 líneas de acción, que luego en el 2013 y 2014 se han pulido en dos grandes objetivos con 6 resultados concretos así:

OBJETIVO 1: Generar un proceso sinérgico de transformación de las mentalidades y prácticas inequitativas y excluyentes, contrarias a la dignidad humana, que están presentes en nosotros, nuestras obras y nuestra cultura.

Resultados:

- 1.1. Armonizar las actividades y programas de las obras de regionalización con la frontera formulada.
- 1.2. Establecer programas que favorezcan el crecimiento en valores reflejados en actitudes y comportamientos asociados a la frontera formulada, a través de procesos de formación y comunicación en las obras de regionalización.
- 1.3. Anunciar situaciones de equidad e inclusión, para movilizar la conciencia y la solidaridad en las obras de regionalización.

OBJETIVO 2: Propiciar espacios de formación y una experiencia de fe que permita revisar, al interior de las personas y de las obras que participan del proceso de Regionalización, las prácticas religiosas que han distorsionado la experiencia de fe y favorecer nuevas prácticas que incluyan un compromiso claro con una transformación social que esté orientada al reconocimiento y respeto de la igual dignidad de todos.

Resultados:

- 2.1 Acompañar el crecimiento de las personas y las obras de regionalización en la espiritualidad Ignaciana para lograr una mayor identidad misional.
- 2.2. Favorecer una experiencia de fe que permita a las personas reconocer el actuar de Dios en uno mismo y en los demás, de tal manera que se traduzca en acciones cotidianas de justicia y solidaridad.
- 2.3. Promover una fundamentación cristológica que ofrezca, a las personas de las obras de regionalización y a la sociedad en general, otra manera de vivir el compromiso de fe.

En la actualidad se está haciendo un trabajo al interior de cada obra para mirar el estado en que se encuentra frente a estas metas comunes.

Grandes logros

Ha significado una experiencia de trabajo en equipo y en red.

Ha favorecido la interacción entre obras de la Compañía de Jesús y también con otras obras de inspiración Ignaciana.

Ha aumentado la conciencia de la responsabilidad regional sin perder de vista el contexto nacional y mundial.

Se ha dejado memoria del proceso (6 textos).

Ha permitido abrirnos a preguntas pertinentes tanto en lo personal como en lo comunitario (escenario de discernimiento permanente).

Ha sido ocasión para ajustar la misión y las acciones de cada una de las obras, de lo cual han salido efectos en las obras como: modificaciones en la estructura organizacional, ajustes en varias plataformas estratégicas, revisión de salarios y condiciones laborales, cambios en estatutos, modificación de acciones sociales de las obras, nuevas capacitaciones, vivencia de los ejercicios espirituales, publicaciones, campañas, entre otros.

Oportunidades de mejora

Sensación de que el proceso avanza lentamente.

Hay muchos temas de los tratados que aún no llegan a todas las personas de las obras.

Necesidad de un acompañamiento más cercano a cada obra y entre las obras.

La diversidad de aproximaciones a la experiencia de interiorización y a la práctica de corte ignaciano.

Retos para el 2015

Lograr un impacto importante en el cambio cultural para favorecer la equidad y la inclusión desde la educación y las comunicaciones (incidir en políticas públicas).

Incidir en un fortalecimiento de la experiencia de fe a través de Ejercicios Espirituales y la publicación del libro del P. Gustavo Baena, S.J.

Favorecer el proceso hacia la paz y la reconciliación que adelanta la Nación.

Concretar acciones conjuntas relacionadas con el reconocimiento de la dignidad humana y la garantía del respeto a los derechos humanos.

Equidad Igualdad de Oportunidades

Propuesta para el proceso de regionalización de las obras inspiradas en la espiritualidad ignaciana en Antioquia

Fundamento del proceso de regionalización:

La frontera: “Ante la desigualdad, la injusticia social y las prácticas religiosas distorsionadas que han ahogado la experiencia de fe auténtica en la región antioqueña, los miembros de las obras inspiradas en la Espiritualidad Ignaciana, como parte del proceso de regionalización, planteamos la siguiente frontera:

Alcanzar la justicia cristiana que genera esperanza y a la que convocamos a los miembros de la sociedad, mediante una actuación sinérgica, que parta de nuestra experiencia personal y comunitaria de fe, para generar un proceso de transformación de las mentalidades y prácticas inequitativas y excluyentes, contrarias a la dignidad humana, que están presentes en nosotros, nuestras obras y nuestra cultura”.

Justificación

En los últimos años el mundo registra importantes avances en la reducción de la pobreza a partir del compromiso global pactado en el año 2000 por 189 naciones, incluida Colombia, de cumplir los Objetivos del Milenio 2015. Este logro histórico hoy se ve limitado por la creciente inequidad entre ricos y pobres, resultado a su vez de la “inequidad de oportunidades” que impide que cientos de

millones de personas puedan gozar plenamente de sus derechos humanos y sean confinados a vivir en la marginalidad, limitados en el desarrollo de su potencial humano y en el reconocimiento de su plena dignidad. La inequidad de oportunidades es hoy uno de los mayores retos de la humanidad.

La dignidad y la libertad del ser humano son la base de la justicia (cristiana), son los principios sobre los cuales reposan los derechos humanos, derechos que son esenciales para el desarrollo de toda persona. La Declaración Universal de los Derechos Humanos, ratificada por 190 naciones incluida Colombia, en su primer artículo expresa: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos...”. El papa Benedicto XVI en abril 2008 ante la Asamblea General de Naciones Unidas, expresó: “...La promoción de los derechos humanos continúa siendo la estrategia más efectiva para eliminar las inequidades entre países y grupos sociales...”. La iglesia católica en su doctrina social expresa que la implementación de los derechos humanos es uno de los esfuerzos más relevantes para responder a las exigencias de la dignidad humana³². El papa Francisco en su visita a Sri Lanka y Filipinas en enero 2015 exhorto a estos gobiernos a cumplir los derechos humanos para superar las situaciones de injusticia de muchos de sus habitantes.

En consecuencia, las obras que integramos el proceso de regionalización inspiradas en la espiritualidad ignaciana, y en especial nosotros, los integrantes que damos vida a estas obras, tenemos dos frentes principales de acción con relación a la frontera que acordamos:

- **Primero**, cada uno de nosotros a partir de nuestra experiencia personal y comunitaria de fe y de la espiritualidad Ignaciana que nos inspira, estamos llamados a revisar nuestras vidas, en lo que somos y hacemos. Este trabajo personal y al interior de cada una de las obras, debe favorecer nuestra vivencia de un compromiso cristiano, necesariamente ligado a la justicia como equidad, que se traduzca en acciones concretas en las obras a las que pertenecemos.
- **Segundo**, paralelamente estamos llamados a anunciar, promover y trabajar por una región y un país más equitativo -igualdad de oportunidades para todos-, a través de un proceso que genere la pronta esperanza para todos los habitantes de esta región y de Colombia, de tal manera que todos puedan gozar de todos los derechos humanos consagrados en la Constitución de la Republica de Colombia. Este trabajo requiere convocar a la sociedad a eliminar las prácticas inequitativas y excluyentes contrarias a la dignidad humana y a asegurar a todos el goce de los derechos humanos. Para que esto suceda es importante que las obras que participan en el proceso de regionalización trabajen en forma sinérgica, entre sí, con la sociedad civil y con las instituciones del estado, responsables primordiales de asegurar el cumplimiento de los derechos humanos.

Dado el conocimiento y la experiencia de la Compañía de Jesús en Colombia por muchos años en temas educativos, consideramos importante dar prioridad al derecho a una educación de calidad, caracterizada por acompañar la formación de sujetos sociales conscientes, competentes,

32. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia – Capítulo Tercero - La persona Humana y sus Derechos – IV Los Derechos Humanos – a) El valor de los derechos humanos 152 El movimiento hacia la identificación y la proclamación de los derechos del hombre es uno de los esfuerzos más relevantes para responder eficazmente a las exigencias imprescindibles de la dignidad humana.³⁰² La Iglesia ve en estos derechos la extraordinaria ocasión que nuestro tiempo ofrece para que, mediante su consolidación, la dignidad humana sea reconocida más eficazmente y promovida universalmente como característica impresa por Dios Creador en su criatura.³⁰³
http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html#El valor de los derechos humanos

compasivos y comprometidos con la realidad³³. Entendemos que este trabajo deberá enmarcarse dentro del contexto que vive hoy el país y así será un aporte importante al proceso de paz que lidera el gobierno colombiano.

Con esta propuesta invitamos a todas las obras que participan en el proceso de regionalización a revisar sus programas y sus acciones desde lo que hacen regularmente, y concentrarse en mejorar la equidad de oportunidades de las mujeres y hombres que sirven, buscando que todas ellas y ellos gocen plenamente sus derechos humanos.

Para que esta propuesta sea realidad, nuestro trabajo social se debe centrar en el respeto, en la promoción y en la protección de los derechos humanos y de la Constitución de 1991, a través de un proceso de educación y movilización social para expandir y profundizar nuestro sistema democrático, así, todos como Estado, logremos mejorar los niveles de inequidad asegurando igualdad de oportunidades para todos.

El deber moral de la paz – P. Francisco de Roux, S.J.

Febrero 19 de 2015

Llega un momento en que la paz se impone como deber impostergable; como mandato sagrado porque Dios exige que se detenga el culto para que vayamos a reconciliarnos como hermanos. La paz se hace exigencia ética por encima de protagonismos políticos, partidos, economía, honor militar, insurgencia guerrillera o debate de Congreso. La paz emerge como la causa más grande y subordina a ella el valor de los más importantes títulos de las personas, de las instituciones, de la academia y de todo propósito social.

Esto ocurre cuando por fin el destroz del ser humano golpea la conciencia de nosotros, colombianos, y escandaliza a las naciones del mundo. Estamos despedazados, nos hemos despedazado. El dolor de más de seis millones de víctimas sobrevivientes, de dos millones de niños, se nos vino encima. Ya no podemos esquivarlo después de los datos del grupo de Memoria Histórica: 1.982 masacres documentadas, de las cuales 1.166 son de paramilitares, 343 de la guerrilla, 158 de las fuerzas del Estado.

En La Gabarra fueron más de 100 civiles asesinados; en El Salado, más de 60; en la comuna 7 de Barranca, 35; y luego mataron en la ciudad entre 300 y 500. Las víctimas directas del conflicto esperaron mucho tiempo compasión, solidaridad y decisión de terminar la victimización. Seguirán esperando mientras siga la guerra.

Es hora de encarar la realidad atroz si todavía hay lugar a la vergüenza, no la de discutir cifras, ni debatir si "la paz mía es mejor que la suya", ni el momento de promocionar "héroes de guerra", ni de hablar de "revolución armada", cuando la guerra dañó todo lo tocado por ella, cuando tenemos la obligación de atajar el mal espantoso producido entre nosotros y por nosotros: millones de

33. Seminario Internacional sobre Pedagogía y Espiritualidad Ignaciana (SIPEI) - Orientar el acompañamiento educativo en la formación de nuevos sujetos sociales que sean conscientes, competentes, compasivos y comprometidos. Este será el parámetro de calidad en los procesos educativos para favorecer la equidad desde la educación. <http://www.sipei.org/>

desplazados. Mujeres y hombres descuartizados por motosierras paramilitares. Más de 27.000 secuestrados que prolongan todavía en algunos el drama de la libertad arrebatada en la incertidumbre de la selva.

Dos madres lloran al hijo sacado del barrio y a la hija adolescente asesinados por miembros del Ejército y presentados como guerrilleros caídos en combates en 'falsos positivos' que se multiplican por cientos. Campesinos y soldados que siguen quedando ciegos y sin piernas por las minas antipersonales, y mujeres buscadoras de cadáveres de desaparecidos que deambulan el país. Un niño muerto en el quirófano de un pueblo del Pacífico porque una bomba rompió la interconexión eléctrica y continúa la voladura de torres.

Cada día de guerra colombiana repite este espanto y nuestra dignidad queda más herida ante el mundo. ¿Cómo pueden reclamarse humanos si viven en semejante barbarie? ¿Cómo se atreven a llamarse ciudadanos? ¿Cómo pueden cubrirse de luces de Navidad cuando en el patio de su patria se ahonda el terror? ¿Cómo pretenden que este dolor del pueblo sea "revolución"? ¿Cómo se consideran nación católica cristiana en medio de tanta ignominia? ¿Cómo justifican una economía que se estabiliza sobre el mar de llanto?

Colombia es hoy esta crisis espiritual colectiva de depredadores de la propia dignidad. Las víctimas en La Habana claman que seamos humanos, que paremos la guerra de todos los lados. "No pido que mis secuestradores vayan a la cárcel, pido que nunca más haya secuestros", ha dicho uno que reclama la paz. "Yo les exijo que no se levanten de esta mesa hasta que no pare la guerra en Colombia", ha dicho otro después de narrar la masacre de Bojayá.

¿En la sinceridad del corazón puede haber alguien en Colombia que no se sienta obligado por este deber impostergable de terminar la guerra ya y dedicarnos a construir la paz?

